

Grados **10 - 11**

RELATOS

Colección Pedagogías de la Memoria



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional
de Memoria Histórica



CRÉDITOS

ASED

Director General de la Corporación Educativa ASED
Néstor Hernández Otero

Autora de los relatos
María del Mar Escobedo Remolina

Director Pedagógico ASED
Hernán Escobedo David

Corrector de Estilo
Irwin Morales

CRÉDITOS

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Director General

Rubén Darío Acevedo Carmona

Asesora de la Dirección General

Sayra Benítez Arenas

Coordinadora de la Colección

Diseñador Pedagógico

Mateo Barney Betancourth

Diseño, Diagramación e Ilustración

Mónica M. Sora - Limón

Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 7 #27 - 18 pso 20 al 24, Bogotá
PBX: (571) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
Bogotá D.C. - Colombia

CÓMO CITAR:

Escobedo, N. y Escobedo, M. (2022) Relatos de vida: fuente para la reflexión sobre la confrontación armada vivida, con miras para la no repetición. *Colección pedagogías de la memoria*. Bogotá, Centro nacional de Memoria Histórica.

Este documento se publica bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivar 3.0 (CC-BY-NC-ND)

ISBN Digital: 978-958-5500-98-3



Nombres: Centro Nacional de Memoria Histórica CNMH. | Acevedo Carmona, Rubén Darío, director general CNMH | Barney Betancourth, Mateo, Diseñador pedagógico | Benítez Arenas, Sayra, coordinadora de la colección | Sora – Limón, Mónica M., diseñadora | Hernández Otero, Néstor, director general ASED. | Escobedo Remolina, María del Mar, autora | Escobedo, David Hernán, director pedagógico ASED.

Título: Relatos grados 10° y 11°/ Centro Nacional de Memoria Histórica CNMH / Corporación Educativa ASED Calidad educativa, Calidad de vida / Prosperidad Social; Director General CNMH Rubén Darío Acevedo Carmona; Diseñador pedagógico Mateo Barney Betancourth; Coordinadora de la colección Sayra Benítez Arenas; Diseñadora Mónica M. Sora Limón; Director General ASED Néstor Hernández Otero; Autora María del Mar Escobedo Remolina; Director pedagógico Hernán Escobedo David.

Publicación: Primera edición | Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica CNMH, 2022.
Descripción | 102 páginas : ilustraciones.

Mención de serie | Colección relatos de vida / Colección pedagogicas de la memoria
Identificadores: ISBN Digital: 978-958-5500-98-3

Temas: Tesauro de Derechos Humanos de la Dirección de Archivo del Centro Nacional de Memoria Grupos guerrilleros | Pedagogía de la memoria | Grupos armados ilegales Clasificación: CDD 371.007 -- 071 -- dc22

TABLA DE CONTENIDO

Fue una equivocación

7

La Decisión de Doña Filo

52

Qué Mala Pata

68

FUE UNA

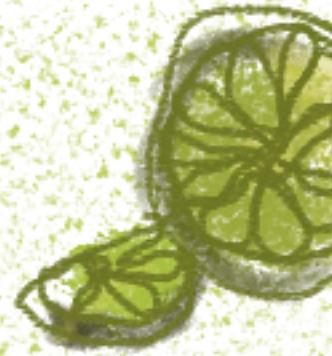
EQUIVOCA

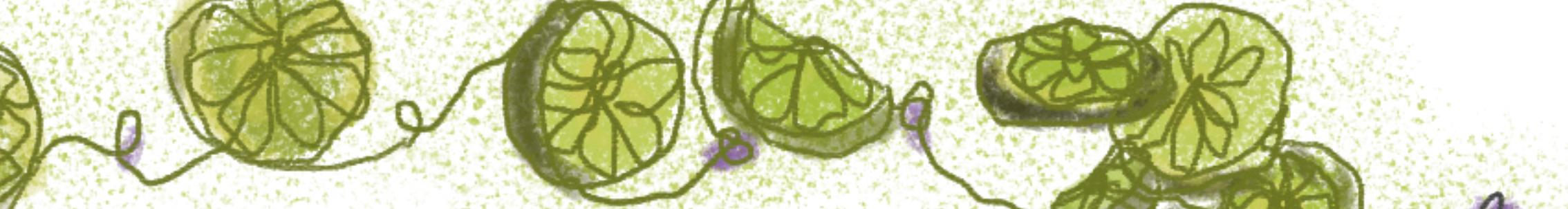
CIÓN





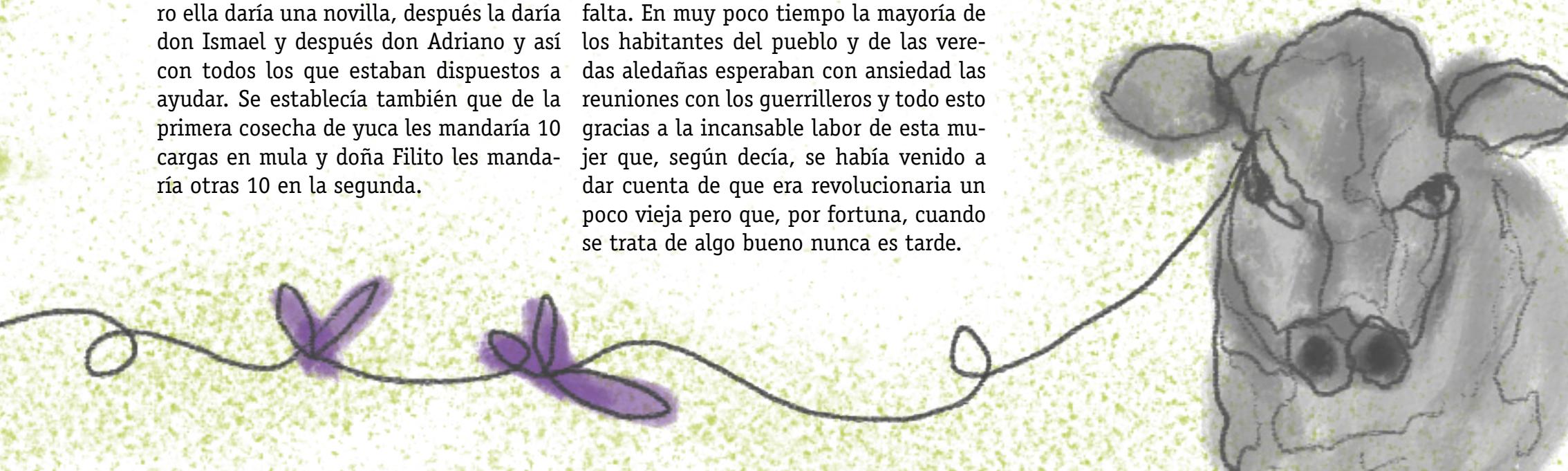
Cuando los guerrilleros llegaron, una de las primeras personas a las que visitaron fue a doña Silvina de Castañeda porque era muy conocida en la región y tenía fama de ser muy entusiasta para organizar a la comunidad. Después de esta primera visita, ella asistía a las reuniones que los comandantes organizaban porque los guerrilleros le habían parecido unos muchachos de buen corazón, muy desprendidos, preocupados por los pobres y con muchas ganas de cambiar este mundo que era una mierda. Las ideas que exponían iban muy bien con lo que ella creía, pues le parecía muy importante, por ejemplo, luchar por que hubiera justicia, que no hubiera pobres y que todos tuvieran su plato de comida diaria y su ranchito.





Fue entonces una de las más entusiastas con las ideas revolucionarias de los recién llegados y animaba a las mujeres de su vereda y a las del pueblo para que asistieran a las reuniones y participaran con sus propias ideas. Para dar ejemplo, les permitió a los guerrilleros que acamparan en la región más alta y boscosa de su finca, en donde podían protegerse muy bien, y encabezó una lista de donantes en la que se establecía que primero ella daría una novilla, después la daría don Ismael y después don Adriano y así con todos los que estaban dispuestos a ayudar. Se establecía también que de la primera cosecha de yuca les mandaría 10 cargas en mula y doña Filito les mandaría otras 10 en la segunda.

Instaba, además, a todos los que tenían limón en sus fincas para que mandaran permanentemente todo lo que pudieran porque con esos calores que derretían hasta las piedras, la limonada no podía faltar nunca. Doña Silvina también coordinaba todo para que las tiendas y los vendedores de la plaza de mercado mandaran panela, arroz, aceite y sal y para que las farmacias mandaran los medicamentos y demás elementos que hicieran falta. En muy poco tiempo la mayoría de los habitantes del pueblo y de las veredas aledañas esperaban con ansiedad las reuniones con los guerrilleros y todo esto gracias a la incansable labor de esta mujer que, según decía, se había venido a dar cuenta de que era revolucionaria un poco vieja pero que, por fortuna, cuando se trata de algo bueno nunca es tarde.





El único reacio al entusiasmo y el poder de convicción de doña Silvina fue don Miguel, su marido. Ella le contaba lo que había sucedido en las reuniones y trataba de contagiarlo de la alegría que le producía todo eso que para ella eran verdaderos acontecimientos. No omitía, entonces, ningún detalle y resaltaba con mucha elocuencia las ideas principales, lo importante, lo verraco, como decía ella. Cuando doña Silvina se entusiasmaba contando algo, abría mucho los ojos y movía los brazos, pequeños pero fuertes,

de lado a lado, para expresar con suficiente precisión todo lo que le producían sus recuerdos. Su esposo la oía con atención mientras engrasaba los rejos de enlazar con aceite de higuierilla para que no se los comieran los ratones, revisaba el pedido de vacunas para los terneros o hacía las planillas de producción de las vacas. Sólo esporádicamente la interrumpía para anotarle que la Florinda, hija de la Flor, no estaba llegando ni a las cinco botellas diarias, o que ya pronto iba a ser necesario comprar otra calculadora porque la que tenían ya no servía la tecla del cuatro y la del más ya casi estaba totalmente borrada.



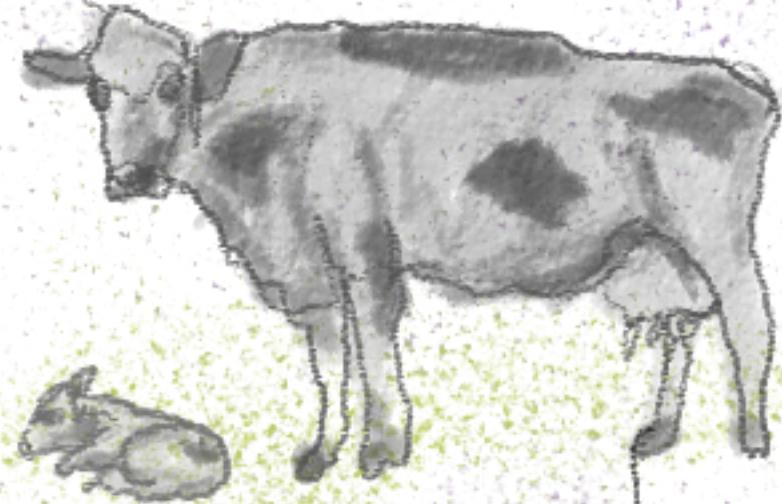
Doña Silvina contestaba algo exasperada porque pensaba que su marido no le ponía atención, y le decía, con la voz afilada y la lengua rápida, que la Florinda no era hija de la Flor sino de la Florentina, que la Flor ya había pasado a mejor vida y que se diera cuenta de que bautizar de esa manera a las vacas no era ninguna garantía para que a uno no se le olvidara el linaje de cada una de ellas. Cuando se molestaba por la interrupción, le decía con tono airado que qué calculadora nueva ni qué carajos, que las teclas eran lo de menos mientras el mecanismo de adentro estuviera bueno.

Entonces don Miguel hacía una anotación acerca de lo que su esposa venía contándole para que ella se diera cuenta de que él sí estaba atendiendo y retomara el hilo de la exposición. Cuando sentía que su esposa había terminado, que se callaba para oír su opinión acerca de la reunión, él decía que todo le parecía muy bueno pero que hablar era muy fácil, y sellaba el tema diciendo:

—Ver para creer, hija.

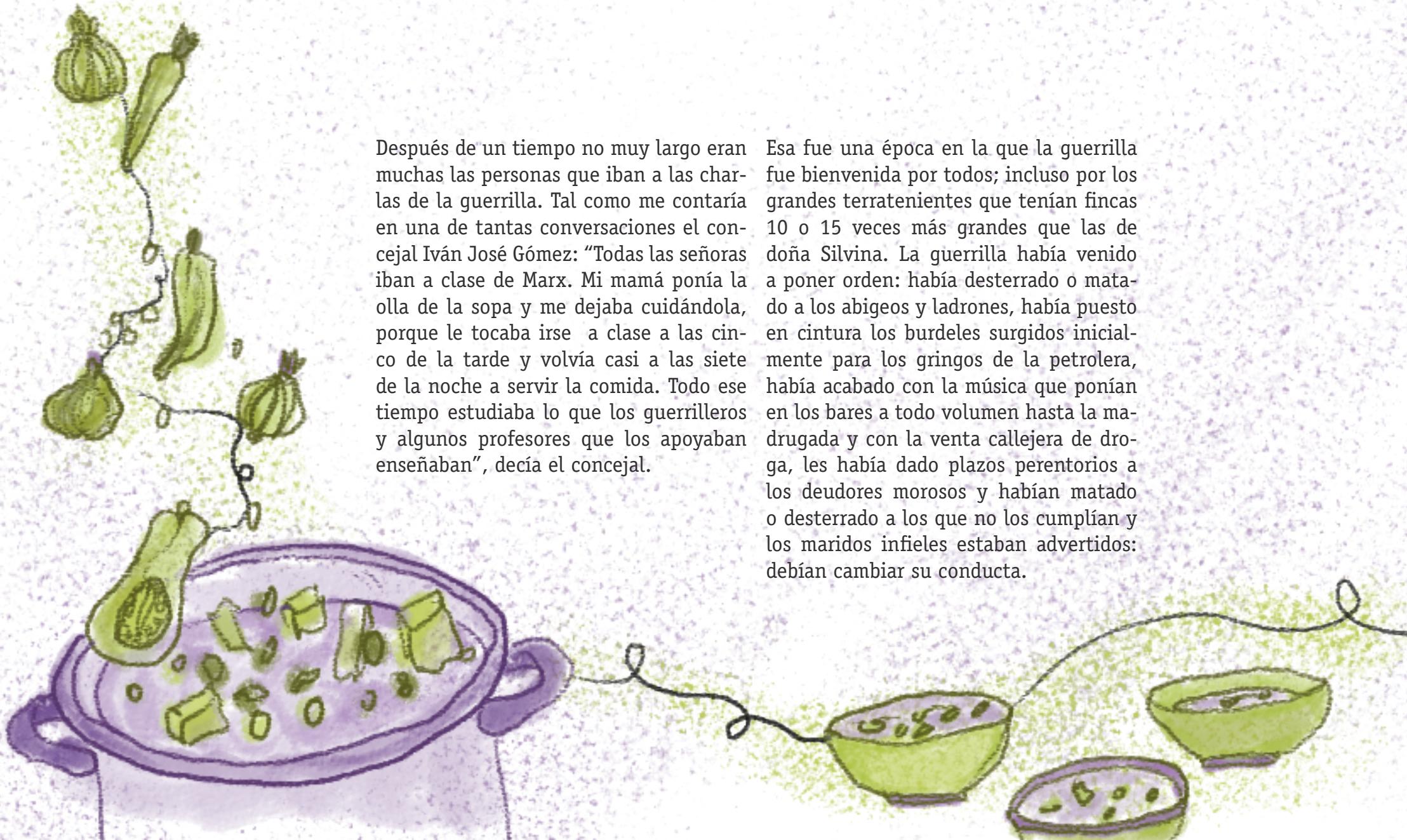
Ella se resignaba, le daba la espalda y le decía:

—¡Ay! Qué pereza ser como usted, mijo; ¿luego usted no se acuerda qué le pasó a Jesús con su discípulo? ¡Noooo! Está bien que uno no sea bobo y se coma cualquier cuento, pero uno no puede ser tan incrédulo...



Después de un tiempo no muy largo eran muchas las personas que iban a las charlas de la guerrilla. Tal como me contaría en una de tantas conversaciones el concejal Iván José Gómez: "Todas las señoras iban a clase de Marx. Mi mamá ponía la olla de la sopa y me dejaba cuidándola, porque le tocaba irse a clase a las cinco de la tarde y volvía casi a las siete de la noche a servir la comida. Todo ese tiempo estudiaba lo que los guerrilleros y algunos profesores que los apoyaban enseñaban", decía el concejal.

Esa fue una época en la que la guerrilla fue bienvenida por todos; incluso por los grandes terratenientes que tenían fincas 10 o 15 veces más grandes que las de doña Silvina. La guerrilla había venido a poner orden: había desterrado o matado a los abigeos y ladrones, había puesto en cintura los burdeles surgidos inicialmente para los gringos de la petrolera, había acabado con la música que ponían en los bares a todo volumen hasta la madrugada y con la venta callejera de droga, les había dado plazos perentorios a los deudores morosos y habían matado o desterrado a los que no los cumplían y los maridos infieles estaban advertidos: debían cambiar su conducta.



Muchos profesores llegaron a Pozo Azul en busca de esa Arcadia comunista en la que reinaba la armonía y las amas de casa iban a clase de marxismo todas las tardes. Los colegios eran, entonces, centros de difusión de las ideas revolucionarias para los niños y los jóvenes que tendrían la misión de fundar y hacer progresar un nuevo país.

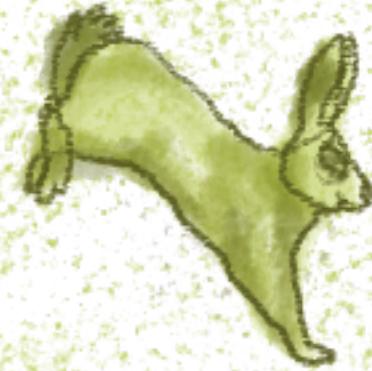
Doña Silvina era un personaje central por su papel tan importante en el acoplamiento de la guerrilla con el pueblo, pero a pesar de esto, el rector Víctor Manuel, su hijo menor, no recuerda con claridad esta época. Tenía algo más de diez años y estaba muy ocupado en las actividades escolares de su vereda, cuya escuela era muy diferente de los colegios del casco urbano. Además, esa era la época en la que se interesó por las Santas Escrituras y esto copaba casi todo su tiempo





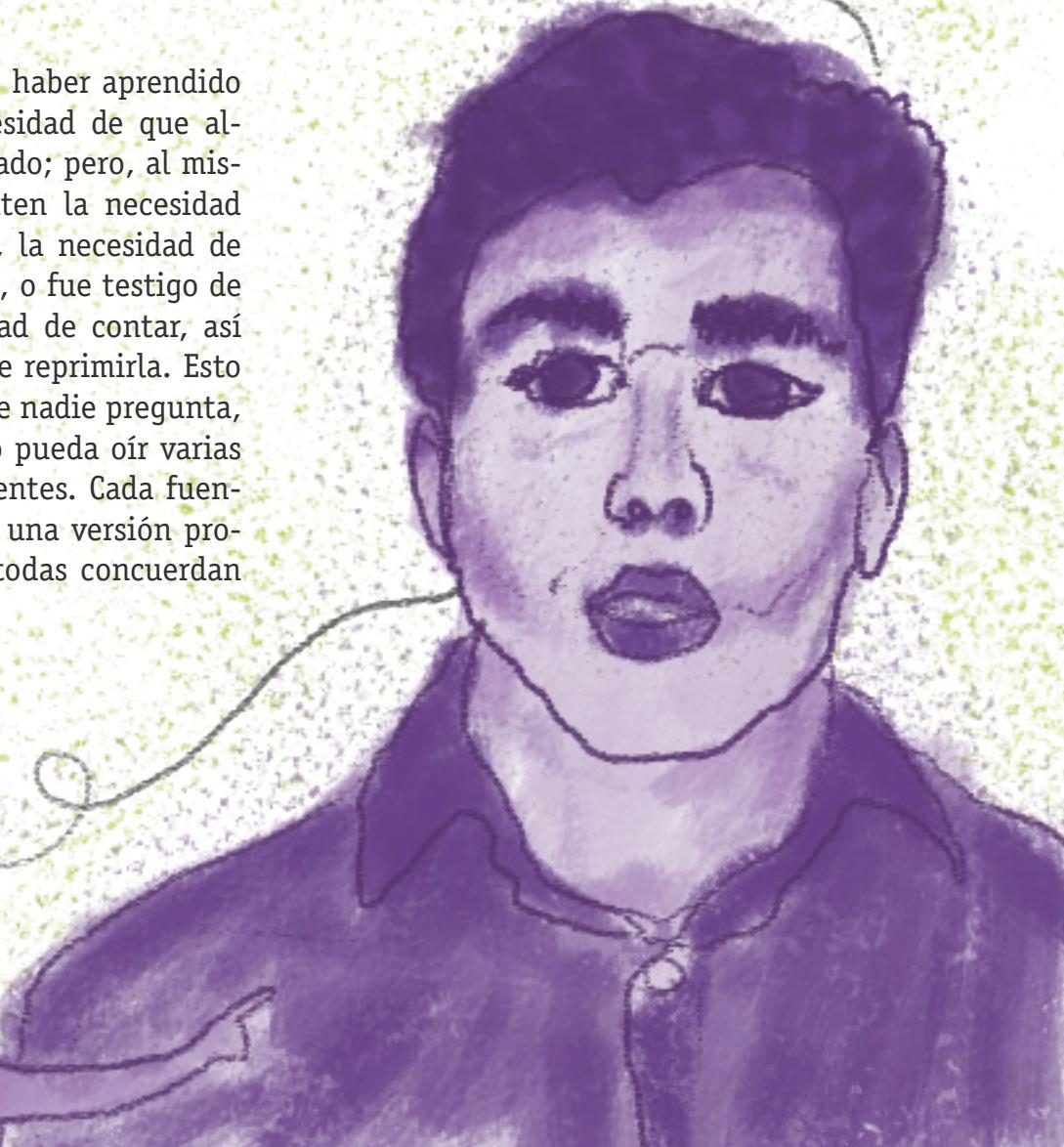
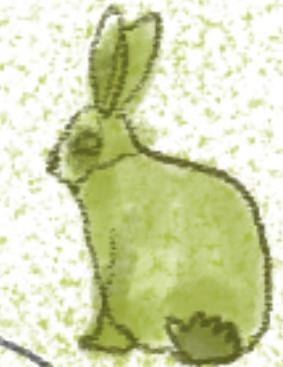
La maestra de la escuela a la que asistía Víctor Manuel vivía en la vereda desde hacía mucho tiempo y era bastante reacia a todo lo que implicara cambios. Había comprado una finquita muy pequeña que le permitía tener gallinas, patos y conejos, una plantación de yuca y plátano y algunos frutales. Poco salía de su terruño ubicado a menos de cinco minutos a pie de la escuela y no estaba entonces muy enterada de lo que sucedía en el pueblo a pesar de los reportes periódicos que le hacía doña Silvina, a quien ella siempre recibía con mucho aprecio y entusiasmo.

La maestra poco comprendía lo que esa mujer, que conocía desde hacía tanto tiempo, le decía: que ahora era revolucionaria. A pesar de que no le entendía, más por falta de interés que por falta de inteligencia, aceptaba todas las ideas y propuestas, pero se le olvidaban poco después de que doña Silvina se despedía y nunca hacía las actividades que ella le sugería para informar a los niños de todas las maravillas que se iban a producir gracias a la lucha por la justicia.



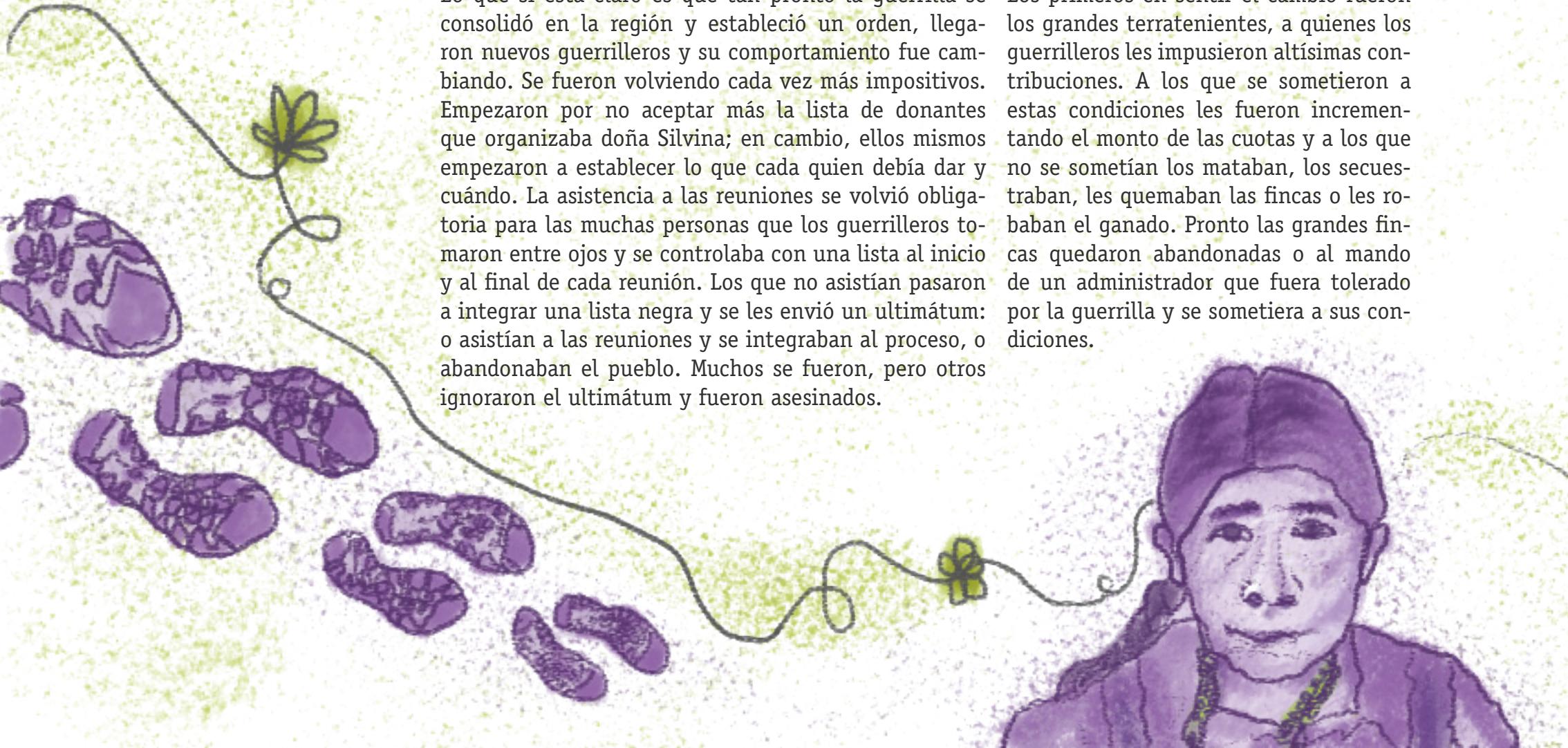
Pero la arcadia marxista no duró mucho tiempo; es difícil saber cuánto, porque en Pozo Azul las personas cuentan muchas cosas, pero siempre sin detalles. Y aunque en muy pocas ocasiones se diga de manera explícita, todos entienden que es mejor no preguntar. El rector Víctor Manuel me contó en una ocasión que cuando mataron a un alumno de su colegio, empezó a indagar acerca de esta muerte y recurrió a un exalumno suyo quien le contestó algunas preguntas, pero que muy pronto lo interrumpió diciéndole “profe, eso no pregunte tanto, que entre menos sepa, más vive”.

La gran mayoría parece haber aprendido este principio sin necesidad de que alguien se lo haya enseñado; pero, al mismo tiempo, todos sienten la necesidad de saber y, sobre todo, la necesidad de contar: quien sabe algo, o fue testigo de algo, siente la necesidad de contar, así muchas veces tenga que reprimirla. Esto hace que, a pesar de que nadie pregunta, un mismo relato uno lo pueda oír varias veces, de diferentes fuentes. Cada fuente, por supuesto, tiene una versión propia, pero, en general, todas concuerdan en un núcleo común.



Lo que sí está claro es que tan pronto la guerrilla se consolidó en la región y estableció un orden, llegaron nuevos guerrilleros y su comportamiento fue cambiando. Se fueron volviendo cada vez más impositivos. Empezaron por no aceptar más la lista de donantes que organizaba doña Silvina; en cambio, ellos mismos empezaron a establecer lo que cada quien debía dar y cuándo. La asistencia a las reuniones se volvió obligatoria para las muchas personas que los guerrilleros tomaron entre ojos y se controlaba con una lista al inicio y al final de cada reunión. Los que no asistían pasaron a integrar una lista negra y se les envió un ultimátum: o asistían a las reuniones y se integraban al proceso, o abandonaban el pueblo. Muchos se fueron, pero otros ignoraron el ultimátum y fueron asesinados.

Los primeros en sentir el cambio fueron los grandes terratenientes, a quienes los guerrilleros les impusieron altísimas contribuciones. A los que se sometieron a estas condiciones les fueron incrementando el monto de las cuotas y a los que no se sometían los mataban, los secuestraban, les quemaban las fincas o les robaban el ganado. Pronto las grandes fincas quedaron abandonadas o al mando de un administrador que fuera tolerado por la guerrilla y se sometiera a sus condiciones.



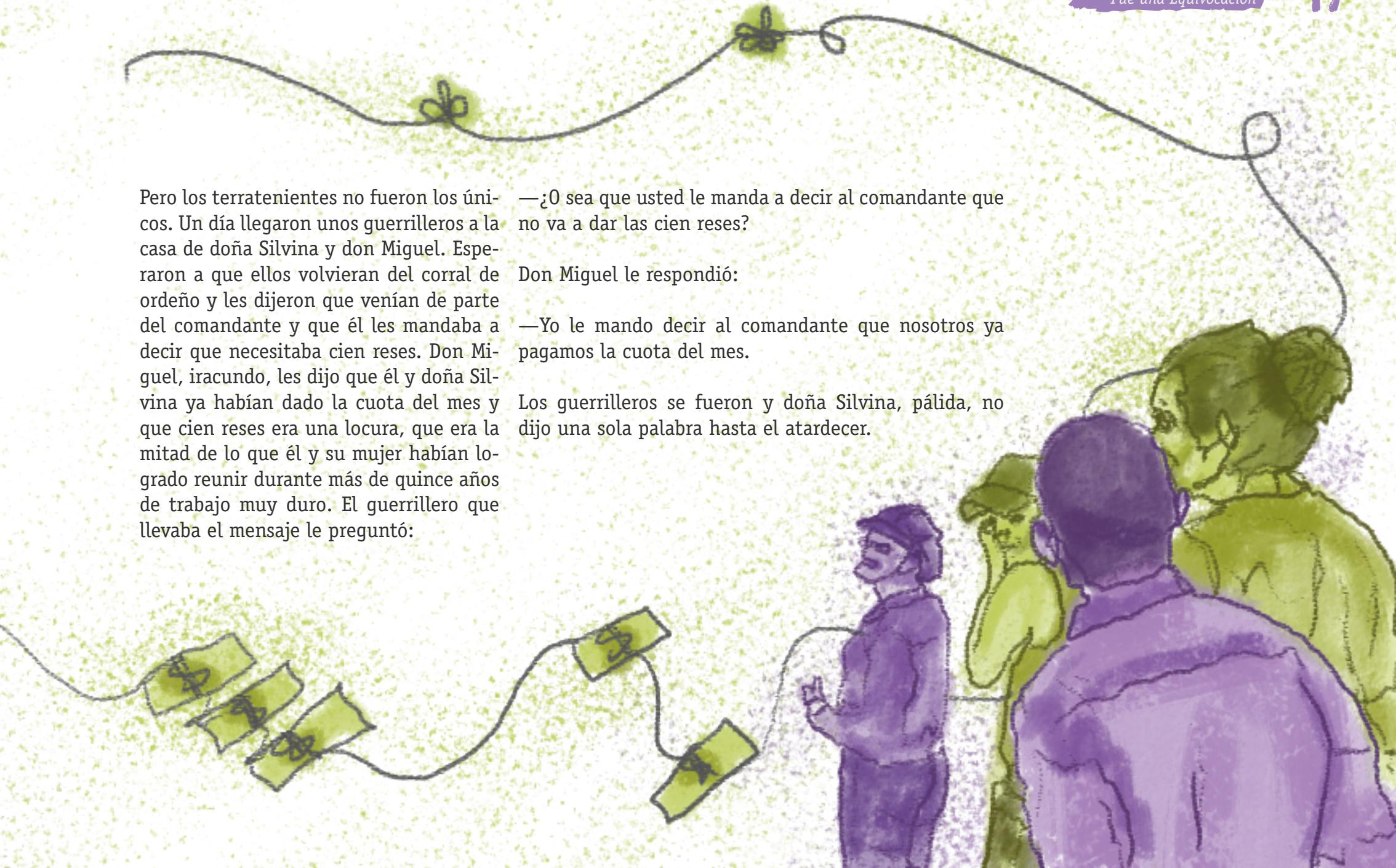
Pero los terratenientes no fueron los únicos. Un día llegaron unos guerrilleros a la casa de doña Silvina y don Miguel. Esperaron a que ellos volvieran del corral de ordeño y les dijeron que venían de parte del comandante y que él les mandaba a decir que necesitaba cien reses. Don Miguel, iracundo, les dijo que él y doña Silvina ya habían dado la cuota del mes y que cien reses era una locura, que era la mitad de lo que él y su mujer habían logrado reunir durante más de quince años de trabajo muy duro. El guerrillero que llevaba el mensaje le preguntó:

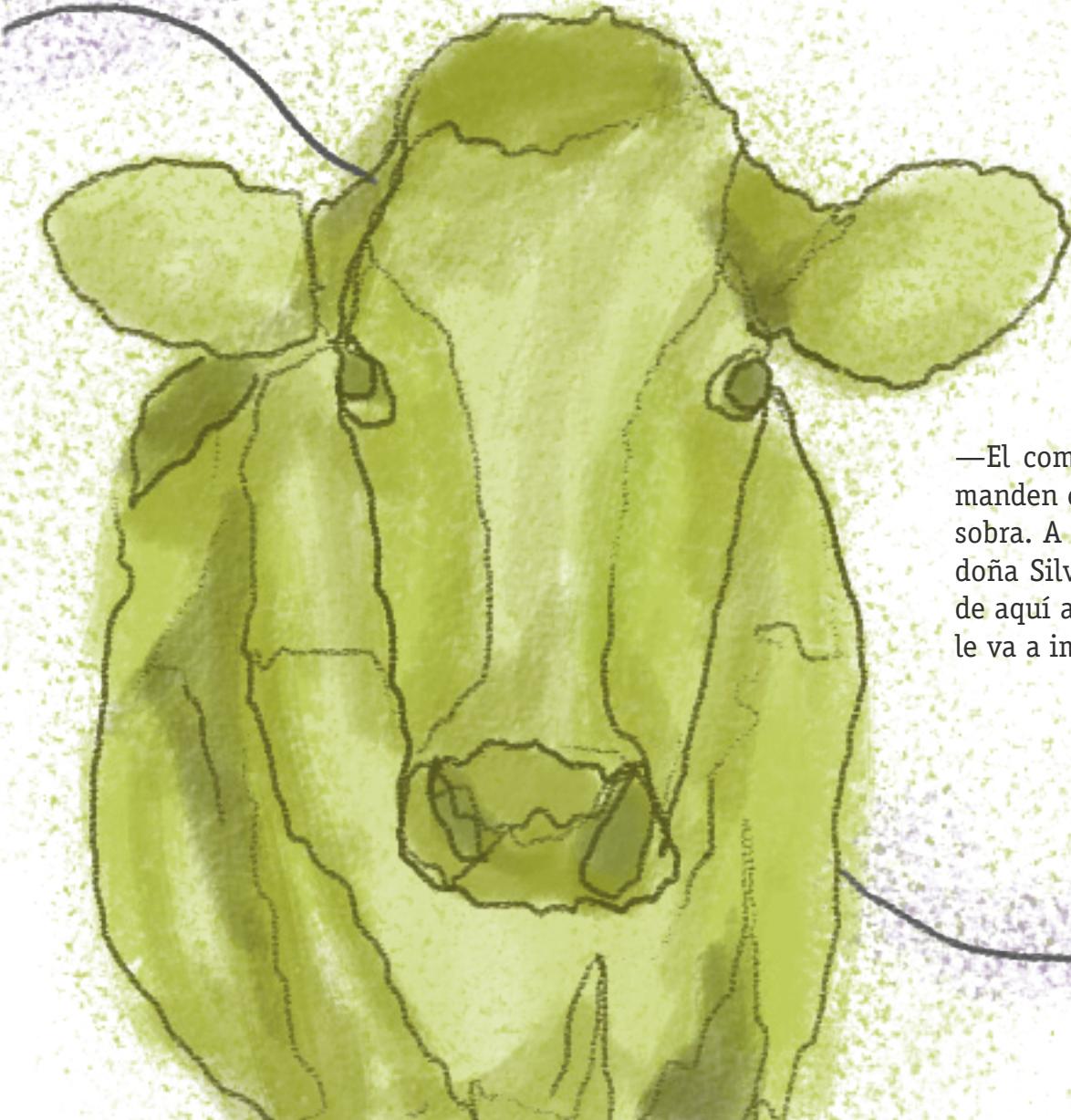
—¿O sea que usted le manda a decir al comandante que no va a dar las cien reses?

Don Miguel le respondió:

—Yo le mando decir al comandante que nosotros ya pagamos la cuota del mes.

Los guerrilleros se fueron y doña Silvina, pálida, no dijo una sola palabra hasta el atardecer.



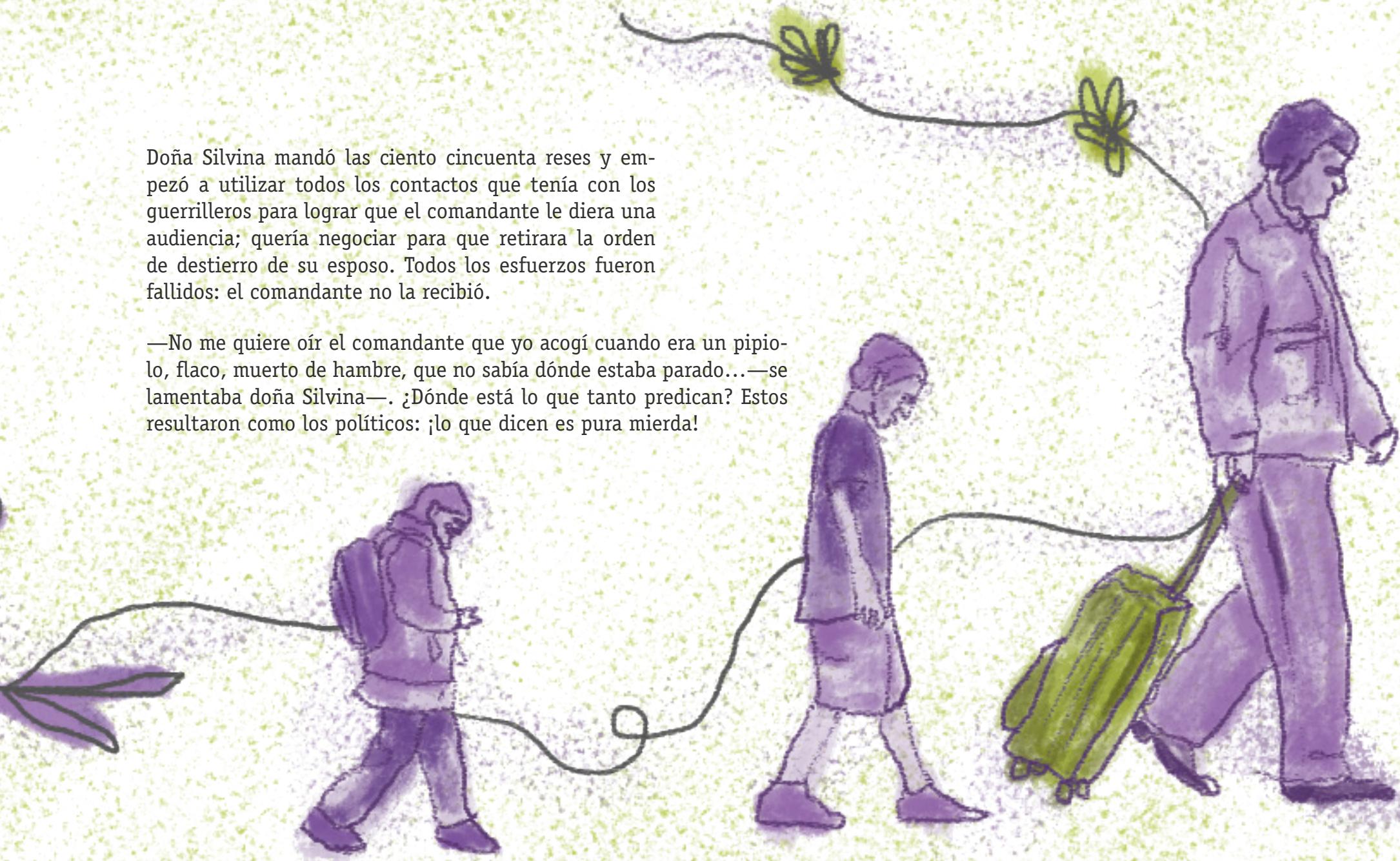


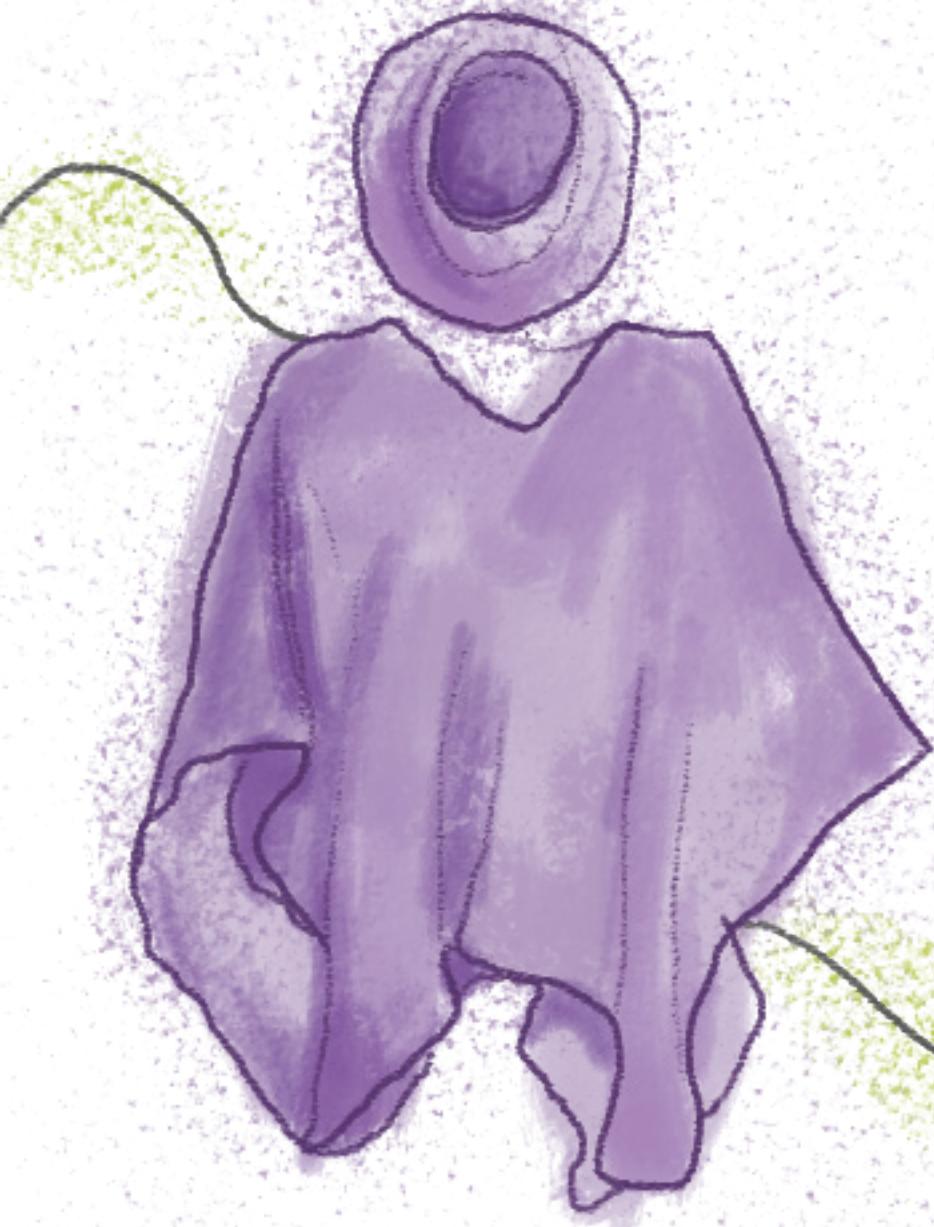
Diez días después, volvieron los mismos guerrilleros a la casa de los Castañeda, pero, esta vez, a la madrugada. Doña Silvina estaba haciendo el desayuno y don Miguel estaba poniéndose las botas. El guerrillero que llevaba el mensaje le dijo que quería hablar con ella y su marido. Doña Silvina llamó entonces a Miguel y cuando estuvieron juntos, el guerrillero les dijo:

—El comandante dice que ya no le manden cien reses, sino que le manden ciento cincuenta. Que con cincuenta a ustedes les basta y les sobra. A don Miguel le manda a decir que no le da piso por respeto a doña Silvina, que es una mujer revolucionaria, pero que le toca irse de aquí antes de 72 horas. Si no se va, el comandante dice que ya no le va a importar que sea el esposo de doña Silvina.

Doña Silvina mandó las ciento cincuenta reses y empezó a utilizar todos los contactos que tenía con los guerrilleros para lograr que el comandante le diera una audiencia; quería negociar para que retirara la orden de destierro de su esposo. Todos los esfuerzos fueron fallidos: el comandante no la recibió.

—No me quiere oír el comandante que yo acogí cuando era un pipiolo, flaco, muerto de hambre, que no sabía dónde estaba parado...—se lamentaba doña Silvina—. ¿Dónde está lo que tanto predicán? Estos resultaron como los políticos: ¡lo que dicen es pura mierda!





Caminaba de un lado para otro y daba portazos cada vez que pasaba de un cuarto al siguiente buscando la ropa de don Miguel, las botas, la máquina de afeitar, el zurriago, el sombrero, la mochila, y la ruana...

—¿Dónde está la ruana? ¡Maldita sea! ¡Para donde usted se va no se puede ir sin ruana!

Don Miguel miraba silencioso por la ventana hacia el valle, y en sus ojos era fácil adivinar su furia y su tristeza. De repente salió de su ensimismamiento y, dirigiendo una mirada amarga a su esposa, le dijo con voz entrecortada:

—Yo siempre le dije que dejar entrar a esa gente era un error...

Doña Silvina lo interrumpió bruscamente:

—Ya sé que usted me lo advirtió, pero ahora no vaya a empezar con la cantaleta porque lo único que va a lograr es empeorar las cosas.

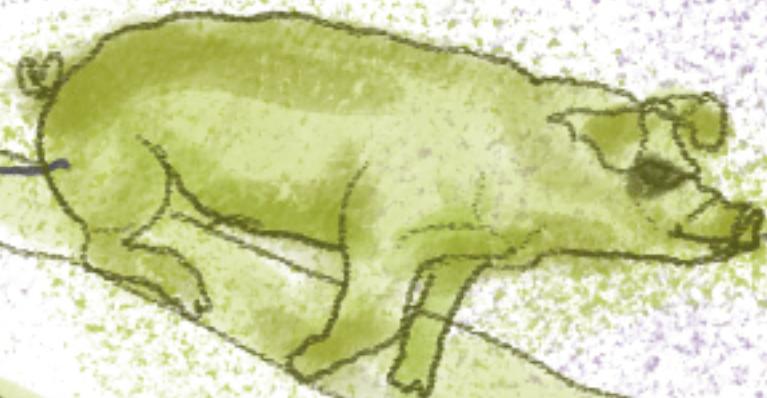
El rector contaba que su mamá había trabajado hombro a hombro con su papá en la ganadería. Habían logrado tener más de doscientas cabezas de ganado, pero, decía, “la guerrilla les quitó más de ciento cincuenta y el comandante guerrillero amenazó a mi papá. Él se fue entonces de la finca y nunca volvió. En la ciudad —decía el rector— a pesar de que no le faltaba nada, mi papá se deprimió y no volvió a trabajar durante más de dos años. A mí mamá le daba mucha rabia, pero como lo quería mucho no le decía nada. Ella se quedó sola al frente de la finca porque ni a mi hermano ni a mí nos gustaba el campo. Es que el campo es mucho joderse —se justificaba el rector—. Además, lo mío es la biología y la docencia”.





En cambio, Doña Silvina de Castañeda amaba profundamente el campo y, además, era “una señora de armas tomar”. Y esto no sólo lo decía su hijo, sino muchas otras personas también. Para ella no era problema ponerse a “echar rula” o azadón a pleno sol. Montaba siempre en mula, vacunaba, castraba toros y marranos y levantaba cercas. Los trabajadores la respetaban y cuando estaba furiosa no se atrevían a contradecirla, aunque lo que dijera fuera absurdo. Desde el momento en que su marido se fue, no volvió a saludar a los muchachos.

Ella, como muchas otras personas, a los guerrilleros los llamaba muchachos. Un día que iba hacia el potrero de los guayacanes amarillos se encontró casi frente a frente con don Gonzalo Useche, uno de los jefes guerrilleros con los que ella había simpatizado. Él desmontó su caballo rápidamente para abrirla a doña Silvina el portal antes de que ella tuviera tiempo de bajarse de su mula. Cuando ella vio que se trataba de don Gonzalo, le pegó a la mula con la fusta para arrearla y pasó frente al guerrillero sin mirarlo.



—Doña Silvina, ¿qué le pasa?

—A mí no me pasa nada.

—Doña Silvina, todo el mundo sabe lo que le pasa. Venga y hablemos.

—Si sabe, ¿para qué pregunta? —le respondió doña Silvina bruscamente.

—No se vaya, venga hablemos. Usted sabe que don Miguel no podía mandar semejante razón al comandante. Si él le permite eso a don Miguel, después fulano, zutano y mengano hacen lo mismo... Y eso no se puede. Si el comandante no se hace respetar, ¿a dónde va a parar todo esto? Antes le respetó la vida y todo...

—Pues yo no tengo ni la más puta idea a dónde irá a parar todo esto. Lo que sí le puedo decir es que Miguel está derrumbado.

—Nooo, yo entiendo... Pero entienda usted también que aquí se trata de ser justos y entonces a todos hay que tratarlos por igual.

—Mire, don Gonzalo, no me crea tan pendeja: yo le acepto que la justicia es ayudar a todo el mundo por igual. Lo que no le puedo aceptar es que la justicia sea joder a todo el mundo por igual. No sea tan güevón... Son dos cosas muy diferentes.





Don Gonzalo no encontró rápidamente una respuesta para doña Silvina y se quedó mirándola en silencio mientras ella se alejaba. El sol de las siete de la mañana apenas se asomaba entre unos nubarrones que cubrían casi toda la serranía y levantaba poco a poco la bruma de las praderas. Doña Silvina se perdió en su mula entre los primeros matorrales y el estruendo de los monos aulladores y de los loros y las guacamayas que iban de un árbol a otro. El guerrillero se quedó inmóvil durante unos minutos con los ojos fijos en el sitio por donde la mujer que él admiraba y apreciaba se había perdido. Montó después su caballo y se perdió también en los matorrales, pero en dirección del potrero de las huacas que está al sur del de los guayacanes y que era el sitio que ocupaba la comandancia desde hacía años, desde cuando doña Silvina los acogió y protegió.

Don Miguel se había visto obligado a desplazarse a la ciudad para evitar el destino que los guerrilleros le habían vaticinado. Mientras Doña Silvina seguía haciéndose cargo de la finca, acompañada por sus hijos, el hombre pasaba las noches en un estrecho y frío apartamento que había tomado en arriendo. Normalmente Don Miguel se encargaba de hacer trabajos menores, más para ocupar la mente en algo útil para poder olvidar, al menos por momentos, la ausencia de su familia. Sin embargo, en ocasiones se hallaba pasando largas horas en la cama, mirando al techo, extrañando a su esposa y a sus hijos, al aire del campo y los colores del cielo.

Su esposa lo visitaba una o dos veces al mes junto a los niños. Le llevaba yuca y huevos y leche fresca y a veces salían a caminar por las calles y parques de la ciudad. Ella le contaba las últimas novedades de la finca primero —que la Florinda se estaba poniendo vieja, que se habían muerto dos gallinas— y luego le contaba todo lo que hubiera pasado con los guerrilleros. La voz de doña Silvina se iba llenando cada vez más de rencor y ninguno de los dos sabía qué hacer cuando, al caer la noche, sentían ese dolor en el pecho que viene después de contener tantas lágrimas.





Así se mantuvieron, tratando de sobrevivir a distancia, don Miguel vetado para siempre, Doña Silvina incapaz de abandonar su tierra, único medio de supervivencia que tenían ella y su marido. El rector Víctor Manuel cuenta que el carácter de su madre se había endurecido durante esos años que pasó separada de su padre. Cuando visitaban a Don Miguel —recuerda—, lo notaba enajenado, silencioso y se veía muy envejecido aunque no hubiera pasado tanto tiempo como el que parecía. Tres años sobrevivieron así, en medio de la zozobra y la incertidumbre: Silvina esperando que en cualquier momento, los muchachos se llevaran las pocas reses que le quedaban en la finca y Don Miguel sintiendo el temor de que su esposa e hijos se convirtieran en las próximas víctimas de una organización cada vez más ambiciosa y descorazonada.

Emilio, un primo de Don Miguel que vivía en la ciudad desde hacía varios años, se percató de su situación y fue a visitarlo. Lo primero que le llamó la atención a Emilio fue el tamaño del apartamento en el que vivía su primo, tan pequeño en comparación con el espacio abierto y cálido que tenían en Pozo Azul. Prepararon café en una pequeña estufa de gas y, mientras se reconfortaban con la bebida, conversaban. Aunque Don Miguel evitaba hablar sobre su situación, Emilio insistía, hasta que hizo la pregunta que había estado flotando durante horas:

—¿Y Silvina?

—Viene y me visita cuando puede. Me da miedo lo que le pueda pasar... —respondió Don Miguel.

—¿Y los niños están bien? ¿Cómo están haciendo con lo de la comida y con todos los gastos?

—Con ahorros, primo. Yo hago arreglos por ahí, compro y vendo mercancía; de lo que sea le toca a uno. Silvina sigue trabajando en la finca con los pelaos, que no es que ayuden mucho. A ellos el campo no les gusta.



Emilio escuchaba con atención a Don Miguel. Era evidente que su primo estaba completamente destrozado y, aunque no eran tan cercanos, ni Emilio era un hombre particularmente dado a ayudar a los demás, fue tanto el impacto que el rostro disminuido de Don Miguel le causó, que acabó decidiéndose por ayudarlo. Primero le explicó lo absurdo que era que Silvina perdiera las manos, la espalda y los años en el arduo trabajo del campo, sola, sin nadie que le ayudara. Así mismo le señaló que era un sinsentido conservar a las reses, pues Silvina y sus hijos no daban abasto para cuidarlas a todas, ni podían aprovecharlas en su totalidad. Además, estaba el riesgo permanente de que en cualquier momento el comandante guerrillero enviara a sus hombres por el resto de las reses. O peor aún, a reclutar a sus hijos. Don Miguel estaba seguro de que Silvina no estaría dispuesta a dejar que nadie tocara a los niños y que enfrentarse al comandante era lo mismo que ganarse una sentencia de muerte.

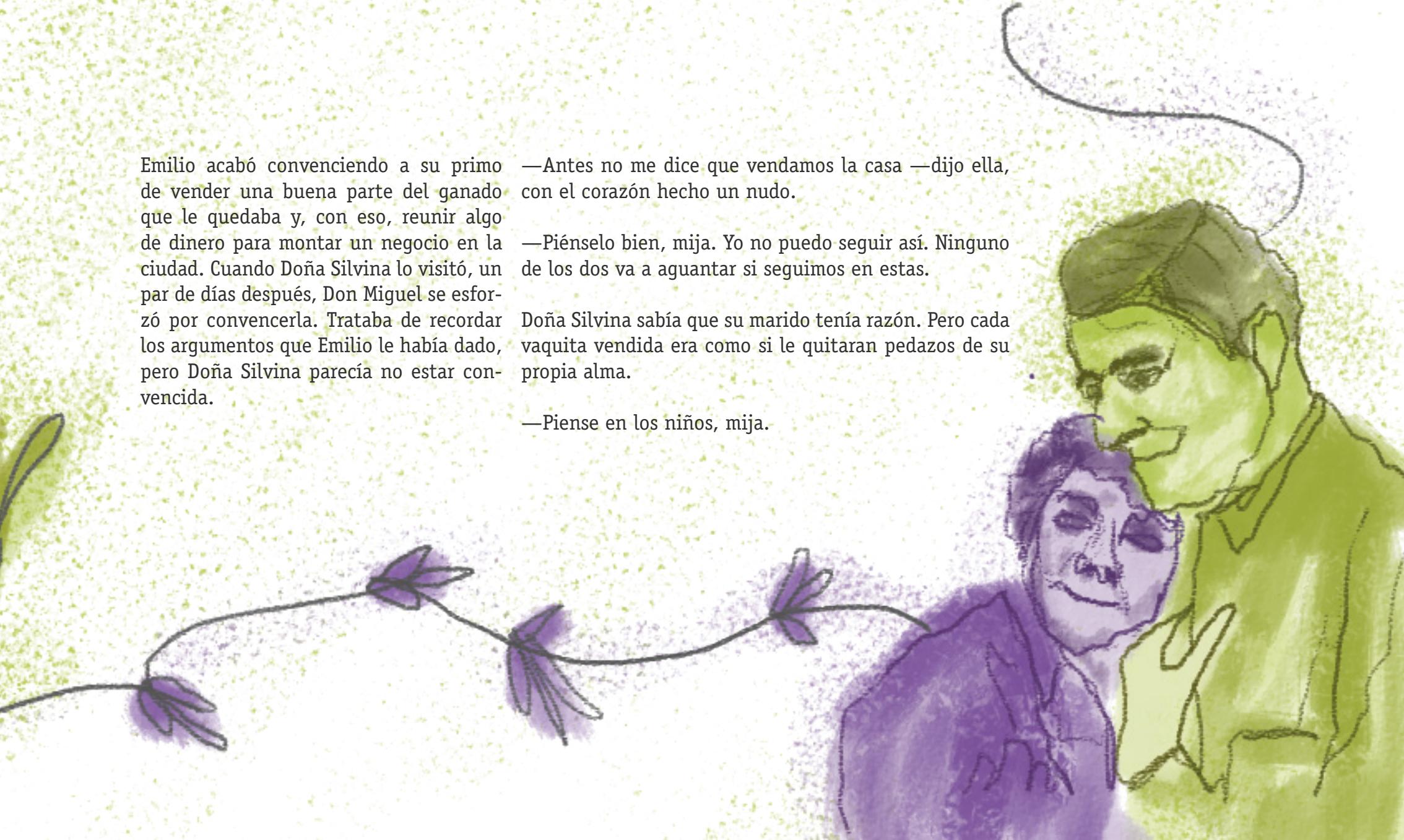
Emilio acabó convenciendo a su primo de vender una buena parte del ganado que le quedaba y, con eso, reunir algo de dinero para montar un negocio en la ciudad. Cuando Doña Silvina lo visitó, un par de días después, Don Miguel se esforzó por convencerla. Trataba de recordar los argumentos que Emilio le había dado, pero Doña Silvina parecía no estar convencida.

—Antes no me dice que vendamos la casa —dijo ella, con el corazón hecho un nudo.

—Piénselo bien, hija. Yo no puedo seguir así. Ninguno de los dos va a aguantar si seguimos en estas.

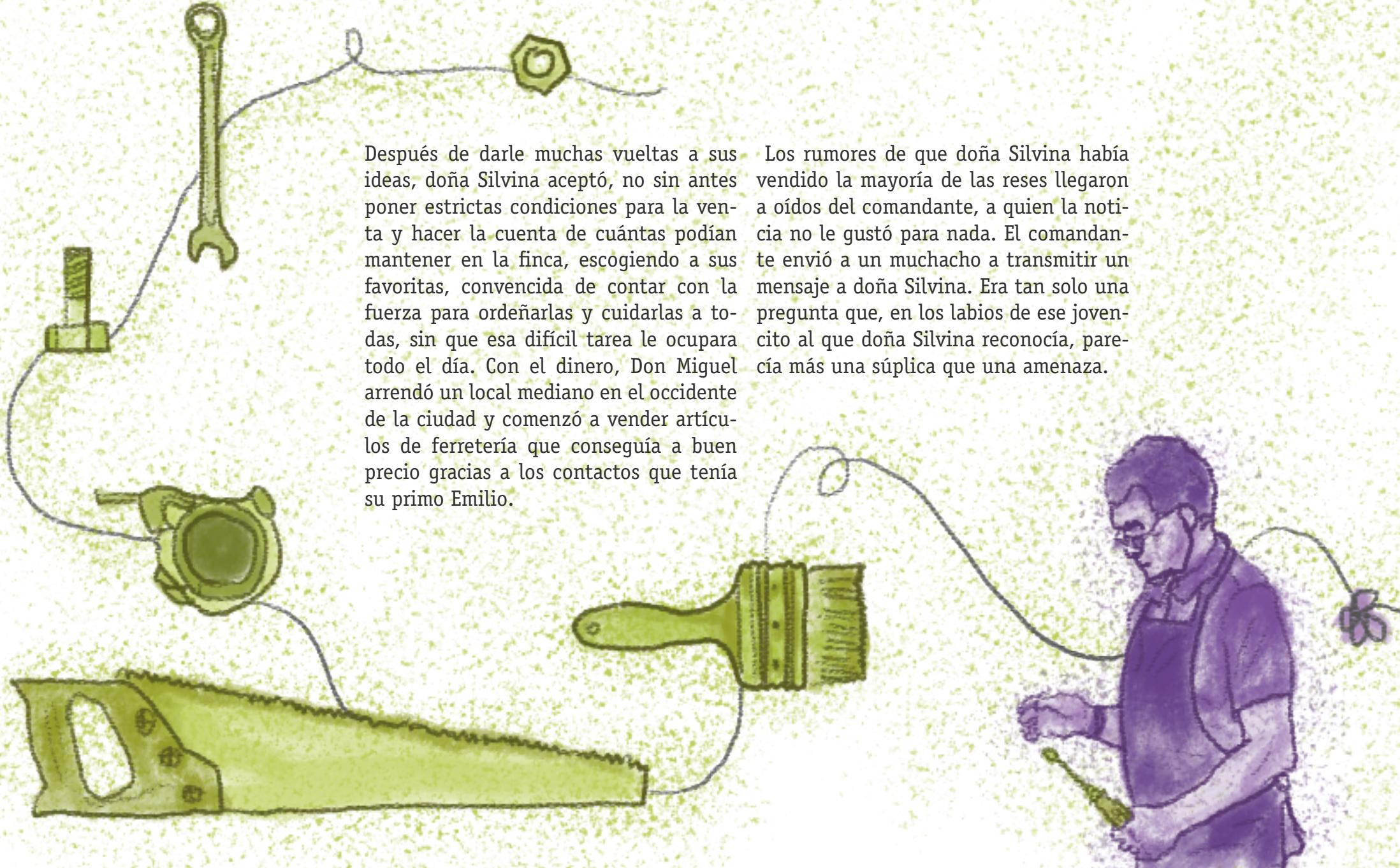
Doña Silvina sabía que su marido tenía razón. Pero cada vaquita vendida era como si le quitaran pedazos de su propia alma.

—Piense en los niños, hija.



Después de darle muchas vueltas a sus ideas, doña Silvina aceptó, no sin antes poner estrictas condiciones para la venta y hacer la cuenta de cuántas podían mantener en la finca, escogiendo a sus favoritas, convencida de contar con la fuerza para ordeñarlas y cuidarlas a todas, sin que esa difícil tarea le ocupara todo el día. Con el dinero, Don Miguel arrendó un local mediano en el occidente de la ciudad y comenzó a vender artículos de ferretería que conseguía a buen precio gracias a los contactos que tenía su primo Emilio.

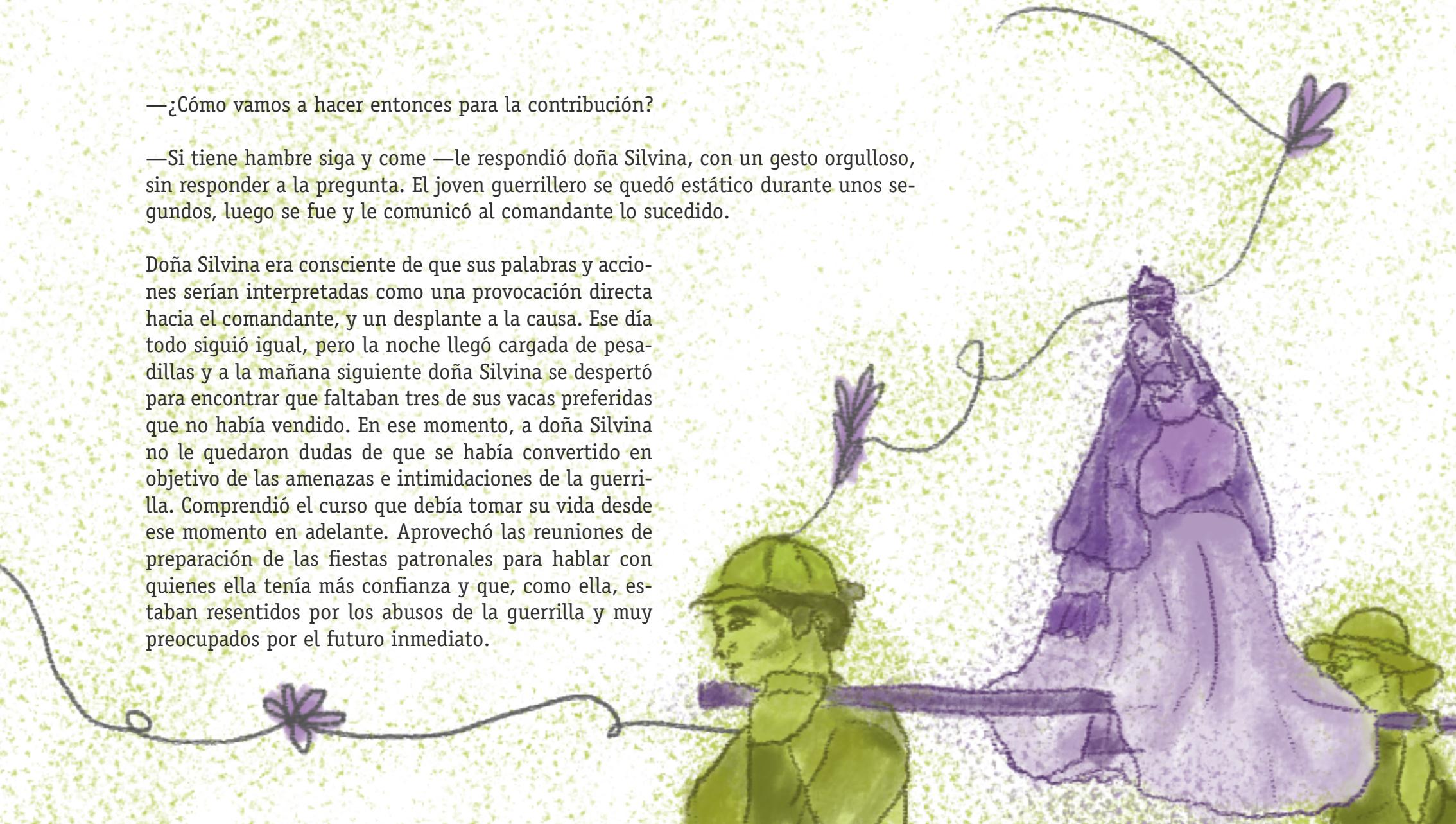
Los rumores de que doña Silvina había vendido la mayoría de las reses llegaron a oídos del comandante, a quien la noticia no le gustó para nada. El comandante envió a un muchacho a transmitir un mensaje a doña Silvina. Era tan solo una pregunta que, en los labios de ese jovencito al que doña Silvina reconocía, parecía más una súplica que una amenaza.



—¿Cómo vamos a hacer entonces para la contribución?

—Si tiene hambre siga y come —le respondió doña Silvina, con un gesto orgulloso, sin responder a la pregunta. El joven guerrillero se quedó estático durante unos segundos, luego se fue y le comunicó al comandante lo sucedido.

Doña Silvina era consciente de que sus palabras y acciones serían interpretadas como una provocación directa hacia el comandante, y un desplante a la causa. Ese día todo siguió igual, pero la noche llegó cargada de pesadillas y a la mañana siguiente doña Silvina se despertó para encontrar que faltaban tres de sus vacas preferidas que no había vendido. En ese momento, a doña Silvina no le quedaron dudas de que se había convertido en objetivo de las amenazas e intimidaciones de la guerrilla. Comprendió el curso que debía tomar su vida desde ese momento en adelante. Aprovechó las reuniones de preparación de las fiestas patronales para hablar con quienes ella tenía más confianza y que, como ella, estaban resentidos por los abusos de la guerrilla y muy preocupados por el futuro inmediato.





Un comerciante, llamado Alirio Cueva, que se había quejado sobre un impuesto que le puso la guerrilla, a modo de peaje, para cada vez que quisiera mover sus productos, le dijo a doña Silvina que él estaba por hablar con ella acerca de la situación que estaba viviendo el pueblo. Le comentó que este impuesto lo había llevado a intentar rutas alternativas, y en uno de esos viajes a través de una trocha, había sido descubierto. Como castigo le habían robado la mercancía y le habían dado un ultimátum: si volvía a desplazarse sin permiso, lo matarían.

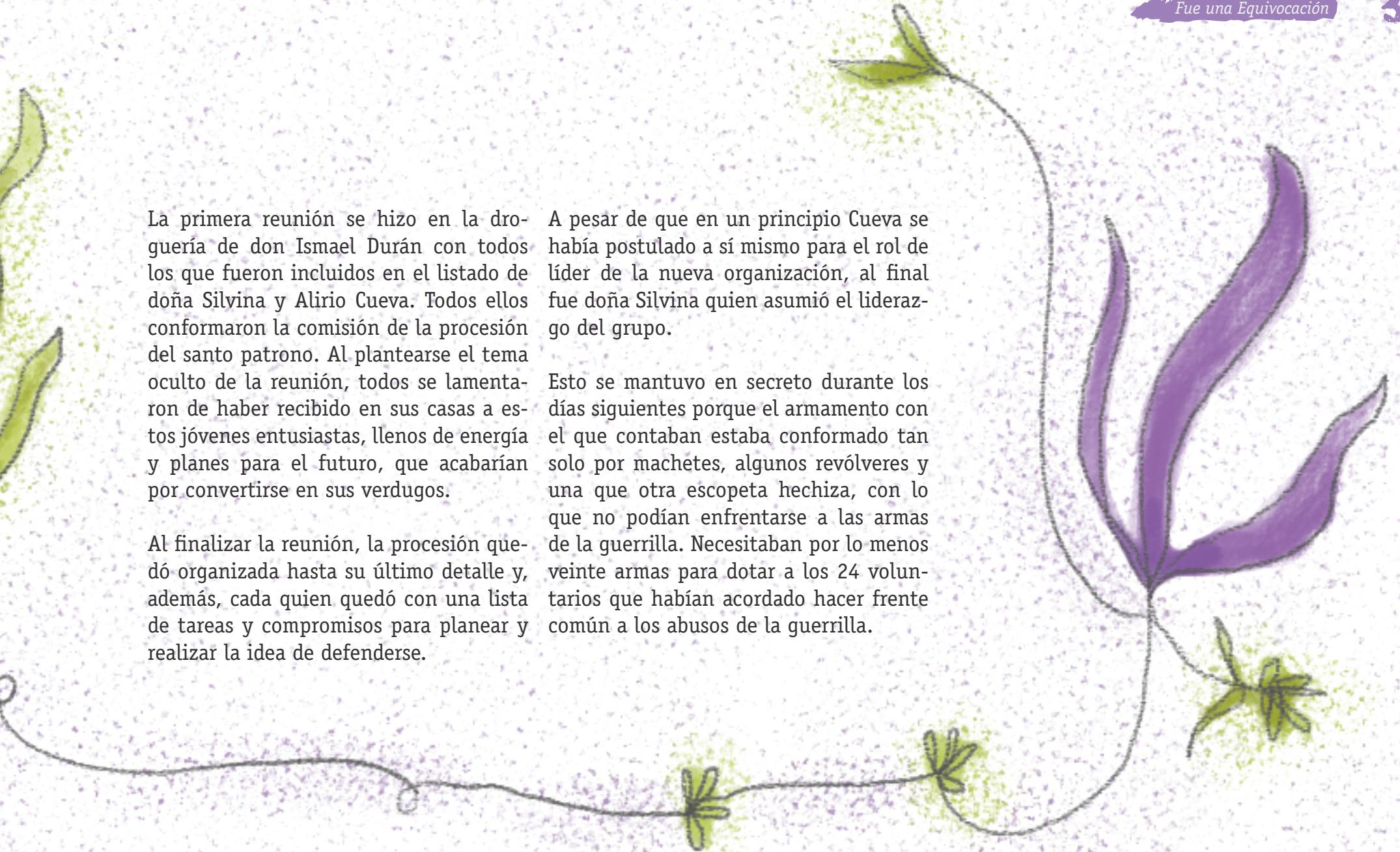
Le comentó además de varios casos de otros pequeños comerciantes y de algunos ganaderos que, como doña Silvina, ya no les quedaba sino unas pocas reses. Doña Silvina y don Alirio se dieron a la tarea de hacer un listado de las personas conocidas y de confianza que podrían estar de acuerdo con la idea de que era necesario defenderse por sus propios medios pues era claro que era muy poco lo que el ejército o la policía podían o querían hacer. La primera pregunta de las autoridades era <<¿Tiene usted alguna denuncia o alguna condena relacionada con la queja que viene a formular?>> Y ahí paraba todo; hacer una denuncia era poco menos que un suicidio...

La primera reunión se hizo en la droguería de don Ismael Durán con todos los que fueron incluidos en el listado de doña Silvina y Alirio Cueva. Todos ellos conformaron la comisión de la procesión del santo patrono. Al plantearse el tema oculto de la reunión, todos se lamentaron de haber recibido en sus casas a estos jóvenes entusiastas, llenos de energía y planes para el futuro, que acabarían por convertirse en sus verdugos.

Al finalizar la reunión, la procesión quedó organizada hasta su último detalle y, además, cada quien quedó con una lista de tareas y compromisos para planear y realizar la idea de defenderse.

A pesar de que en un principio Cueva se había postulado a sí mismo para el rol de líder de la nueva organización, al final fue doña Silvina quien asumió el liderazgo del grupo.

Esto se mantuvo en secreto durante los días siguientes porque el armamento con el que contaban estaba conformado tan solo por machetes, algunos revólveres y una que otra escopeta hechiza, con lo que no podían enfrentarse a las armas de la guerrilla. Necesitaban por lo menos veinte armas para dotar a los 24 voluntarios que habían acordado hacer frente común a los abusos de la guerrilla.





Doña Silvina se las arregló para conseguir una cita con el coronel Óscar Granados del Batallón Héroes, ubicado en la Vereda del Carrizal. Había algo en la presencia de doña Silvina, en su tono de voz y su forma de caminar, que le permitía salirse con la suya, incluso, ante los funcionarios públicos más reacios y eran pocos los militares que lograban comprender el motivo por el cual el coronel recibía a una mujer como doña Silvina en su propia oficina. En la reunión estuvo

presente la cadete Sandra Quiroz, entonces secretaria privada del coronel, quien me contaría durante una conversación privada que, antes de ese día, el coronel Granados nunca había visto a doña Silvina en persona, pero sí había escuchado hablar de ella, por el mismo motivo que los guerrilleros la habían buscado y su comunidad la reconocía. El hombre se sorprendió de la apariencia de la mujer que tenía en frente y no pudo evitar sentirse intimidado cuando ella le expuso su situación

—El problema con los guerrilleros llegó a su límite, Coronel. Ya no aguantamos más. Nadie aguanta más en el pueblo.

—Ya se han identificado objetivos. Se está procediendo, mi doña. Yo hago lo que puedo con los recursos a disposición del batallón y lo que la ley nos permite.

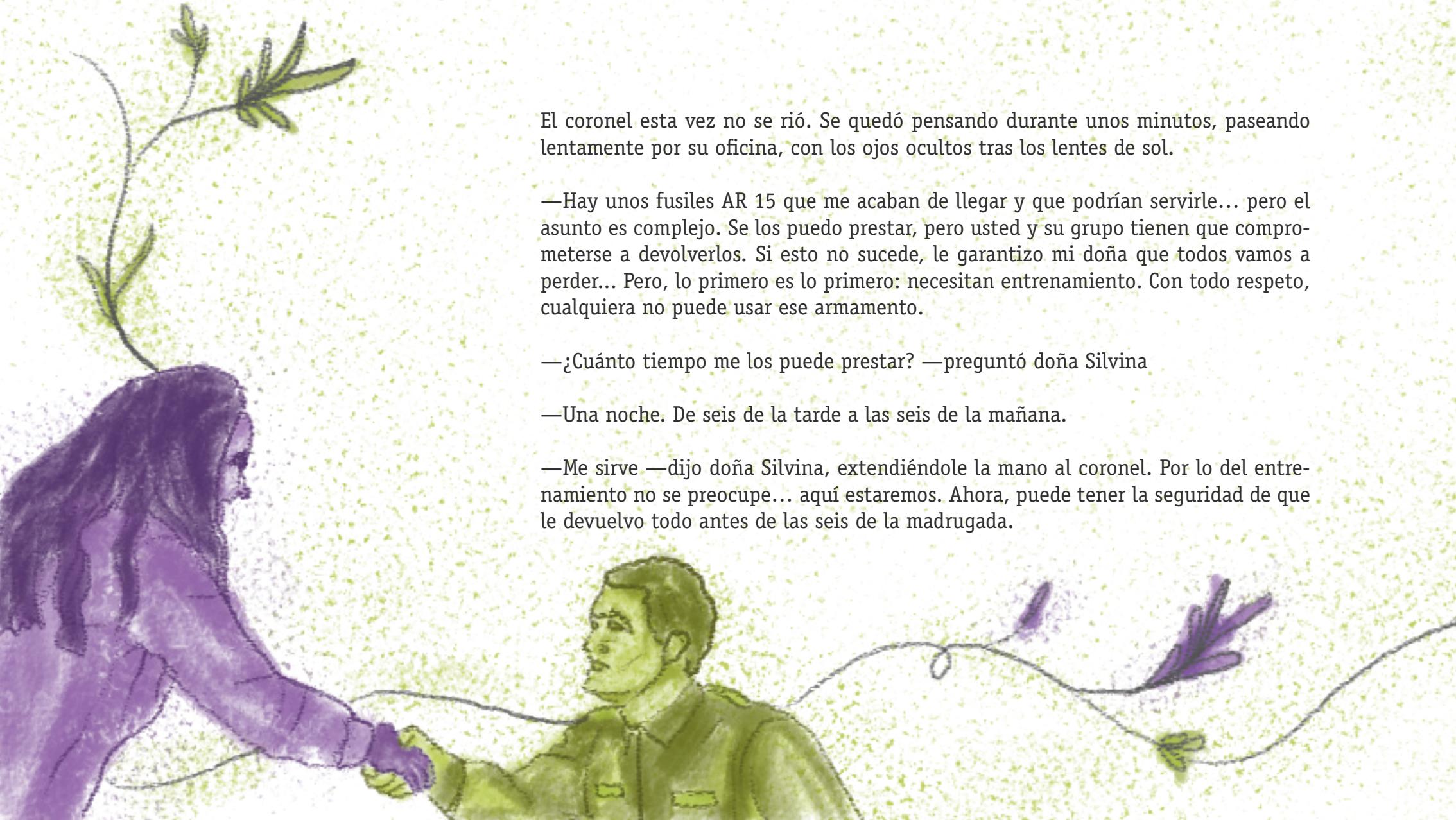
—No vine a pedirle explicaciones —dijo doña Silvina. Y añadió: —vine a pedirle un favor.

El coronel se rió con arrogancia cuando doña Silvina comenzó a explicar su plan, pero cuando comprendió que lo de los 24 hombres era cierto, decidió frenar a doña Silvina en seco.

—¿Usted me está hablando en serio, doña Silvina? —preguntó.

—¿Usted qué cree?





El coronel esta vez no se rió. Se quedó pensando durante unos minutos, paseando lentamente por su oficina, con los ojos ocultos tras los lentes de sol.

—Hay unos fusiles AR 15 que me acaban de llegar y que podrían servirle... pero el asunto es complejo. Se los puedo prestar, pero usted y su grupo tienen que comprometerse a devolverlos. Si esto no sucede, le garantizo mi doña que todos vamos a perder... Pero, lo primero es lo primero: necesitan entrenamiento. Con todo respeto, cualquiera no puede usar ese armamento.

—¿Cuánto tiempo me los puede prestar? —preguntó doña Silvina

—Una noche. De seis de la tarde a las seis de la mañana.

—Me sirve —dijo doña Silvina, extendiéndole la mano al coronel. Por lo del entrenamiento no se preocupe... aquí estaremos. Ahora, puede tener la seguridad de que le devuelvo todo antes de las seis de la madrugada.

El día de los acontecimientos fue más silencioso que de costumbre. Doña Silvina había enviado a los niños a la ciudad con su padre, y durante la mayor parte de la mañana se había entregado a su rutina usual, tratando de no levantar sospechas en caso de que los guerrilleros la estuvieran vigilando. Extrañó los ruidos de las vacas y el silencio de la finca era el silencio de su corazón despoblado, decepcionado por ver cómo las ilusiones de la gente se perdían, como arena, entre las manos de esos jóvenes guerrilleros, ahora tan endurecidos por la guerra y por sus propias ambiciones.

Luego, al caer la tarde, salió de su casa y se encontró con los hombres. Comieron juntos en la Vereda del Carrizal. A doña Silvina y a Alirio Cueva los llevó don Ismael Guzmán en su Toyota caresapo de estacas a recoger los AR 15 al batallón que estaba a unos diez kilómetros del asadero. Doña Silvina se presentó por su nombre, dijo que iba de parte del coronel Granados, y la dejaron entrar sin problemas. Los soldados encargados habían recibido la orden de no hacer ninguna pregunta y entregar los fusiles a doña Silvina y a los hombres que la acompañaban.

Cuando volvieron al asadero, eran más o menos las ocho y media de la noche. A las nueve, cuando estaban listos para subir al monte, empezó a caer una lluvia torrencial que después se transformó en una tormenta que arreciaba minuto a minuto.



Esperaron a que la tormenta cesara, pues era muy difícil moverse entre el barro y ver a través de las gruesas gotas que caían sin descanso. Esto sin mencionar el ruido, que no permitía que se escucharan ni siquiera entre ellos. Los ánimos comenzaban a debilitarse. Se sentía la inquietud en la oscuridad, pero doña Silvina permanecía atenta y decidida. Poco ante de medianoche la tormenta no daba señales de querer detenerse. Un ex policía que hacía parte del grupo decidió tomar la palabra.

—Mi doña, yo entiendo que tiene que devolver las armas, pero ¿cómo se le ocurre que vamos a poder hacer algo así, con este aguacero? Uno no puede escuchar ni lo que está pensando.

Doña Silvina no respondió. Se quedó erguida e impasible, mirando fijamente al hombre que había hablado. Otro más, animado por el primero, añadió:

—Yo soy un profesional. Ni en el ejército lo ponían a uno a proceder en estas condiciones. Créame cuando le digo que deberíamos aplazar todo. Después miramos a ver cómo se consiguen otra vez las armas.

Doña Silvina se sintió particularmente indignada por esa actitud débil. Estuvo a punto de insultar a los hombres, pero sabía que sola no podía llevar a cabo la operación, por lo que decidió que lo mejor sería demostrar su fortaleza no por medio de la palabra, sino a través de sus acciones; tal y como lo había hecho durante toda su vida. Visiblemente molesta, se acercó a las cajas de munición, y de ahí se terció dos bandoleras. Los hombres la observaban en silencio, a la espera. Doña Silvina tomó su fusil del muro de ladrillo desnudo sobre el que lo había dejado apoyado, en hilera junto a los otros veinticuatro fusiles, y acto seguido salió de la enramada del asadero. Ya empapada, volvió su mirada a los hombres que la miraban atónitos y les dijo:

—Si entre ustedes hay un verdadero hombre, ¡que me siga!



An illustration in a sketchy, watercolor style showing three figures walking along a winding path. The path starts at the top left and curves down towards the bottom right. The first figure is a man in a dark jacket and pants, walking away from the viewer. The second figure is a woman wearing a wide-brimmed hat and a long, light-colored coat, walking towards the viewer. The third figure is a man in a dark jacket, walking away from the viewer. The background is a textured, light-colored wash with some faint green and purple accents, suggesting a natural setting with plants and trees.

Ninguno fue capaz de quedarse al ver la determinación de aquella mujer. El campamento ubicado en la parte alta de la finca de doña Silvina estaba completamente desprotegido ante el aguacero. Después de hora y media de luchar con el barro por un camino que sólo doña Silvina conocía, ella y sus hombres llegaron en silencio, aunque muchos de ellos dicen que por más que se hubieran esforzado en hacer ruido, no habrían podido vencer el estruendo de la tormenta. El aguacero, sin embargo, no logró aplacar el sonido de los fusiles, pero cuando los guerrilleros intentaron reaccionar, ya era demasiado tarde. La mayoría fueron

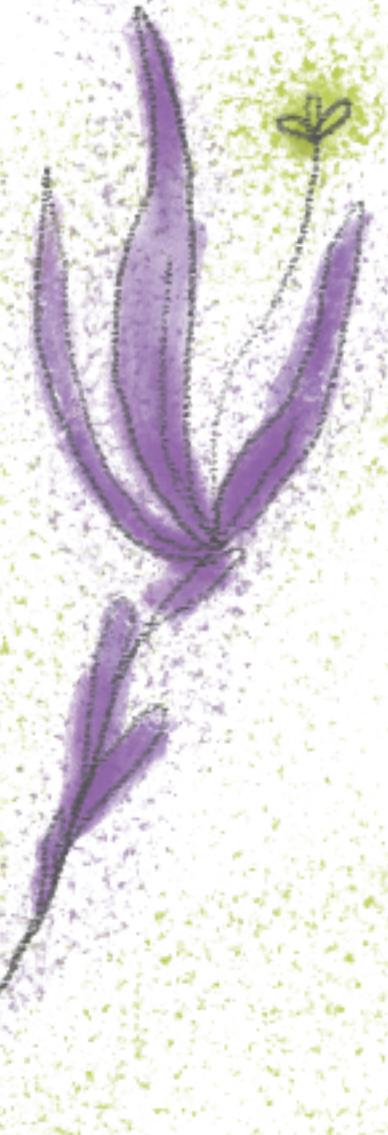
acribillados mientras dormían. Algunos, agonizantes, fueron ejecutados con tiros de gracia. Doña Silvina se aseguró de que el comandante Gonzalo Useche estuviera muerto, y aunque el muchacho ya tenía el rostro desfigurado por las balas, lo remató con una descarga de fusil.

Antes de las seis de la mañana del día siguiente, las armas ya habían regresado al depósito del batallón, y el coronel Granados se enteró de lo sucedido en la finca de Doña Silvina. Dio órdenes a sus hombres de no intervenir, y nadie se atrevió a hacer más preguntas.

Los habitantes de Pozo Azul recuerdan el periodo inmediatamente posterior a la ejecución de Useche y sus hombres. Este fue el primero de muchos otros ataques similares. Los otros grupos guerrilleros, bastante diezmados, tuvieron que retroceder hasta abandonar totalmente la serranía. Unos dos años después del primer ataque de Doña Silvina, todo tenía la apariencia de normalidad. Los comerciantes pudieron volver a moverse libremente por las carreteras, muchas de las personas que habían sido desplazadas o amenazadas regresaron a sus propiedades, y, aunque las cosas no volvieron ni volverían jamás a ser igual que antes,

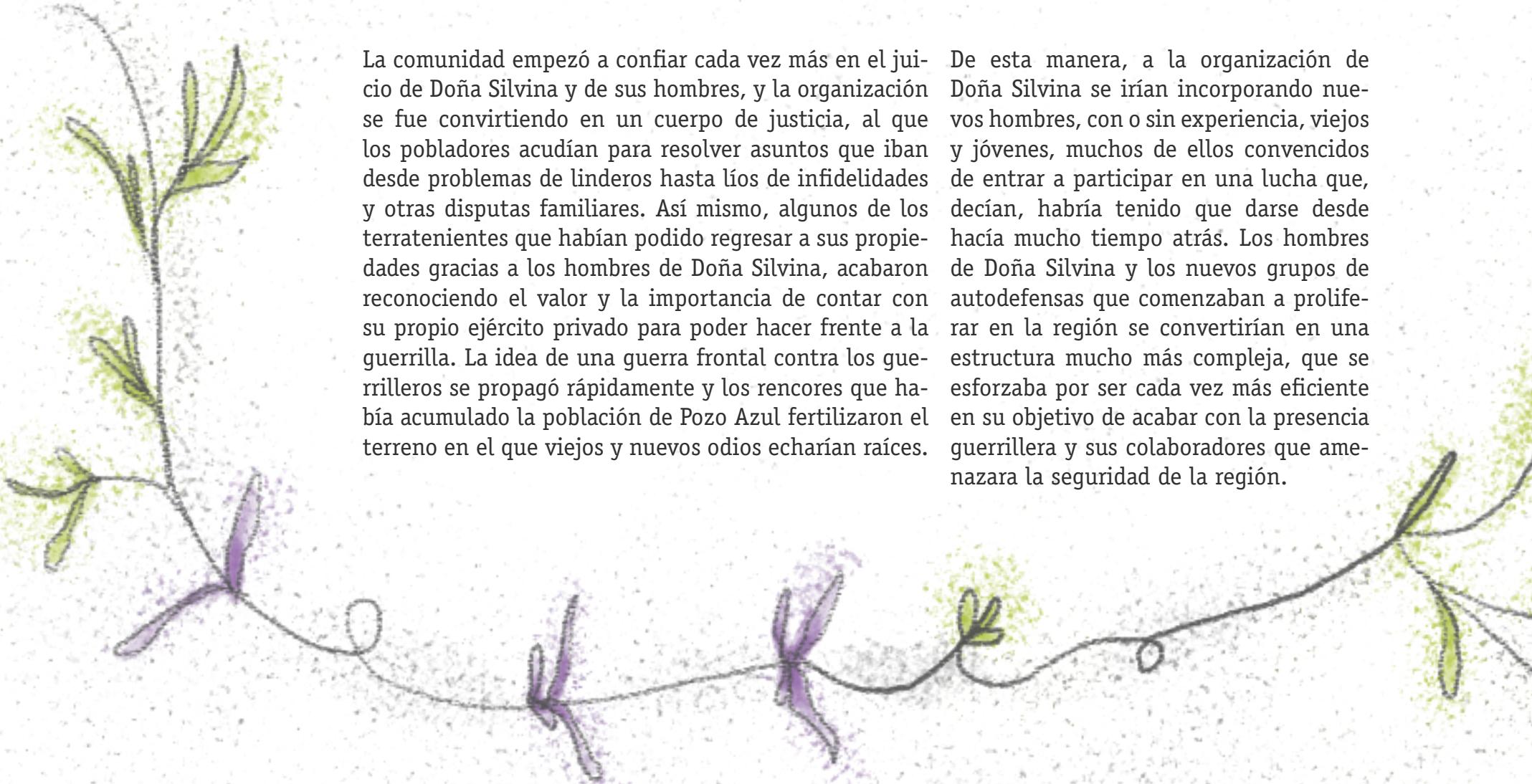
vino un periodo de relativa calma con respecto a lo que habían experimentado desde que llegó la guerrilla. Alirio Cueva recuerda cómo la organización de Doña Silvina se convirtió en el cuerpo legítimo de seguridad para la comunidad.

Gracias al espacio que había cedido la guerrilla, los hombres que había reunido Doña Silvina no tardaron en hallar la manera de comprar sus propias armas, mucho más modernas y eficaces que las del ejército. Con estas nuevas armas, la organización de Doña Silvina, que por el momento no tenía nombre, se convirtió en un pequeño ejército privado que, por lo menos al inicio, no tenía objetivos militares, económicos o políticos concretos más allá de terminar de manera absoluta con la presencia guerrillera en la región.



La comunidad empezó a confiar cada vez más en el juicio de Doña Silvina y de sus hombres, y la organización se fue convirtiendo en un cuerpo de justicia, al que los pobladores acudían para resolver asuntos que iban desde problemas de linderos hasta líos de infidelidades y otras disputas familiares. Así mismo, algunos de los terratenientes que habían podido regresar a sus propiedades gracias a los hombres de Doña Silvina, acabaron reconociendo el valor y la importancia de contar con su propio ejército privado para poder hacer frente a la guerrilla. La idea de una guerra frontal contra los guerrilleros se propagó rápidamente y los rencores que había acumulado la población de Pozo Azul fertilizaron el terreno en el que viejos y nuevos odios echarían raíces.

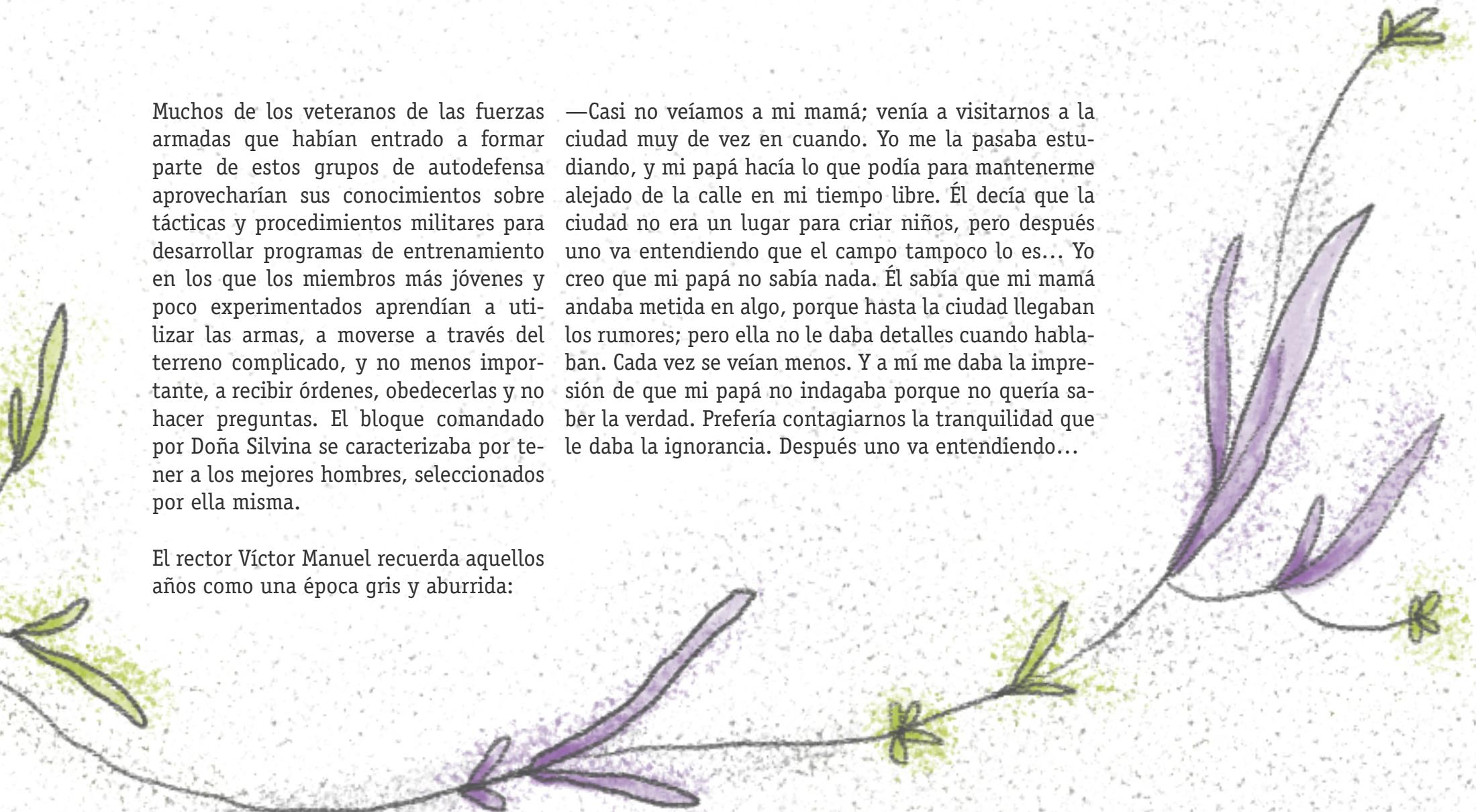
De esta manera, a la organización de Doña Silvina se irían incorporando nuevos hombres, con o sin experiencia, viejos y jóvenes, muchos de ellos convencidos de entrar a participar en una lucha que, decían, habría tenido que darse desde hacía mucho tiempo atrás. Los hombres de Doña Silvina y los nuevos grupos de autodefensas que comenzaban a proliferar en la región se convertirían en una estructura mucho más compleja, que se esforzaba por ser cada vez más eficiente en su objetivo de acabar con la presencia guerrillera y sus colaboradores que amenazara la seguridad de la región.

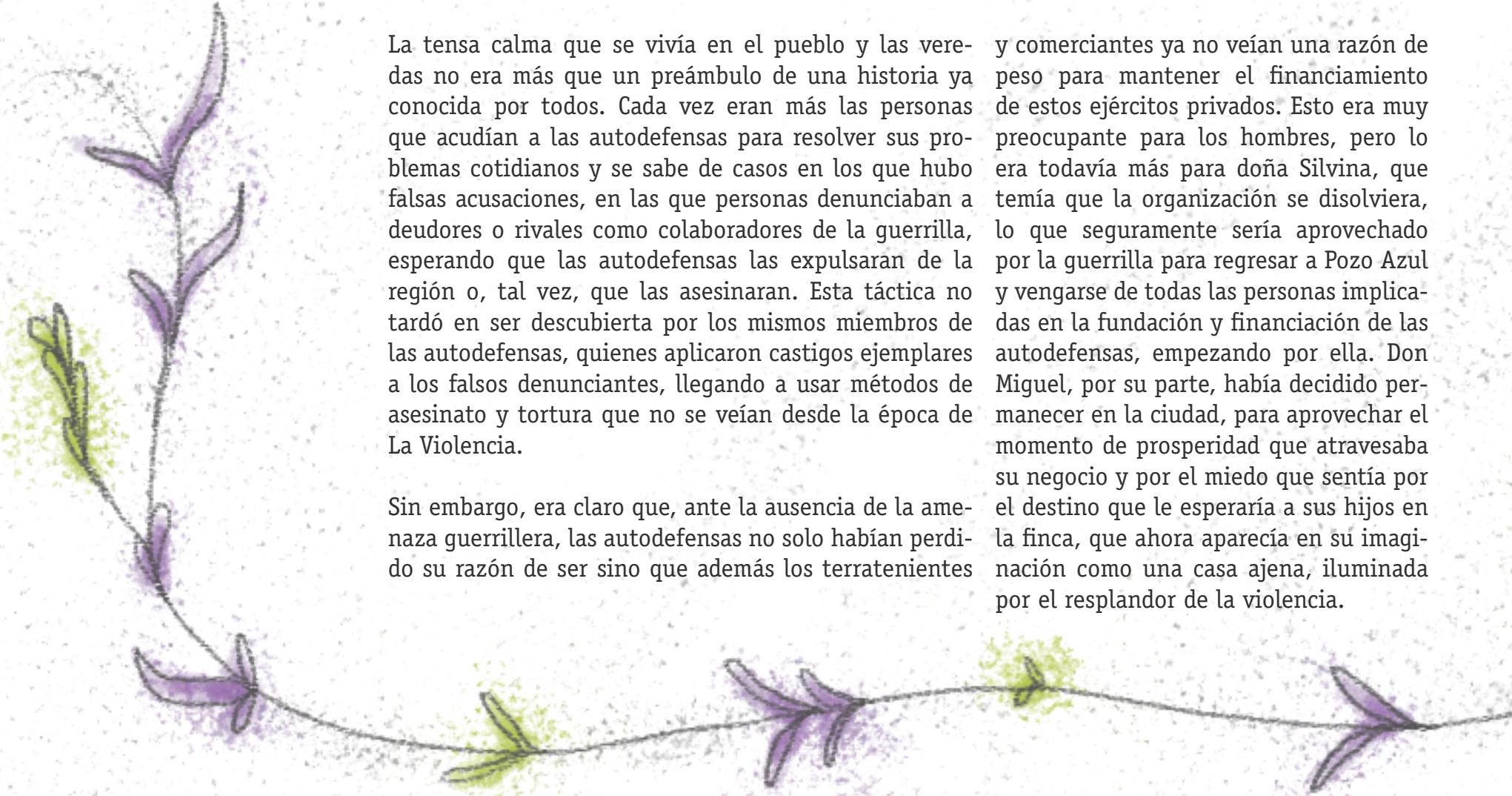


Muchos de los veteranos de las fuerzas armadas que habían entrado a formar parte de estos grupos de autodefensa aprovecharían sus conocimientos sobre tácticas y procedimientos militares para desarrollar programas de entrenamiento en los que los miembros más jóvenes y poco experimentados aprendían a utilizar las armas, a moverse a través del terreno complicado, y no menos importante, a recibir órdenes, obedecerlas y no hacer preguntas. El bloque comandado por Doña Silvina se caracterizaba por tener a los mejores hombres, seleccionados por ella misma.

El rector Víctor Manuel recuerda aquellos años como una época gris y aburrida:

—Casi no veíamos a mi mamá; venía a visitarnos a la ciudad muy de vez en cuando. Yo me la pasaba estudiando, y mi papá hacía lo que podía para mantenerme alejado de la calle en mi tiempo libre. Él decía que la ciudad no era un lugar para criar niños, pero después uno va entendiendo que el campo tampoco lo es... Yo creo que mi papá no sabía nada. Él sabía que mi mamá andaba metida en algo, porque hasta la ciudad llegaban los rumores; pero ella no le daba detalles cuando hablaban. Cada vez se veían menos. Y a mí me daba la impresión de que mi papá no indagaba porque no quería saber la verdad. Prefería contagiarnos la tranquilidad que le daba la ignorancia. Después uno va entendiendo...





La tensa calma que se vivía en el pueblo y las verdades no era más que un preámbulo de una historia ya conocida por todos. Cada vez eran más las personas que acudían a las autodefensas para resolver sus problemas cotidianos y se sabe de casos en los que hubo falsas acusaciones, en las que personas denunciaban a deudores o rivales como colaboradores de la guerrilla, esperando que las autodefensas las expulsaran de la región o, tal vez, que las asesinaran. Esta táctica no tardó en ser descubierta por los mismos miembros de las autodefensas, quienes aplicaron castigos ejemplares a los falsos denunciados, llegando a usar métodos de asesinato y tortura que no se veían desde la época de La Violencia.

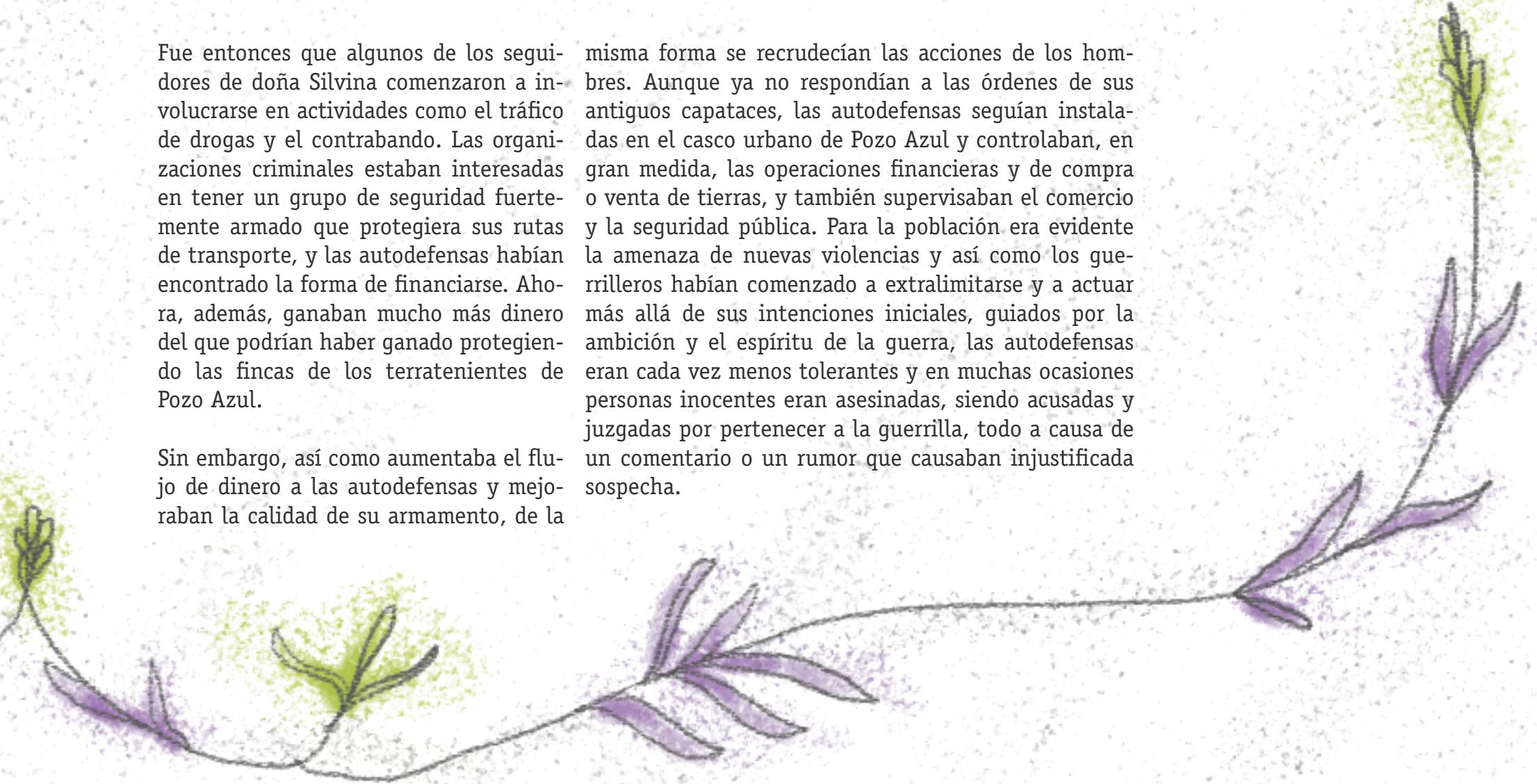
Sin embargo, era claro que, ante la ausencia de la amenaza guerrillera, las autodefensas no solo habían perdido su razón de ser sino que además los terratenientes

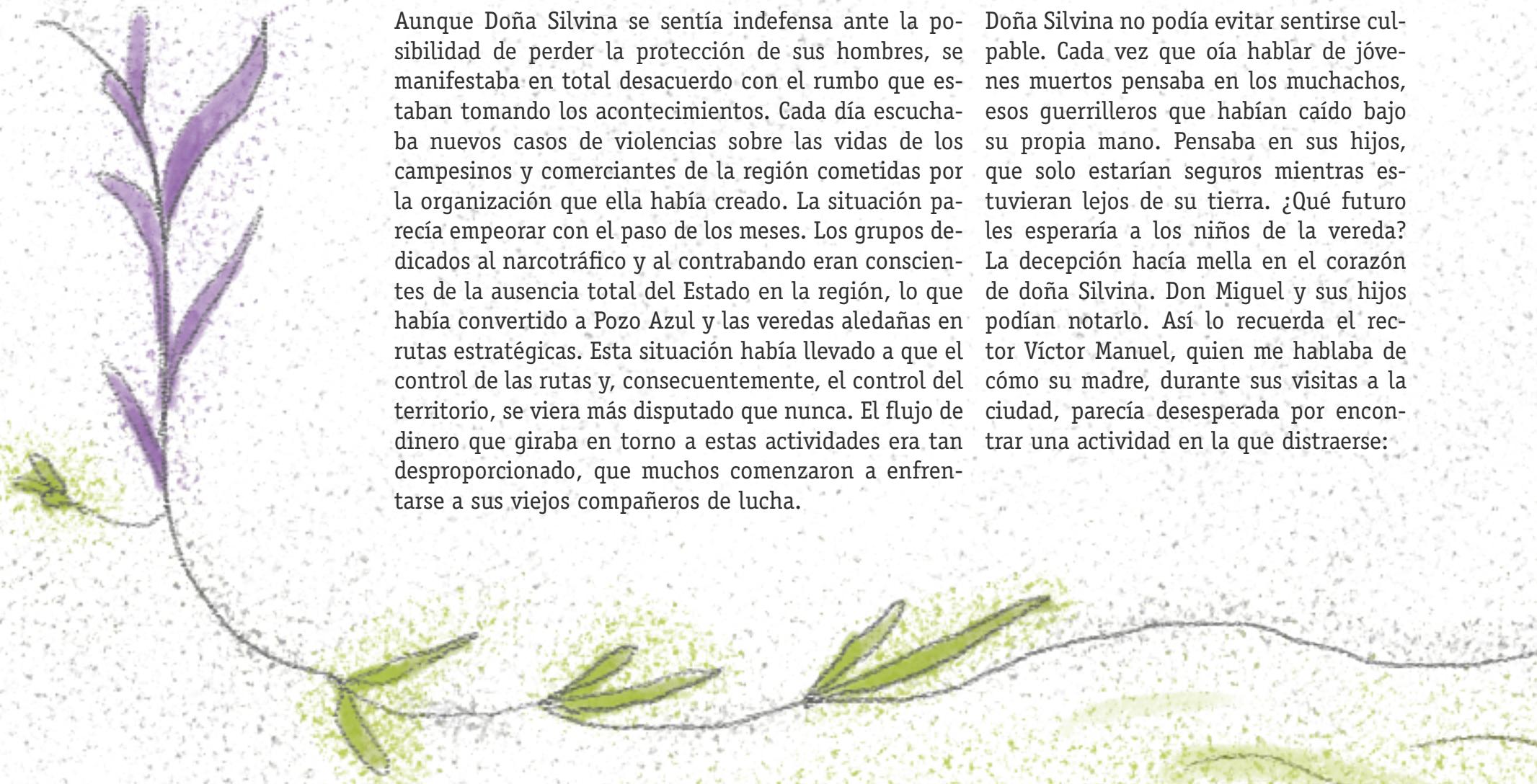
y comerciantes ya no veían una razón de peso para mantener el financiamiento de estos ejércitos privados. Esto era muy preocupante para los hombres, pero lo era todavía más para doña Silvina, que temía que la organización se disolviera, lo que seguramente sería aprovechado por la guerrilla para regresar a Pozo Azul y vengarse de todas las personas implicadas en la fundación y financiación de las autodefensas, empezando por ella. Don Miguel, por su parte, había decidido permanecer en la ciudad, para aprovechar el momento de prosperidad que atravesaba su negocio y por el miedo que sentía por el destino que le esperaba a sus hijos en la finca, que ahora aparecía en su imaginación como una casa ajena, iluminada por el resplandor de la violencia.

Fue entonces que algunos de los seguidores de doña Silvina comenzaron a involucrarse en actividades como el tráfico de drogas y el contrabando. Las organizaciones criminales estaban interesadas en tener un grupo de seguridad fuertemente armado que protegiera sus rutas de transporte, y las autodefensas habían encontrado la forma de financiarse. Ahora, además, ganaban mucho más dinero del que podrían haber ganado protegiendo las fincas de los terratenientes de Pozo Azul.

Sin embargo, así como aumentaba el flujo de dinero a las autodefensas y mejoraban la calidad de su armamento, de la

misma forma se recrudecían las acciones de los hombres. Aunque ya no respondían a las órdenes de sus antiguos capataces, las autodefensas seguían instaladas en el casco urbano de Pozo Azul y controlaban, en gran medida, las operaciones financieras y de compra o venta de tierras, y también supervisaban el comercio y la seguridad pública. Para la población era evidente la amenaza de nuevas violencias y así como los guerrilleros habían comenzado a extralimitarse y a actuar más allá de sus intenciones iniciales, guiados por la ambición y el espíritu de la guerra, las autodefensas eran cada vez menos tolerantes y en muchas ocasiones personas inocentes eran asesinadas, siendo acusadas y juzgadas por pertenecer a la guerrilla, todo a causa de un comentario o un rumor que causaban injustificada sospecha.



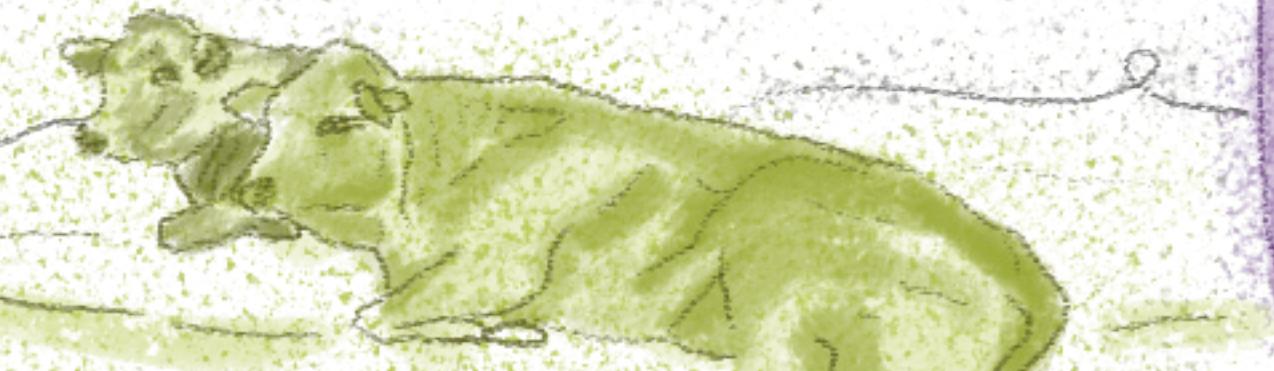


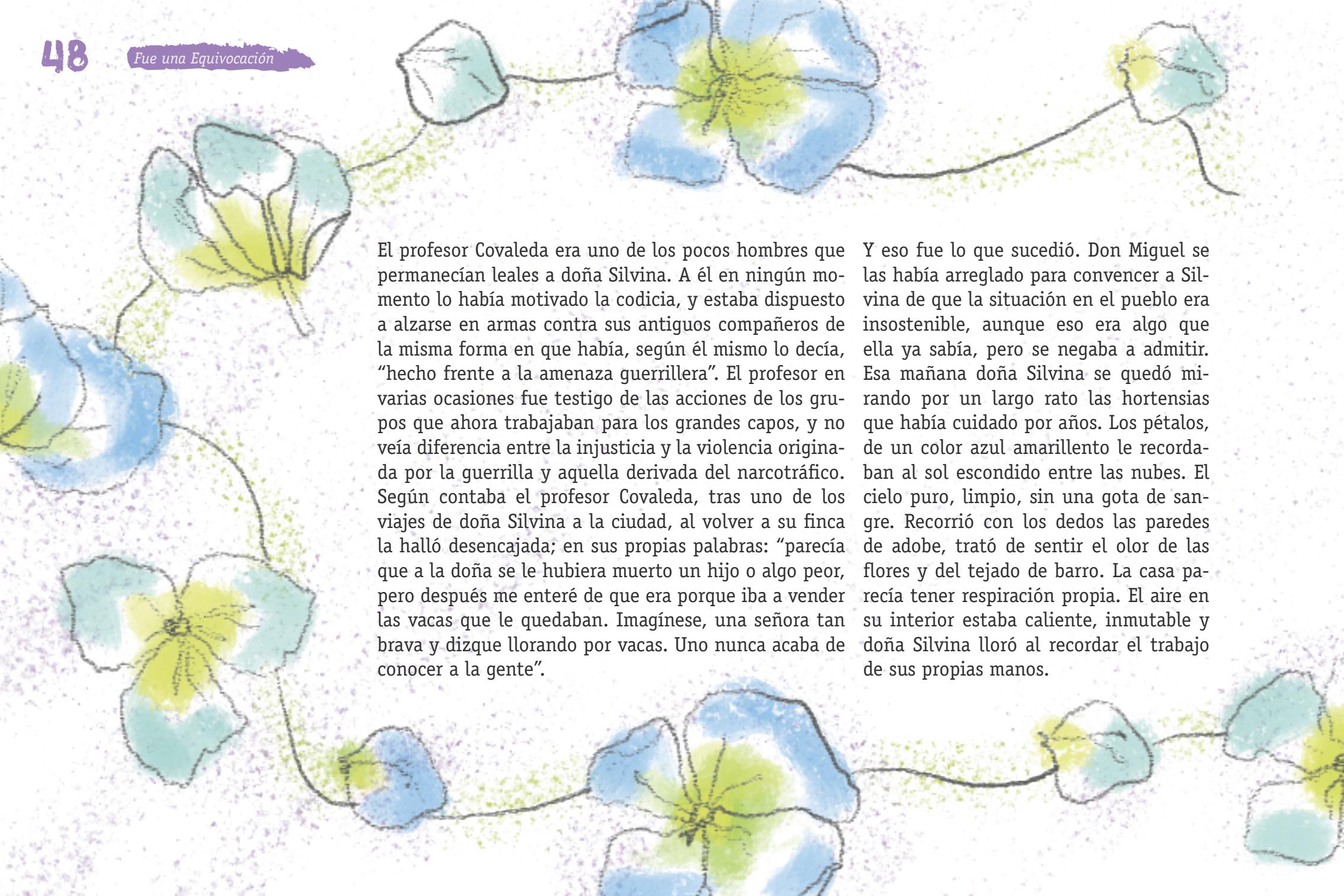
Aunque Doña Silvina se sentía indefensa ante la posibilidad de perder la protección de sus hombres, se manifestaba en total desacuerdo con el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Cada día escuchaba nuevos casos de violencias sobre las vidas de los campesinos y comerciantes de la región cometidas por la organización que ella había creado. La situación parecía empeorar con el paso de los meses. Los grupos dedicados al narcotráfico y al contrabando eran conscientes de la ausencia total del Estado en la región, lo que había convertido a Pozo Azul y las veredas aledañas en rutas estratégicas. Esta situación había llevado a que el control de las rutas y, consecuentemente, el control del territorio, se viera más disputado que nunca. El flujo de dinero que giraba en torno a estas actividades era tan desproporcionado, que muchos comenzaron a enfrentarse a sus viejos compañeros de lucha.

Doña Silvina no podía evitar sentirse culpable. Cada vez que oía hablar de jóvenes muertos pensaba en los muchachos, esos guerrilleros que habían caído bajo su propia mano. Pensaba en sus hijos, que solo estarían seguros mientras estuvieran lejos de su tierra. ¿Qué futuro les esperaba a los niños de la vereda? La decepción hacía mella en el corazón de doña Silvina. Don Miguel y sus hijos podían notarlo. Así lo recuerda el rector Víctor Manuel, quien me hablaba de cómo su madre, durante sus visitas a la ciudad, parecía desesperada por encontrar una actividad en la que distraerse:

—Mamá llegaba y nosotros ya sabíamos que íbamos a comer helado. Nos llevaba a carruseles, a parques. En esa época uno se la pasa jugando, pero yo me acuerdo haberla visto enajenada. Cuando ella se quedaba en el apartamento de mi papá, y él salía, ella se ponía a llorar pasito, sin que yo supiera por qué.

—Me acuerdo de una pelea fuerte —añadió el rector— A mi papá le dolía mucho ver toda esa situación. A todos nos hacía falta mamá en la casa, y nosotros estábamos cada vez más grandes, e íbamos entendiendo y aprendiendo a escuchar. No hay nada más triste que un niño acostumbrado al peligro, a la violencia. Se lo digo yo. A la ferretería le estaba yendo bien. Nos habíamos cambiado a un apartamento más grande, bonito, pero hace falta la presencia de la patrona de la casa, ¿sí me entiende? De lo que me acuerdo era que mi papá le decía a mi mamá que se fuera a vivir con nosotros, que vendiera las últimas vacas y saliera de la finca.





El profesor Covaleda era uno de los pocos hombres que permanecían leales a doña Silvina. A él en ningún momento lo había motivado la codicia, y estaba dispuesto a alzarse en armas contra sus antiguos compañeros de la misma forma en que había, según él mismo lo decía, “hecho frente a la amenaza guerrillera”. El profesor en varias ocasiones fue testigo de las acciones de los grupos que ahora trabajaban para los grandes capos, y no veía diferencia entre la injusticia y la violencia originada por la guerrilla y aquella derivada del narcotráfico. Según contaba el profesor Covaleda, tras uno de los viajes de doña Silvina a la ciudad, al volver a su finca la halló desencajada; en sus propias palabras: “parecía que a la doña se le hubiera muerto un hijo o algo peor, pero después me enteré de que era porque iba a vender las vacas que le quedaban. Imagínese, una señora tan brava y dizque llorando por vacas. Uno nunca acaba de conocer a la gente”.

Y eso fue lo que sucedió. Don Miguel se las había arreglado para convencer a Silvina de que la situación en el pueblo era insostenible, aunque eso era algo que ella ya sabía, pero se negaba a admitir. Esa mañana doña Silvina se quedó mirando por un largo rato las hortensias que había cuidado por años. Los pétalos, de un color azul amarillento le recordaban al sol escondido entre las nubes. El cielo puro, limpio, sin una gota de sangre. Recorrió con los dedos las paredes de adobe, trató de sentir el olor de las flores y del tejado de barro. La casa parecía tener respiración propia. El aire en su interior estaba caliente, inmutable y doña Silvina lloró al recordar el trabajo de sus propias manos.

No sé cómo logré hacer hablar al rector Víctor Manuel. O tal vez, a pesar de su apariencia reservada, estaba esperando el momento para contar su historia. Cada quien encuentra sus formas de desahogarse. Ahora yo hago parte de las narrativas que se entretajan en torno a Pozo Azul. Tal vez el cambio habría sido inevitable. Tal vez los acontecimientos habrían ocurrido de la misma manera si ella no hubiera tomado parte en ellos. Pero lo cierto es que bajo los dedos implacables de Doña Silvina se había determinado el destino de todos los habitantes de Pozo Azul. Decía el rector:

—A ella lo que más le dolía era dejar la casa. La habían construido ellos mismos, antes de que yo naciera. Nunca se me va a olvidar que la condición que mamá puso para irse de la finca fue que, cuando se muriera, la enterráramos en Pozo Azul. En estos tiempos nadie comprende el amor a la tierra. Somos la generación del desarraigo.

Y al fin y al cabo era su pueblo. Antes de la guerrilla, antes de tanta guerra, era a ella a quien las personas acudían. Entre ambos, con mi papá, teníamos un chiste: que las personas con tanta energía se desperdiciaban en la ciudad. Y ni modo de ordeñar a los clientes que llegaban a comprar un martillo o un serrucho ¿no? —añadía.



Doña Silvina vivió más de una década en la ciudad, siempre anhelando el regreso a su pueblo, aunque nunca pudo convencer a Miguel de que ya era posible regresar. Falleció en el apartamento de la ciudad que nunca amó, mientras dormía, rodeada de su familia, una noche tormentosa de agosto. Muchos testigos coincidirían en que un aguacero semejante no se veía desde hacía más de diez años. Don Miguel Castañeda cumplió su promesa y enterró a doña Silvina en el cementerio de Pozo Azul. Ese día no hubo hombres armados en la zona tal como doña Silvina había manifestado en varias ocasiones que era su deseo más anhelado.

Se dice que muchos de los antiguos miembros de las autodefensas estuvieron presentes durante la marcha y el entierro, lo cual no es difícil de suponer, pero, si llevaban armas, las llevaban ocultas porque querían someterse, una última vez, a los deseos de doña Silvina. Fueron tantas las personas que llegaron, desde todas las veredas y corregimientos aledaños, a presentar honras a doña Silvina, que los habitantes de Pozo Azul todavía hoy afirman que jamás se han visto tantos buses, camionetas y camiones carros en el pueblo. Todos llegaron repletos de personas que venían a la misa y a llevarle flores a la tumba de esa mujer de armas tomar.



LA DECISION DE DOÑA

ÓN

A FILO





Había pasado casi una hora desde que paró la balacera y doña Filo por fin había logrado dormir a los niños. Revisó que el mayor tuviera bien puesta la sábana —porque solía patearla hasta quedarse descubierto y en la madrugada bajaba mucho la temperatura—, y que el menor estuviera acomodado en el rincón, contra la pared, porque le daba miedo que rodara hasta la orilla y se cayera de la cama. Cuando estuvo segura de que podía moverse sin despertarlos, doña Filo salió de la habitación, midiendo cada paso. Cerró la puerta tan lentamente como pudo, asegurándose de dejar una rendija de luz para que no se despertaran con miedo de la oscuridad.

Doña Filo suspiró, arqueó hacia atrás la espalda soportándola sobre sus puños y luego estiró los brazos. Atravesó la pequeña estancia y asomó la cabeza por la puerta de la calle. No se oía ni se veía nada, como si hubiera pasado de zona de combate a pueblo fantasma en apenas unos minutos. Hacía un par de semanas que había estos enfrentamientos casi a diario, pues la guerrilla estaba intentando retomar el pueblo, que había estado durante dos años bajo el dominio de grupos paramilitares. Ojalá no hayan muerto muchos, pensó ella. Cerró la puerta y le pasó la tranca de madera. Regresó hacia la cocina, que quedaba junto al cuarto de los niños, y se ajustó el delantal.

Al otro lado de la cocina, entre la habitación de ella y la entrada, había una pequeña puerta de guadua. Doña Filo la abrió y bajó la escalera que daba hacia el platanal. La casa había sido construida sobre pilotes también de guadua, al filo de una pendiente que terminaba en una cañada, por la que corría un río pequeño. Al pie de la escalera había un terreno relativamente plano, en el que había un platanal, algunas matas de yuca y hierbas. Tres cables gruesos y templados, atravesados de lado a lado, servían como tendedero para la ropa. El aire dulce de la cañada le llegaba fresco, bañado por la noche, y le acariciaba la piel.

En un día normal, doña Filo se habría tomado ese momento para recoger la ropa, esa hora exacta en que salían las estrellas y la brisa corría ligera, arrastrando el canto de las chicharras. Le gustaba demorarse, deleitarse descolgando y doblando cada prenda, acomodándola en el fondo del canasto. Luego habría subido a preparar la comida para José, habría terminado de limpiar, se habría adelantado en sus revistas, en sus recortes, en sus adornos pintados a mano, pero esa noche no. Recogió la ropa lo más rápido que pudo, subió la escalera y cerró la puerta de guadua.





Doña Filo se movía sigilosamente, respirando apenas, tratando de no despertar a los niños y de no pensar en su marido. Se estaba demorando. Seguro se había quedado en el trapiche, porque la balacera comenzó antes de que acabara la jornada. Tal vez le tocara quedarse la noche entera. Mejor así, pensó doña Filo. Seguro estaría bien. Estaban acostumbrados a ignorar lo que ocurría de la puerta para afuera. Estaban acostumbrados a los abusos y las amenazas. Estaban acostumbrados a no salir de noche, a no meterse en lo que no les importaba, a no mirar, no saber, no decir nada. De todas maneras, doña Filo temía por su marido.

Él, al igual que ella, luchaba cada día por mantenerse al margen del conflicto, para que no lo confundieran con nadie, ni lo acusaran de colaborar con nadie, o de ser un agente infiltrado de nadie. Pero José era un hombre bueno, con un corazón demasiado sensible para su propio bien, pensaba doña Filo, y que no sería capaz de negarle ayuda a nadie que la necesitara. Y doña Filo sabía que la ayuda, por más bondadosa y desinteresada que fuera, podía costar muy caro en un pueblo que, sin haber hecho nada para merecerlo, era el campo de batalla de dos grupos contrarios en guerra.

Doña Filo decidió preparar agua de panela, carne con guiso, arroz y yuca con queso para cuando llegara José, si es que llegaba. Buscó la carne, el arroz y las verduras, y puso todo sobre la mesita, que le servía de comedor, de mesón de trabajo y de escritorio para los niños. Picó los tomates para el guiso y los puso a freír con la carne y las cebollas. Sacó la olleta cuidándose de no chocarla con las otras ollas, la llenó de agua y la puso a fuego medio. Tomó los trozos de panela que había partido en la mañana y los echó al agua, que comenzó a teñirse. Sacó los limones y, cuando se disponía a cortarlos, golpearon tres veces a la puerta.

José no golpeaba así. Doña Filo supo que no eran buenas noticias. Se quedó helada, dudando. Volvieron a golpear. Si seguían así, si gritaban o hacían más ruido, despertarían a los niños. No dudó más. Abrió la puerta, que estaba hecha de madera gruesa y daba a la calle polvorienta. Una silueta ensangrentada se sostenía del umbral.

—Déjeme entrar.



A stylized illustration of a green pig's head in profile, facing right. The pig has large, floppy ears and a prominent snout. A thin, dark vine with several purple, bell-shaped flowers winds across the page, starting from the pig's snout and extending towards the right edge. The background is a light, textured surface with a subtle pattern of small purple and green specks.

Doña Filo lo reconoció. Se hacía llamar Urbino. Era el encargado de garantizar el “orden público” en todo el territorio. Cada grupo armado que se tomaba el pueblo inventaba e imponía su propio sistema de justicia, y los encargados del orden eran los responsables de hacer cumplir las normas. Establecían, entonces, un punto de vigilancia, que podía ser un billar, una tienda, o cualquier otro lugar que les permitiera ver quién entraba y quién salía del pueblo, quién hablaba con quién y de qué, en fin, controlarlo todo. Era en “el punto” donde recibían las quejas de los habitantes, y donde decidían qué castigo o sanción implementar. Las injusticias y los castigos

desproporcionados eran cosa de todos los días, pues los muchachos del punto eran unos jovencitos ignorantes, que habían crecido atormentados por el terror de la guerra y la muerte, y ahora tenían en sus manos el poder de las armas y la responsabilidad de guardar la paz y el orden. Urbino, por ejemplo, se encargaba de aplicar “La ley del cerdo”. Cuando el propietario de un cerdo lo dejaba libre y éste hacía algún daño en la finca de algún vecino (se comía el maíz que ya estaba casi listo para cosechar, por ejemplo) y el vecino elevaba una queja ante los muchachos del punto, Urbino mataba al cerdo y hacía una chicharronada a la que podían ir todos menos el dueño del cerdo. Éste, además, debía pagarle al vecino el doble de lo que costaban los daños producidos por su cerdo. Sangre fría, convicción de juez y habilidad de carnicero: un muchacho terrible, Urbino.

—Si me deja por fuera me van a matar.

Doña Filo tuvo el impulso de cerrar la puerta. Vio que Urbino se sostenía en una sola pierna, por lo que sería fácil para ella empujarlo, desestabilizarlo, arrojarlo a la calle. Cerrar la puerta y pasar la tranca. Correr y pasar la tranca a la puerta de guadua. Gritar para que vinieran por él más rápido. Pero si gritaba se despertarían los niños. Y si José venía en camino, tal vez quedara en medio de la balacera. Pero, sobre todo, si cerraba la puerta, a Urbino lo iban a matar.

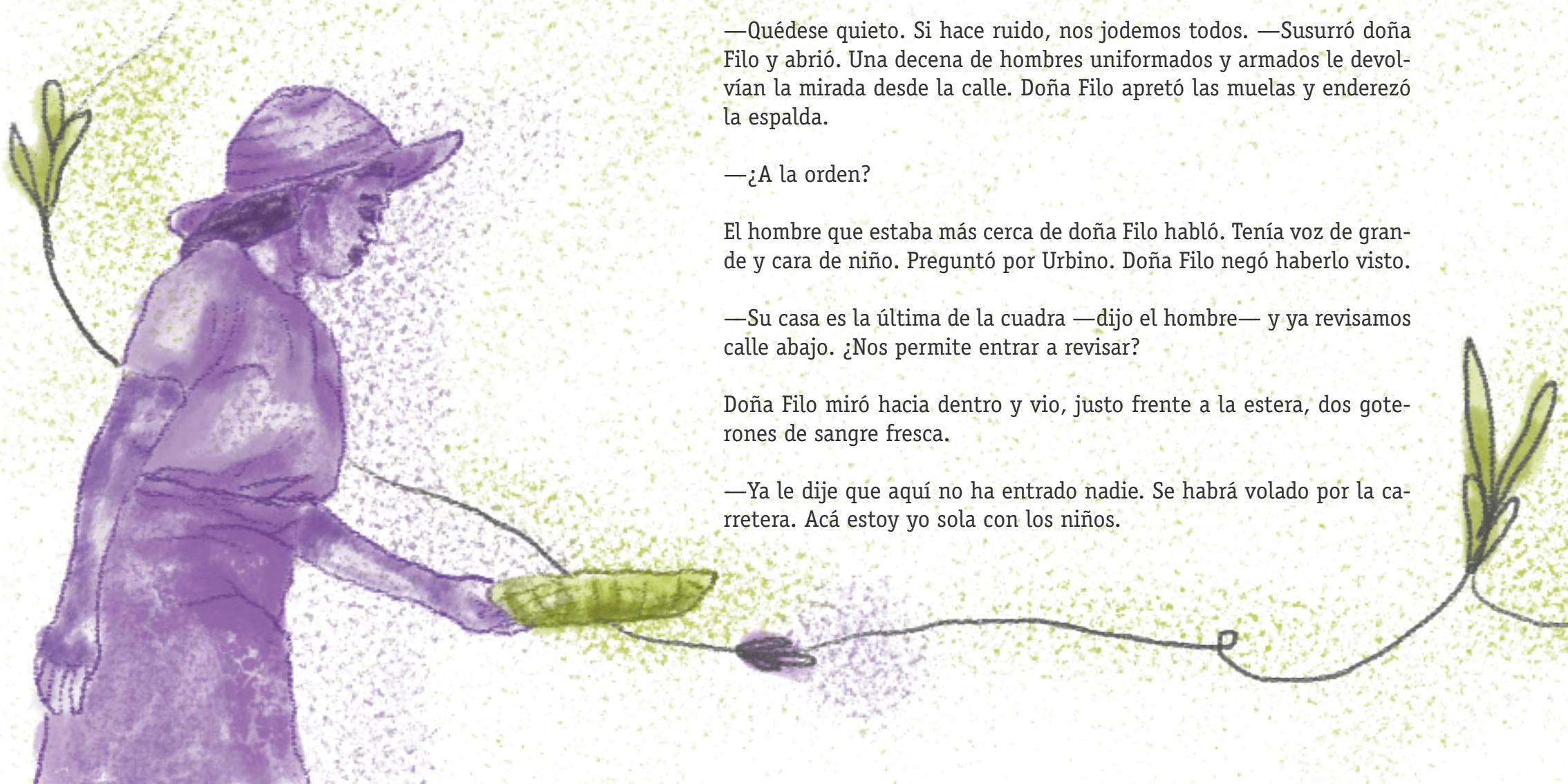
—No haga ruido.

Doña Filo lo ayudó a entrar y cerró la puerta.

—Van a venir a buscarme —dijo él —tienes que esconderme.

Doña Filo miró a su alrededor y lo único que encontró fue una estera de hoja de palma enrollada y puesta, de pie, contra la pared contigua a la entrada. Sin dudar, abrió la estera y le dijo a Urbino que se metiera. Volvió a enrollar la estera en torno a Urbino y la ajustó contra la pared. Pocos momentos después volvieron a golpear la puerta.





—Quédese quieto. Si hace ruido, nos jodemos todos. —Susurró doña Filo y abrió. Una decena de hombres uniformados y armados le devolvían la mirada desde la calle. Doña Filo apretó las muelas y enderezó la espalda.

—¿A la orden?

El hombre que estaba más cerca de doña Filo habló. Tenía voz de grande y cara de niño. Preguntó por Urbino. Doña Filo negó haberlo visto.

—Su casa es la última de la cuadra —dijo el hombre— y ya revisamos calle abajo. ¿Nos permite entrar a revisar?

Doña Filo miró hacia dentro y vio, justo frente a la estera, dos goterones de sangre fresca.

—Ya le dije que aquí no ha entrado nadie. Se habrá volado por la carretera. Acá estoy yo sola con los niños.

El hombre miró a sus compañeros, que estaban inquietos. Varios reacomodaron sus armas y endurecieron su postura. El hombre miró a doña Filo, haciéndole entender que no tenía opción.

—Bueno, pues. Entren. Pero eso sí les advierto una cosa: tienen que buscar en completo silencio. Porque donde me despierten a los niños, grandísimos hijos de puta, yo no respondo por lo que les hago.

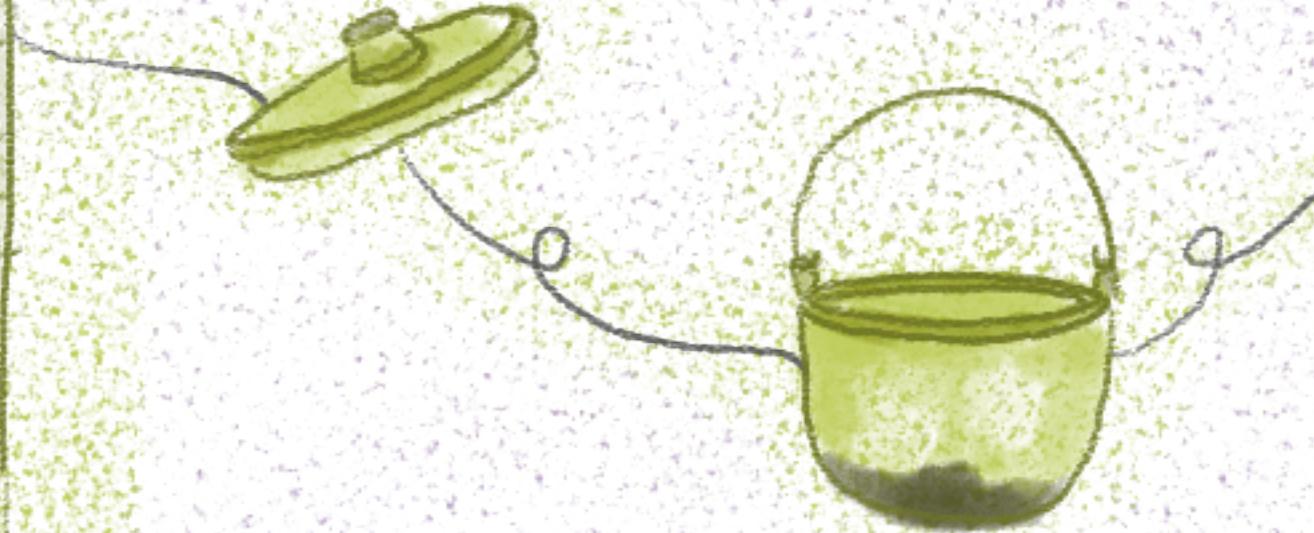
Doña Filo se hizo a un lado para dejar pasar a los hombres, que tenían cara de sorpresa y regaño. Con la puerta ocultó la estera, y plantó los dos pies sobre los goterones de sangre, consciente de que no podría moverse más hasta que se fueran. Solo tres hombres entraron a la casa. Doña Filo los miraba con furia.





El agua comenzaba a hervir en la estufa. El hombre que había estado hablando con ella se le acercó y, en voz baja, le preguntó su nombre.

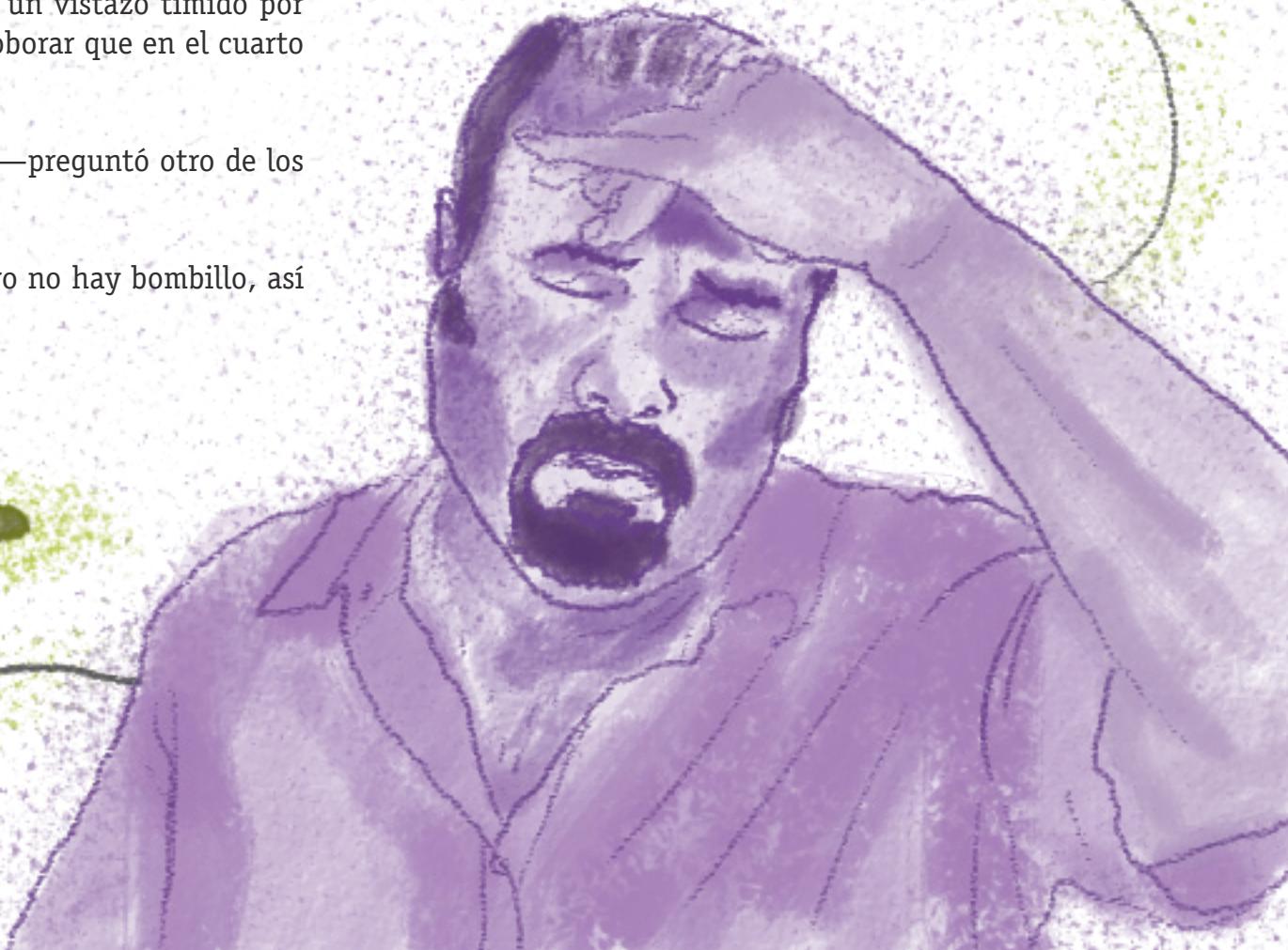
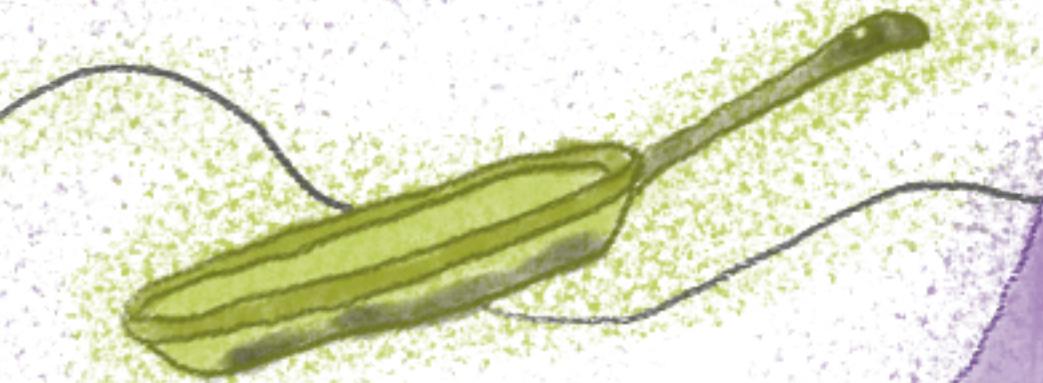
—Filomena Díaz. Y yo sí sé quién es usted. Yo conozco bien a su mamá. ¿Ella sabe todo lo que usted hace? Vergüenza debía darle. Suficiente con la balacera esa que no dejó hacer nada por la tarde y que me puso a llorar a los niños. Ahora que por fin logro dormirlos, ¿vienen a joder buscando fantasmas? ¡Es que donde me los lleguen a despertar van a saber todos ustedes lo que es tener madre! ¡Culicagados!



El hombre murmuró una disculpa y se alejó de ella. Miraron por encima, buscaron en la habitación matrimonial, pero no se atrevieron a entrar al cuarto de los niños. Apenas echaron un vistazo tímido por la puerta entreabierta, que les bastó para corroborar que en el cuarto sólo estaban los niños dormidos.

—¿Qué hay allá junto a la puerta de Guadua? —preguntó otro de los muchachos, señalando la escalera.

—Por ahí se baja la cañada. Si quiere baje, pero no hay bombillo, así que cuidado se mata.





Doña Filo hablaba mirando de reojo la olleta. Si hervía mucho sería sospechoso que no fuera a apagarla. Pero si se movía mancharía todo el suelo de sangre. El muchacho no bajó por la escalera y fue a pararse junto a la puerta de entrada, sin atreverse a mirar a doña Filo. Pronto, sus compañeros hicieron lo mismo. El hombre que estaba al mando le agradeció y le pidió disculpas. Se fueron. Doña Filo se quedó en su lugar, pasó la tranca y fue a la cocina. Apagó la olleta y se quedó unos minutos revolviendo el guiso, como si nada, por si acaso decidían volver. Cuando se sintió segura, fue a desenrollar a Urbino de la estera.

—Ya se fueron —susurró doña Filo, y arrastró a Urbino por la estancia y hasta la puerta de guadua. —Baje por la cañada. Llegado al río, usted verá qué hace.

Urbino se apoyó en el hombro de doña Filo que lo ayudó a bajar la escalera, a y a salir hacia el platanal. El aire seguía fresco y dulce. A la noche no le importan las peleas de hombres, pensó doña Filo.

—Gracias por su ayuda —jadeó Urbino antes de meterse entre las matas de plátano—su lealtad no será olvidada, se lo juro.

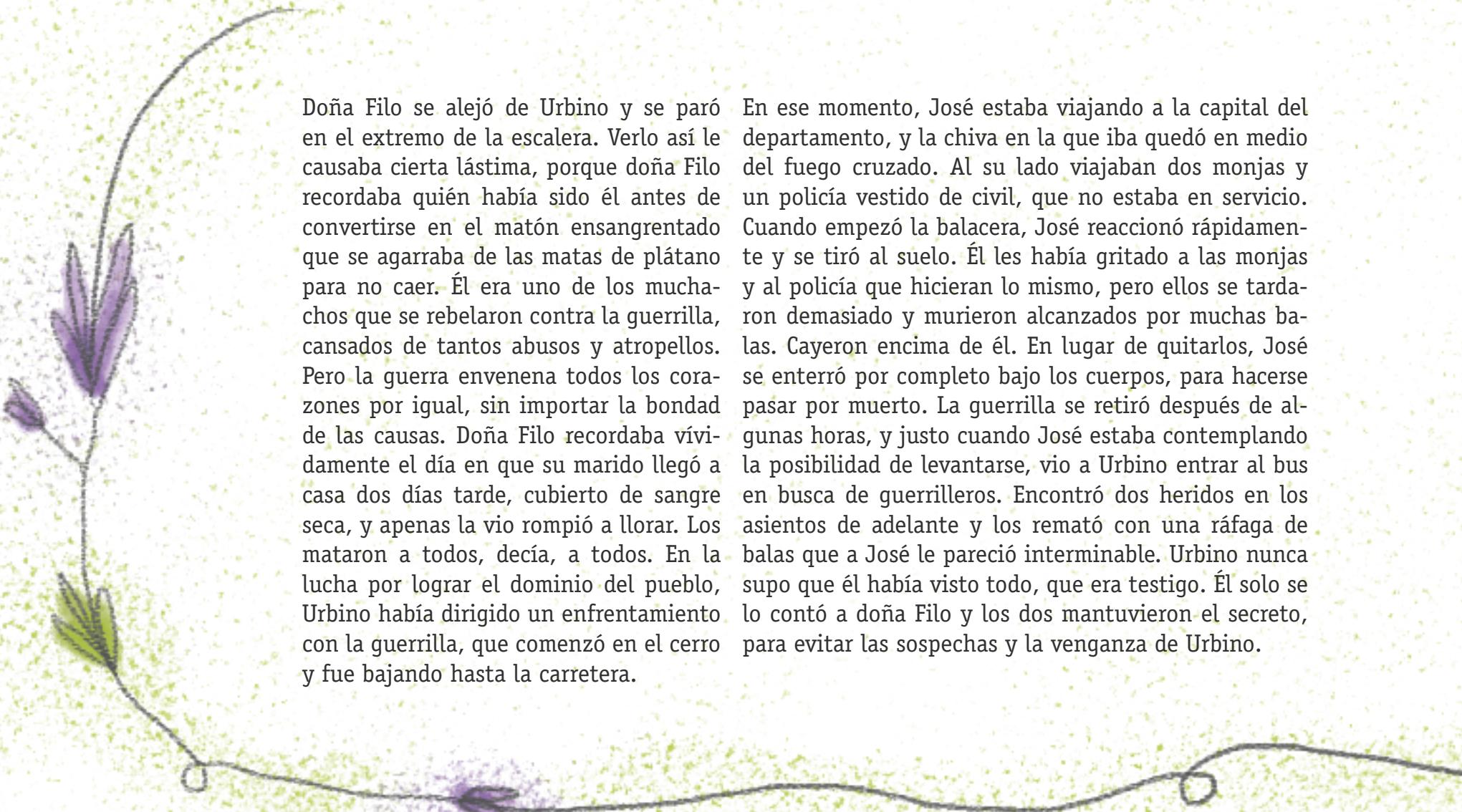
—No me jure ni me agradezca nada —dijo doña Filo con furia, subiendo la voz todo lo que podía sin gritar.

Urbino la miró confundido.

—Usted está contribuyendo a la causa con su valentía...

—Yo no contribuyo a ninguna causa, Urbino —dijo ella muy ofendida —yo no estoy ni con ustedes ni con los otros. Yo odio la violencia, la aborrezco, en todas sus formas. Yo estoy del lado de la gente, del lado de lo que es justo. Y no era justo que yo lo dejara morir a usted, porque eso no me corresponde a mí. Por lo demás, su causa y su gente me tienen sin cuidado.





Doña Filo se alejó de Urbino y se paró en el extremo de la escalera. Verlo así le causaba cierta lástima, porque doña Filo recordaba quién había sido él antes de convertirse en el matón ensangrentado que se agarraba de las matas de plátano para no caer. Él era uno de los muchachos que se rebelaron contra la guerrilla, cansados de tantos abusos y atropellos. Pero la guerra envenena todos los corazones por igual, sin importar la bondad de las causas. Doña Filo recordaba vívidamente el día en que su marido llegó a casa dos días tarde, cubierto de sangre seca, y apenas la vio rompió a llorar. Los mataron a todos, decía, a todos. En la lucha por lograr el dominio del pueblo, Urbino había dirigido un enfrentamiento con la guerrilla, que comenzó en el cerro y fue bajando hasta la carretera.

En ese momento, José estaba viajando a la capital del departamento, y la chiva en la que iba quedó en medio del fuego cruzado. Al su lado viajaban dos monjas y un policía vestido de civil, que no estaba en servicio. Cuando empezó la balacera, José reaccionó rápidamente y se tiró al suelo. Él les había gritado a las monjas y al policía que hicieran lo mismo, pero ellos se tardaron demasiado y murieron alcanzados por muchas balas. Cayeron encima de él. En lugar de quitarlos, José se enterró por completo bajo los cuerpos, para hacerse pasar por muerto. La guerrilla se retiró después de algunas horas, y justo cuando José estaba contemplando la posibilidad de levantarse, vio a Urbino entrar al bus en busca de guerrilleros. Encontró dos heridos en los asientos de adelante y los remató con una ráfaga de balas que a José le pareció interminable. Urbino nunca supo que él había visto todo, que era testigo. Él solo se lo contó a doña Filo y los dos mantuvieron el secreto, para evitar las sospechas y la venganza de Urbino.

—Yo sé muy bien quién es usted —siguió doña Filo, con el recuerdo caliente en la punta de la lengua—. Es una porquería de ser humano, pero un ser humano, al fin y al cabo. Por eso lo salvé. Porque yo no soy como usted. Váyase.

Subió a la casa, cerró la puerta de guadua, pasó la tranca y la aseguró bien. Se asomó por la ventana de la cocina. Urbino había desaparecido entre el platanal. Doña Filo se sentó un momento para recuperar el aliento. Le temblaban las manos y las piernas. El miedo siempre le llagaba tarde, después de la furia. El silencio de la noche le devolvió la calma. Se reconfortó pensando que no hubiera sido capaz de vivir los pocos o muchos años que le quedaran de vida, sabiendo que, teniendo

la oportunidad de salvar una vida humana, no lo hizo; así fuera Urbino que tanto mal hizo, que tanta injusticia cometió...

El agua de la olleta se había evaporado y en el fondo había un pegote de caramelo de panela. Cuando la dejó limpia, se asomó por la rendija de la puerta y comprobó que los niños seguían dormidos, bien acomodados. Regresó a la estancia y vio la entrada manchada de sangre. Llenó el balde de agua y lavó el piso con el trape-ro. Y justo cuando terminó de escurrir el agua sanguinolenta del trape-ro, escuchó los pasos de José que volvía a casa.



QUE



MALA

PATA





—No sé si la suerte exista para todos, pero en mi caso creo que la mala suerte sí existe... Cómo le parece que en más de cinco años que estuve en la organización no llegué a enfrentarme con la guerrilla sino una sola vez... Pero en esa me quebraron. Yo conozco tantos compañeros que perdieron la cuenta de los enfrentamientos que tuvieron con esa plaga y no tienen ni un rasguño. Pero a mí, en ese único, que ni siquiera duró un minuto, vea cómo me dejaron: jodido.

Después de esta reflexión, una mañana fresca y húmeda, Puntilla me contó su vida. El cielo estaba lleno de nubes blancas y extensas que apenas dejaban asomar al Sol por cortos períodos. Lo encontré a la salida del pueblo; Puntilla estaba ahí, en su silla de ruedas, extendiéndoles su mano derecha a los conductores. Yo lo reconocí inmediatamente. Dos días antes lo había visto en una reunión, acompañado de tres amigos parapléjicos como él. Querían fundar una empresa de cría de cerdos que se llamaría “Los caminantes”. Cuando Puntilla mencionó el nombre de la futura empresa, lo hizo con un tono neutro, sin cinismo, sin humor.

Paré a unos pocos metros de su silla de ruedas y me bajé de la camioneta. Le extendí la mano y él también me reconoció. Me dijo que desde el día anterior estaba tratando de volver a su casa pero que no había tenido suerte.

—Hay días que es fácil lograr que alguien me recoja, pero hay otros que es tan difícil...—agregó con cierto desconsuelo.

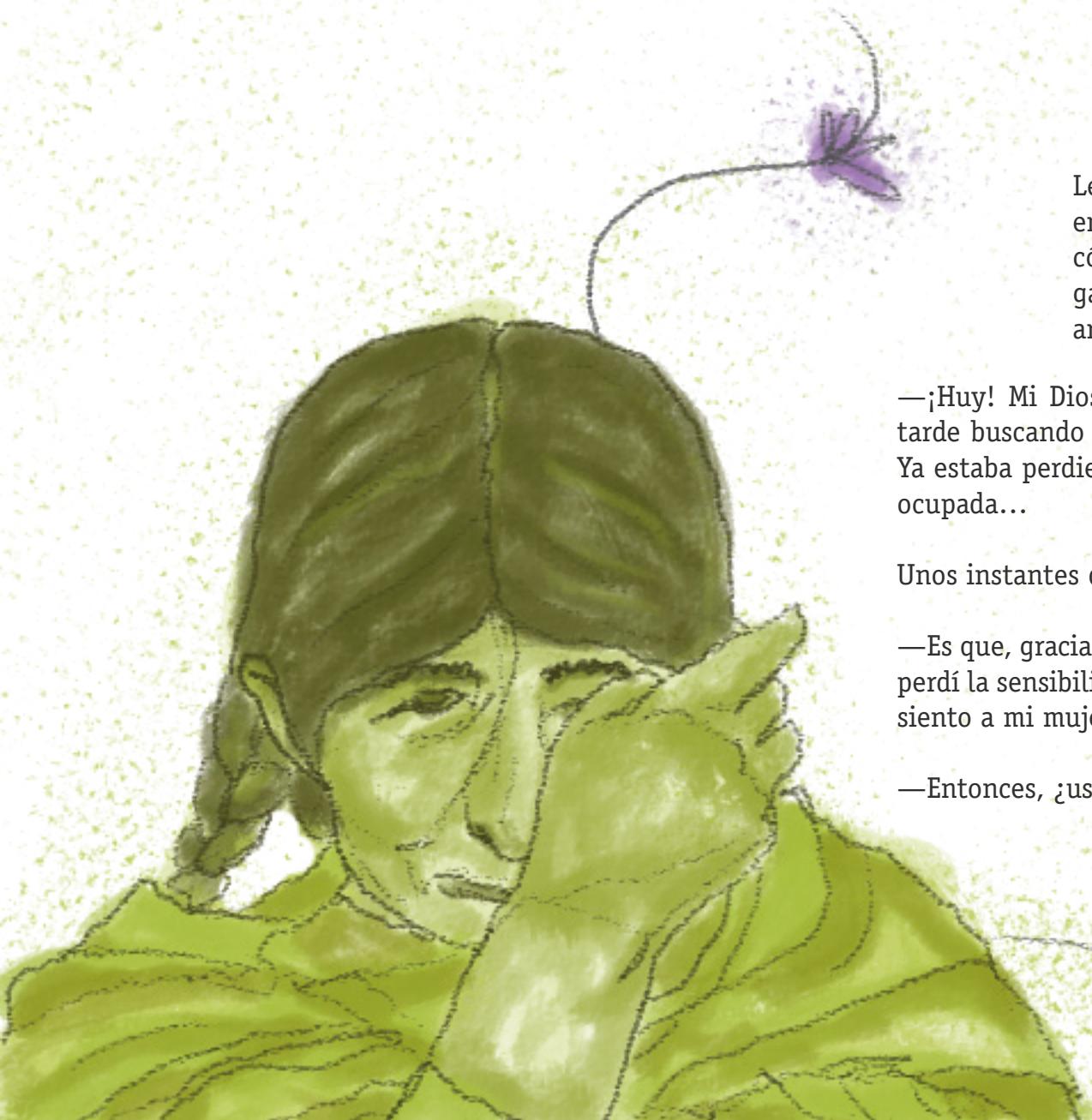
—¿A dónde va? —le pregunté.

—A la vereda Las Margaritas.

—¿Eso dónde queda?

—Antecitos de llegar al puente sobre el río Algodones; uno desvía por la trocha de la derecha. Del desvío, en esa camioneta, uno se echa un poco menos de media hora...





Le dije, entonces, que yo lo llevaba. Rápidamente, muy entusiasmado, me dio indicaciones precisas acerca de cómo ayudarlo a subir a la camioneta y de cómo plegar la silla para llevarla en la parte trasera. Tan pronto arranqué, me dijo:

—¡Huy! Mi Dios me lo bendiga... Estoy desde ayer a las tres de la tarde buscando la manera de regresar a la casa y no había podido... Ya estaba perdiendo las esperanzas. Mi mujer debe de estar muy preocupada...

Unos instantes después agregó:

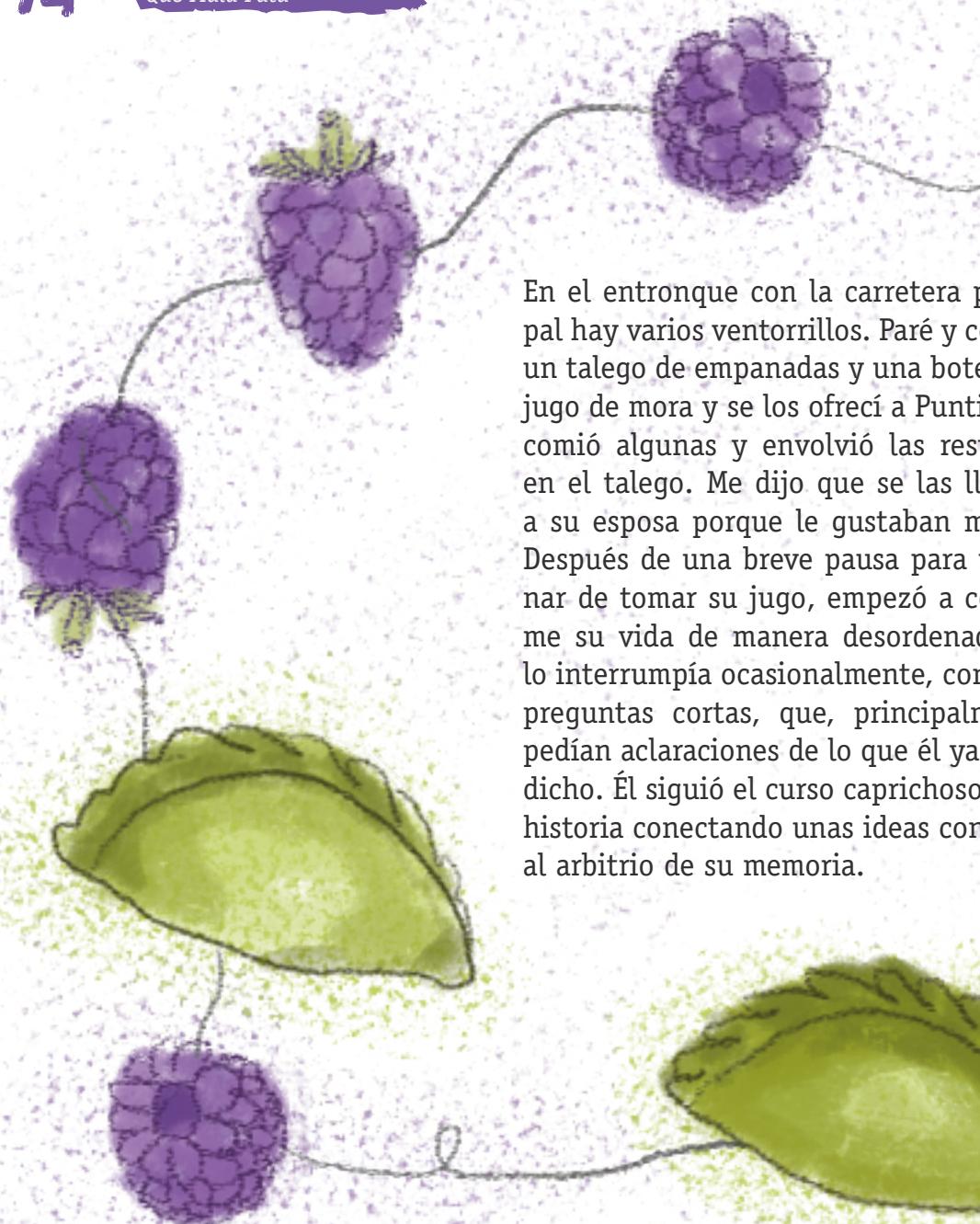
—Es que, gracias a Dios, yo quedé con las piernas paralizadas, pero no perdí la sensibilidad. Yo aquí siento las piernas, las rodillas, todo... Yo siento a mi mujer...

—Entonces, ¿usted estaba desde ayer en ese sitio?

Él respondió que no, que en la tarde anterior y durante toda la noche había estado en el parque, frente a donde salen los buses. Que había dormido en su silla como desde las dos de la mañana hasta después de las cinco y que a las seis había decidido probar suerte a la salida del pueblo.

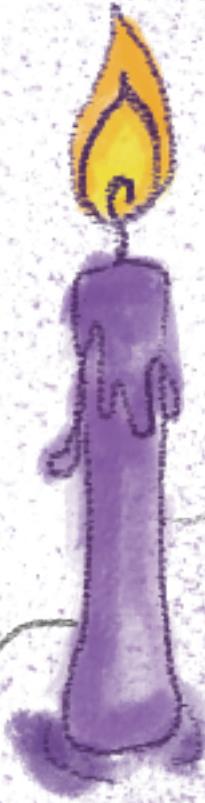
—Eso es muy duro... a uno la noche se le hace eterna... Espere y espere y espere... Y sin comer nada porque no tengo ni cinco en el bolsillo... Pero eso no le hace... ¡Ahí vamos pa'delante!



A decorative illustration of a vine with several raspberries and large green leaves. The raspberries are purple with a textured surface, and the leaves are a vibrant green with visible veins. The vine is thin and grey, winding across the page.

En el entronque con la carretera principal hay varios ventorrillos. Paré y compré un talego de empanadas y una botella de jugo de mora y se los ofrecí a Puntilla. Él comió algunas y envolvió las restantes en el talego. Me dijo que se las llevaría a su esposa porque le gustaban mucho. Después de una breve pausa para terminar de tomar su jugo, empezó a contarme su vida de manera desordenada. Yo lo interrumpía ocasionalmente, con unas preguntas cortas, que, principalmente, pedían aclaraciones de lo que él ya había dicho. Él siguió el curso caprichoso de su historia conectando unas ideas con otras al arbitrio de su memoria.

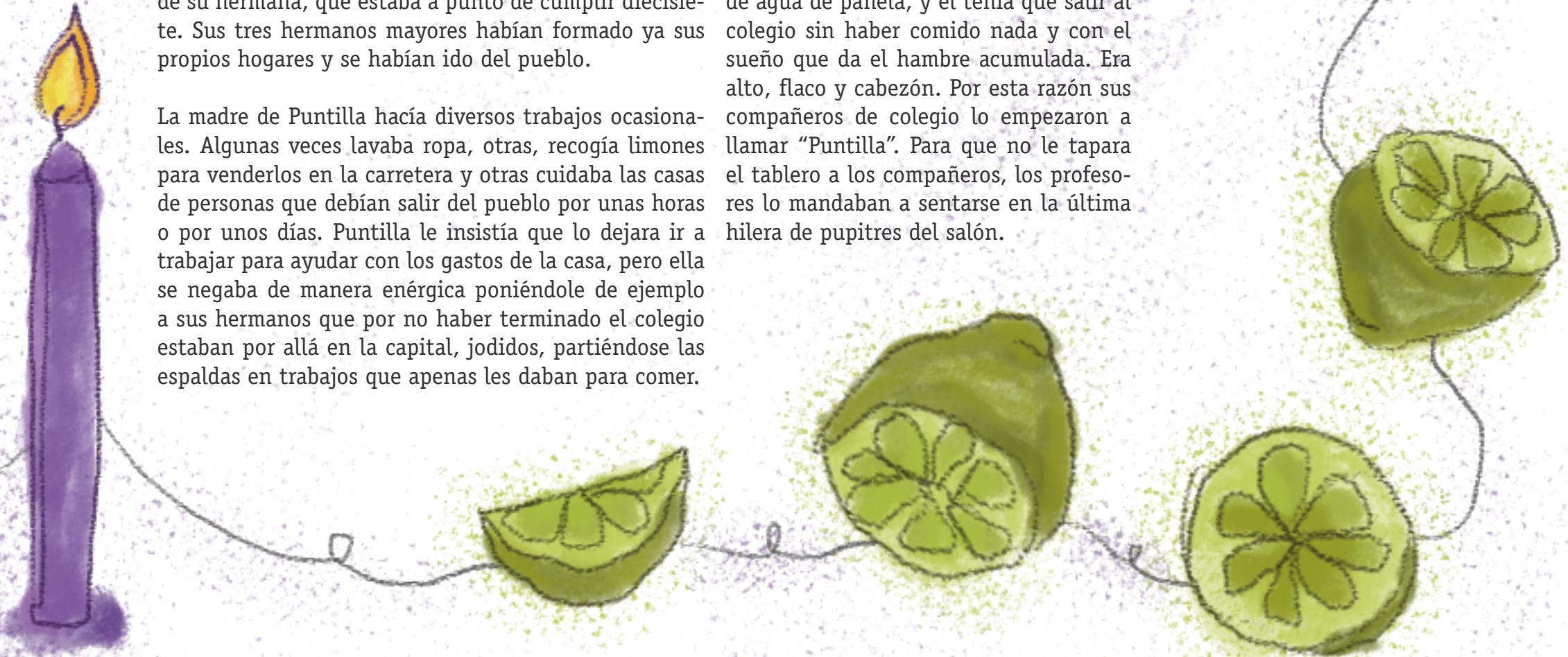
El padre de Puntilla producía velas de cebo. Las ganancias que le dejaba esta “empresita” —como él mismo la llamaba— eran suficientes para que su familia tuviera una vida con algo más de lo necesario. Pero la llegada de la luz eléctrica al pueblo hizo que estas ganancias disminuyeran rápidamente hasta el punto en que el padre tuvo que dejar su negocio que había sido lucrativo durante más de veinte años. Un poco decepcionado de la vida, sin encontrar una idea mejor, empezó a producir escobas. Muy temprano, antes de que saliera el Sol, se internaba en el monte a recolectar la paja y a cortar las varas con las que por las tardes fabricaba las escobas. La madre de Puntilla salía los días de mercado a vender la producción de su marido. Pero este negocio no era tan bueno como el de las velas, y las condiciones de la familia se fueron deteriorando hasta llegar a una situación muy difícil para todos.

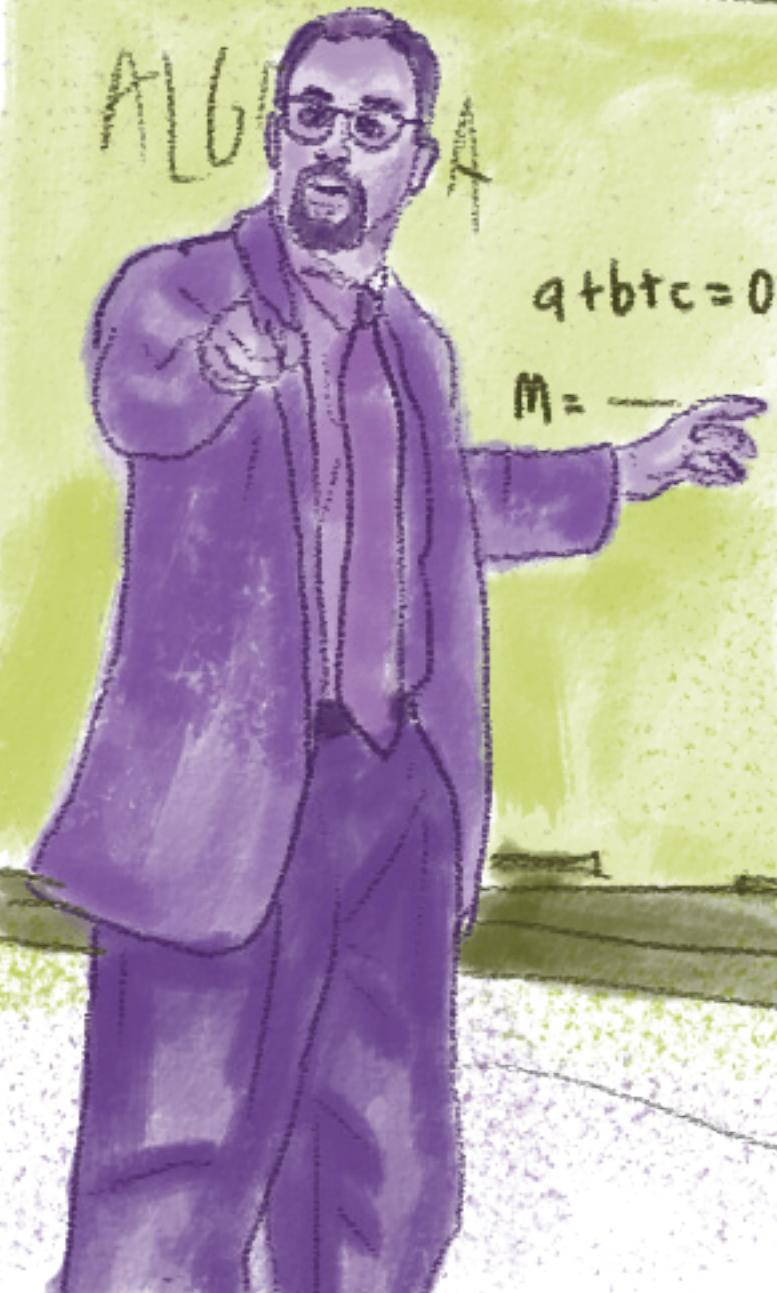


Cinco años después de haber dejado su pequeña fábrica de velas, el padre de Puntilla murió. Su madre quedó a cargo de él cuando acababa de cumplir quince años, y de su hermana, que estaba a punto de cumplir diecisiete. Sus tres hermanos mayores habían formado ya sus propios hogares y se habían ido del pueblo.

La madre de Puntilla hacía diversos trabajos ocasionales. Algunas veces lavaba ropa, otras, recogía limones para venderlos en la carretera y otras cuidaba las casas de personas que debían salir del pueblo por unas horas o por unos días. Puntilla le insistía que lo dejara ir a trabajar para ayudar con los gastos de la casa, pero ella se negaba de manera enérgica poniéndole de ejemplo a sus hermanos que por no haber terminado el colegio estaban por allá en la capital, jodidos, partiéndose las espaldas en trabajos que apenas les daban para comer.

Había días, y a veces semanas, en las que su madre quedaba sin trabajo. En esos días no había más desayuno que una taza de agua de panela, y él tenía que salir al colegio sin haber comido nada y con el sueño que da el hambre acumulada. Era alto, flaco y cabezón. Por esta razón sus compañeros de colegio lo empezaron a llamar "Puntilla". Para que no le tapara el tablero a los compañeros, los profesores lo mandaban a sentarse en la última hilera de pupitres del salón.





En los días de hambre, las tres primeras clases eran muy difíciles. Sentía un sueño pesado que no podía dominar. Oía al profesor, pero no podía entender sus explicaciones; lo veía allá lejos, junto a ese tablero tan remoto y oscuro. En ocasiones, cuando no podía evitar que se le cerraran los ojos, el profesor se daba cuenta y le decía que repitiera lo que acababa de decir. Él, aturdido, a veces decía algo absurdo y todos los compañeros del salón se reían. El profesor se ponía iracundo y lo hacía atender a clase de pie para que no se volviera a dormir. En una ocasión, aún parado, se durmió unos instantes y perdió el equilibrio; para no caerse se apoyó en un pupitre, pero éste cedió ante su peso y se volteó. Puntilla cayó encima haciendo un gran estruendo. Todos sus compañeros empezaron a reír.

Al contar el episodio, él decía que recordaba las carcajadas de sus compañeros como si hubieran sido esa misma mañana. Fueron tan contagiosas que a pesar de que en ese momento tenía pánico, él también se rió. El profesor lo mandó entonces a la oficina del prefecto de disciplina, pero éste no se encontraba en la institución porque tenía un permiso para ir a una cita médica. Fue entonces a la oficina del rector, a quien le decían el Chivo porque tenía una barba que le daba un aspecto intimidante, pero era una persona calmada y comprensiva. Puntilla entró a la rectoría y explicó que estaba buscando al prefecto de disciplina. El Chivo le preguntó qué era lo que había hecho para que lo sacaran del salón de clases y lo mandaran a hablar con el prefecto.

Él contó lo sucedido.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente enfermo?

Puntilla le describió cuál era la situación en su casa y lo difícil que era para él dominar el sueño. El Chivo lo miró fijamente:

—¿No me está echando cuentos? ¿No será que está trasnochado por andar por ahí vagabundeando?

—No profe; yo le estoy diciendo la verdad.

El Chivo sacó entonces un billete y le dijo:

—Vaya chino: cómprese una empanada y me trae las vueltas.





A las diez de la mañana repartían en el colegio un refrigerio. Él esperaba con ansiedad esa hora. Entraban en fila a la cafetería y uno por uno iban recibiendo el menú de cada día. El que él prefería era colada de maíz con bocadillo de guayaba, pan y leche. Después del refrigerio todo era diferente. Se sentía renovado, con fuerzas, con los ojos bien abiertos y los hombros descansados.

A las doce y media repartían un segundo refrigerio que los profesores llamaban "trancado". También tenían diferentes menús, uno para cada día de la semana.

El que Puntilla prefería era el de espaguetis con carne molida, arroz y ensalada de lechuga y tomate. Podía parecer un almuerzo, pero la porción era pequeña y por eso los profesores preferían llamarlo un "refrigerio trancado". En los días críticos, esa era la última comida del día para Puntilla. Su mamá decía que era mucho mejor guardar el agua de panela para por la mañana porque esa era la hora del día en que el cuerpo pedía más energía. Se acostaba entonces sin comer ni tomar nada.



Una de esas mañanas de hambre iba caminando hacia el colegio. Pasaba frente a la casa de una señora que, según él había oído, se llamaba Rosalía. Estaba casada con un hombre moreno, muy grande y gordo que sufría de diabetes. Ella estaba barriendo la entrada de su casa cuando Puntilla cruzó, a unos dos metros de distancia. Dejó de barrer y le dijo:

—Mijo, se le nota el hambre a leguas... ¿Por qué no pasa mañana por aquí más temprano y yo le tengo desayunito?

Puntilla nunca había hablado con ella y nadie en su familia la conocía. Se quedó mirándola unos instantes.

—¿A qué horas paso?

—Pase con tiempo, para que no vaya a llegar tarde al colegio.

Él hubiera querido decirle que no importaba llegar tarde al colegio... Que podía darle el desayunito en ese mismo momento. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Muchas gracias, doña Rosalía.





Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre y, sin darle explicaciones a su madre, salió media hora antes. Cuando llegó a la casa de doña Rosalía, ella estaba en la puerta regando los geranios de la entrada.

—Qué bueno que vino, mijo. Yo sí no pensé que fuera a venir... Siga para adentro que el caldo está listo y el chocolate se lo hago en un momentito.

Doña Rosalía le señaló una de las sillas que había alrededor de la mesa de comer y él se sentó. Unos instantes después tenía frente a él un caldo de costilla y papas con cebolla y cilantro. Tímidamente, pero con un apetito voraz comió todo en unos cuantos minutos. Hubiera querido roer el hueso de la costilla, pero se sintió intimidado. Tan pronto terminó el caldo, doña Rosalía le trajo un tazón de chocolate acompañado de dos panes y una tajada de queso blanco. Él partió el queso en varios trocitos pequeños y los sumergió en el chocolate. Con el mismo apetito se tomó el chocolate a cucharadas que alternaba con mordiscos de pan. En cada cucharada sacaba un trocito de queso derretido que se estiraba como una melcocha.

Cuando terminó, pidió permiso para levantarse de la mesa.

—Siga, mijo. Espero que le haya gustado.

—Me gustó mucho; le agradezco ese desayuno tan bueno.

—Pues si le gustó vuelva mañana.

Después de una semana y media, Puntilla se sentía menos intimidado. Doña Rosalía, por su parte, había empezado a recibirlo en una camisa de dormir que le dejaba ver sus piernas gruesas pero bonitas, de una piel suave color canela y unas rodillas bien formadas. Él la miraba de reojo, sin atreverse a detener sus ojos en ella.

Una mañana, la camisa de dormir de doña Rosalía era particularmente corta y además con un gran escote. Tan pronto Puntilla la vio se sintió perturbado. La saludó mirando hacia el lado. Ella lo invitó como siempre a que se sentara. Cada vez que le pasaba algo a la mesa rozaba suavemente sus piernas contra el muchacho.





Cuando Puntilla terminó de desayunar, doña Rosalía hizo un movimiento premeditadamente forzado para que su pelvis chocara contra el hombro derecho de su invitado. Puntilla no pudo luchar más contra su cuerpo. Se sintió perdido: el bulto bajo su pantalón se notaría sin remedio apenas se levantara de la mesa. El trató de dilatar el momento, de volver a la normalidad que se había esforzado tanto por mantener, pero todo era inútil; doña Rosalía se acercaba una y otra vez a recoger el salero, a recoger las boronas de pan, a doblar el mantel... La situación, en lugar de volver a la normalidad, empeoró. Cuando sintió que ya tenía que pararse de la mesa, lo hizo disimulando torpemente. Doña Rosalía que observaba a su presa sin perder un detalle, sonrió en un instante en que Puntilla, bastante incómodo, la miró a los ojos. Sin dejar de sonreír le dijo:

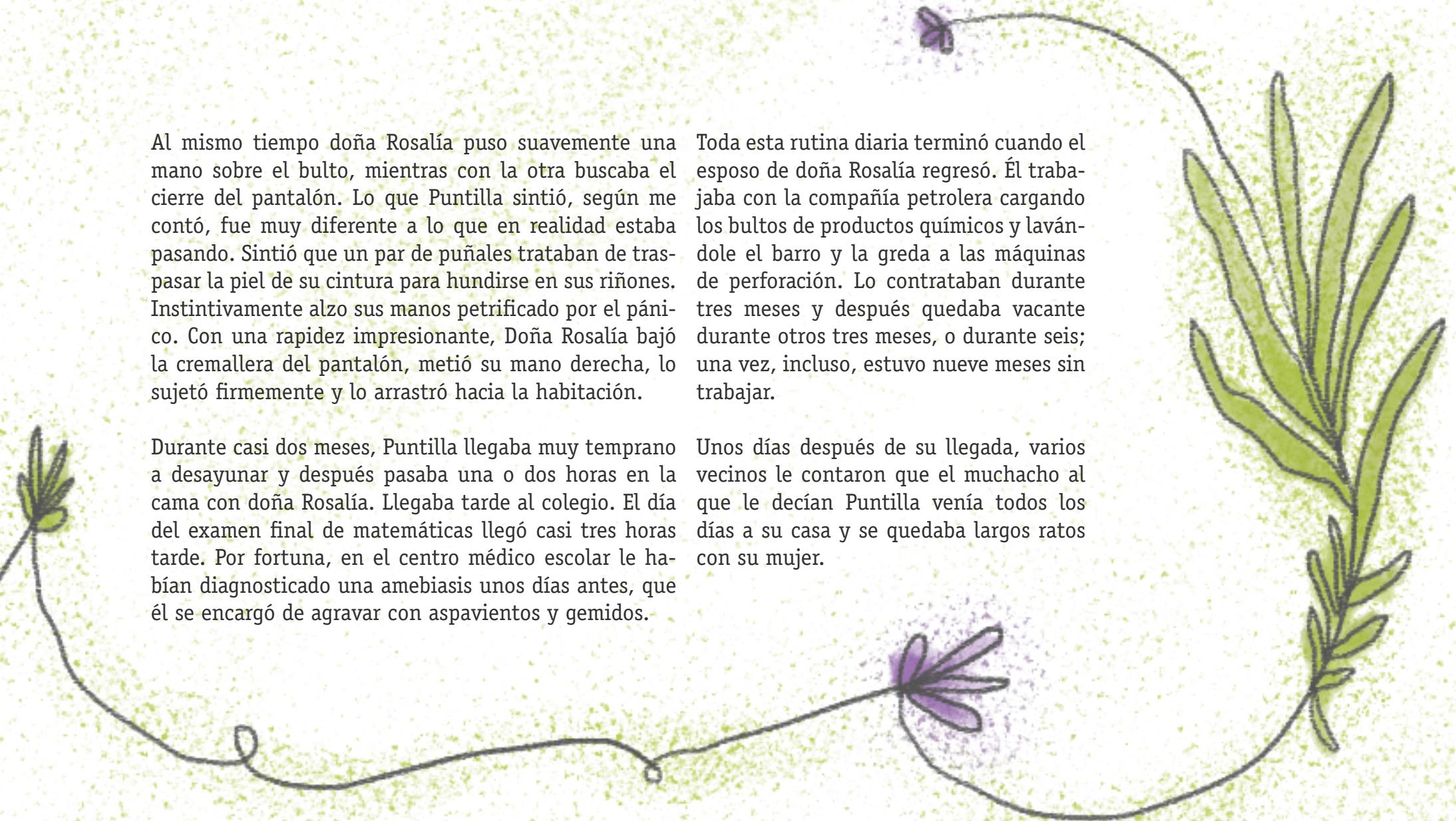
—Venga, mijo, yo le quito esa calentura que lo tiene muy azorado.

Al mismo tiempo doña Rosalía puso suavemente una mano sobre el bulto, mientras con la otra buscaba el cierre del pantalón. Lo que Puntilla sintió, según me contó, fue muy diferente a lo que en realidad estaba pasando. Sintió que un par de puñales trataban de traspasar la piel de su cintura para hundirse en sus riñones. Instintivamente alzo sus manos petrificado por el pánico. Con una rapidez impresionante, Doña Rosalía bajó la cremallera del pantalón, metió su mano derecha, lo sujetó firmemente y lo arrastró hacia la habitación.

Durante casi dos meses, Puntilla llegaba muy temprano a desayunar y después pasaba una o dos horas en la cama con doña Rosalía. Llegaba tarde al colegio. El día del examen final de matemáticas llegó casi tres horas tarde. Por fortuna, en el centro médico escolar le habían diagnosticado una amebiasis unos días antes, que él se encargó de agravar con aspavientos y gemidos.

Toda esta rutina diaria terminó cuando el esposo de doña Rosalía regresó. Él trabajaba con la compañía petrolera cargando los bultos de productos químicos y lavándole el barro y la greda a las máquinas de perforación. Lo contrataban durante tres meses y después quedaba vacante durante otros tres meses, o durante seis; una vez, incluso, estuvo nueve meses sin trabajar.

Unos días después de su llegada, varios vecinos le contaron que el muchacho al que le decían Puntilla venía todos los días a su casa y se quedaba largos ratos con su mujer.





En relación con estos temas, doña Rosalía sabía muy bien cómo dominar a su esposo. Tan pronto él empezaba a hacerle algún reclamo relacionado con la infidelidad, ella le echaba en cara que no había sido capaz de preñarla y que por su culpa no iba tener hijos que la acompañaran y la ayudaran cuando fuera vieja. Él, avergonzado, cambiaba de tema y últimamente había decidido evitarlo por completo. Tal como doña Rosalía estaba segura de que sucedería, su esposo no le hizo el más mínimo reclamo por

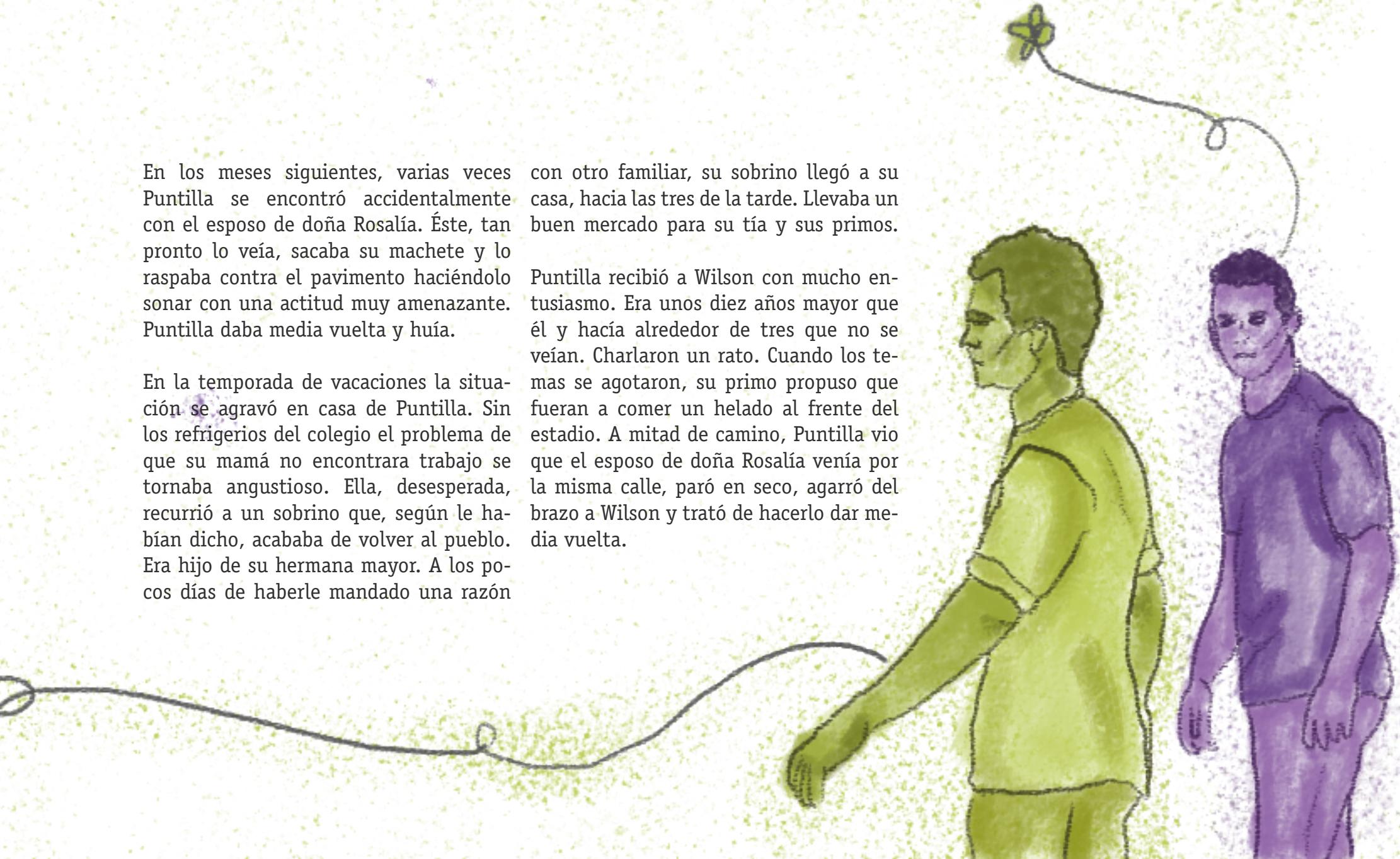
el asunto con el muchacho; permaneció callado, pero descargó entonces toda su ira en Puntilla. Averiguó bien quién era y dónde vivía y lo esperó una mañana a dos cuadras del colegio. Lo amenazó con su machete y lo condujo a la orilla del riachuelo que pasaba por detrás del patio de recreo del colegio. Ahí, sin que nadie pudiera socorrer al muchacho, le pegó con los costados del machete hasta dejarle las piernas llenas de hematomas. Después lo amenazó; le dijo que si lo volvía a ver cerca de doña Rosalía lo cortaba en pedazos y lo echaba al río.

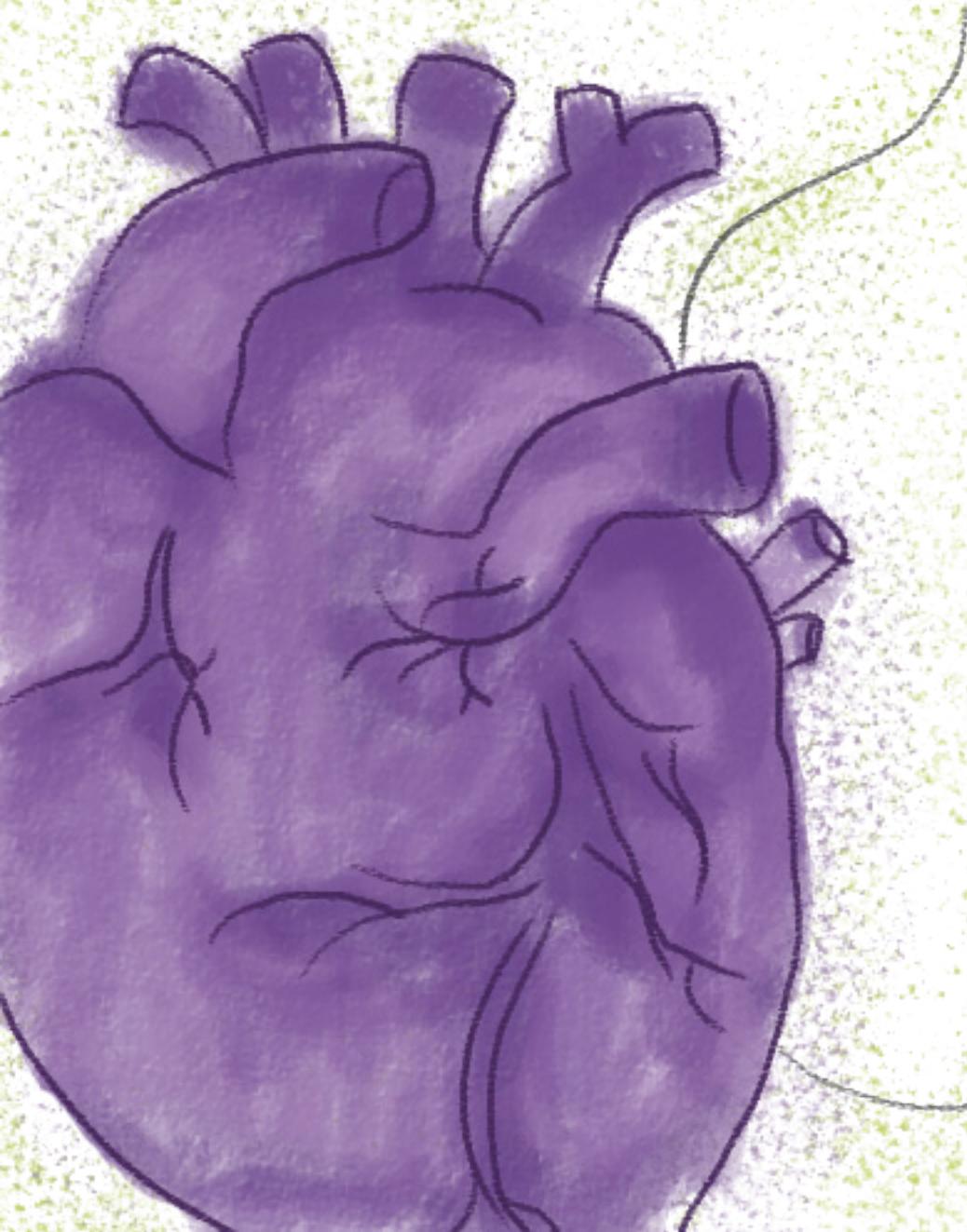
En los meses siguientes, varias veces Puntilla se encontró accidentalmente con el esposo de doña Rosalía. Éste, tan pronto lo veía, sacaba su machete y lo raspaba contra el pavimento haciéndolo sonar con una actitud muy amenazante. Puntilla daba media vuelta y huía.

En la temporada de vacaciones la situación se agravó en casa de Puntilla. Sin los refrigerios del colegio el problema de que su mamá no encontrara trabajo se tornaba angustiante. Ella, desesperada, recurrió a un sobrino que, según le habían dicho, acababa de volver al pueblo. Era hijo de su hermana mayor. A los pocos días de haberle mandado una razón

con otro familiar, su sobrino llegó a su casa, hacia las tres de la tarde. Llevaba un buen mercado para su tía y sus primos.

Puntilla recibió a Wilson con mucho entusiasmo. Era unos diez años mayor que él y hacía alrededor de tres que no se veían. Charlaron un rato. Cuando los temas se agotaron, su primo propuso que fueran a comer un helado al frente del estadio. A mitad de camino, Puntilla vio que el esposo de doña Rosalía venía por la misma calle, paró en seco, agarró del brazo a Wilson y trató de hacerlo dar media vuelta.





Éste se resistió y preguntó que qué pasaba. Puntilla le explicó atafagado.

—¡Calma, primo, que usted va conmigo... Sigamos por donde íbamos que ese pirobo no es capaz de hacerle nada... ¡Póngale cuidado y verá que no va a chistar ni mierda! Él sabe que yo soy de la organización...

Puntilla, sin estar convencido del todo, siguió su camino. Sentía los latidos de su corazón en las sienes. Se cruzaron y tal como se lo había anunciado Wilson, el esposo de doña Rosalía no volteó ni a mirarlos.

—¿Vio, primo?

Inmediatamente después, Wilson se volteó e interpeló al esposo de doña Rosalía:

—¡Oiga, gonorrea! ¿A usted qué es lo que le pasa con mi primo? Sepa que ahora él es de la organización. ¡Cúidese, negro güevón!

Cuando Puntilla vio que el esposo de doña Rosalía huía tal como él lo hacía antes, sintió que el pecho se le llenaba de alegría, que era poderoso, que ahora sí se podía hacer respetar. Tuvo ganas de alcanzarlo y humillarlo como él lo había hecho tantas veces, pero su primo lo detuvo:

—Deje a ese marica quieto y vamos por el helado, que me muero de sed.

Cuando llegaron a la heladería, Puntilla le preguntó a Wilson que qué era la organización.

—¿De veras usted no sabe qué es?

—No, no tengo ni idea.

—Pues será el único...





Después de un rato de silencio Puntilla preguntó:

—¿Y es verdad que yo soy de la organización?

—Nooo, hombre... Qué va... Pero si quiere entrar yo le puedo hablar al patrón.

—¡Ah, pues listo! Háblele para ver qué dice —respondió Puntilla entusiasmado

El lunes siguiente Wilson volvió con más mercado para su tía y con la noticia para su primo de que el patrón le iba a dar una oportunidad para que entrara a la organización.

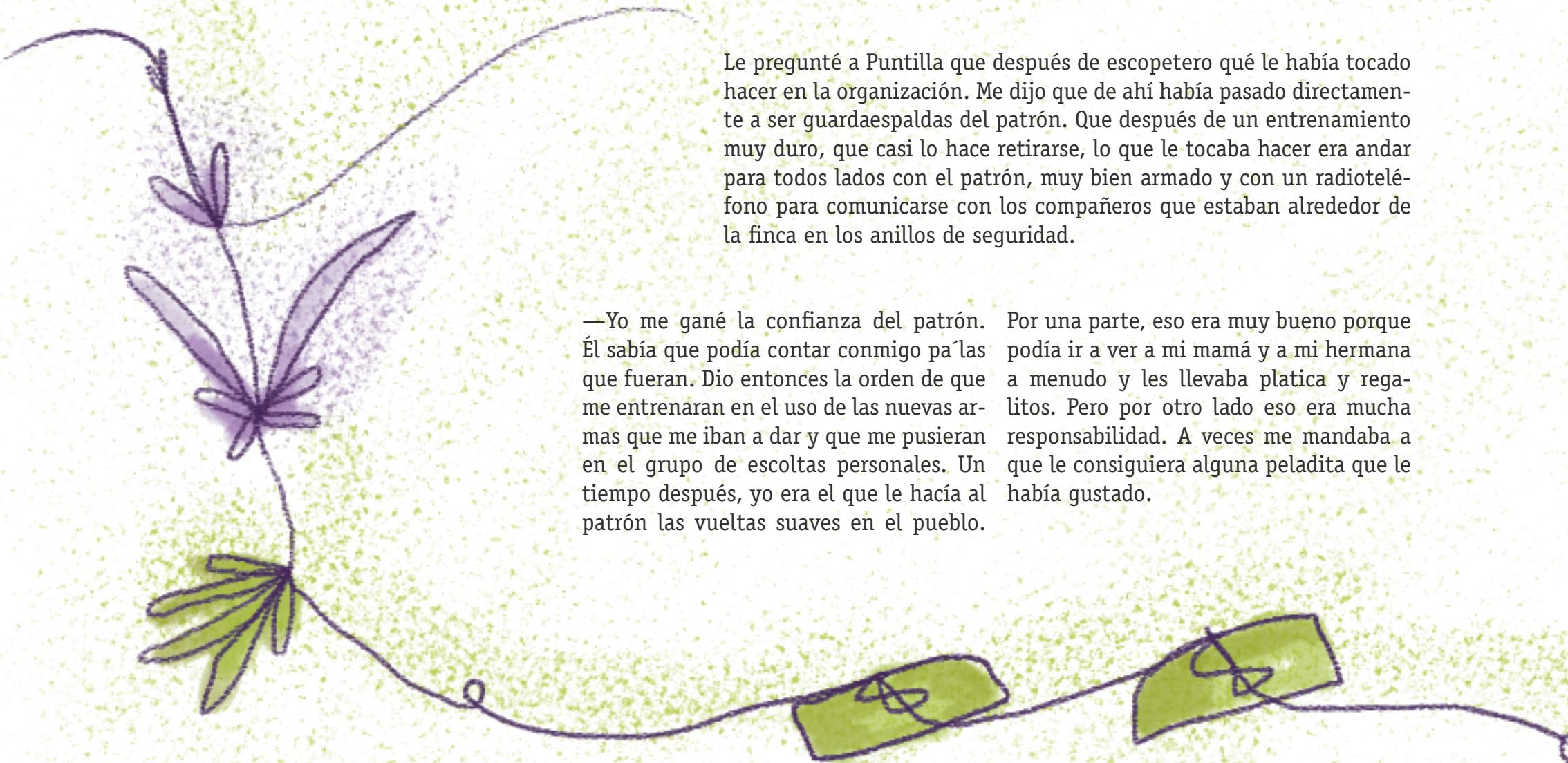
—Es sin ningún compromiso... Si le va bien en lo que le pongan a hacer, pues se puede quedar... Pero si no, le toca devolverse. Todavía no le cuente nada a su mamá. Diga que se va conmigo a pasar vacaciones. Si lo dejan quedar pues le llega a la cucha con platica, que a usted le va a sobrar, y eso a ella la va a tranquilizar.

Después de unos minutos de pausa en su relato, mirándome con cara de incredulidad, Puntilla exclamó:

—¡Pues cómo le parece que yo entré a la organización sin saber qué era eso! Apenas empecé me tocó de escopetero. Me daban un rifle o un revolver y tenía que pasar la noche vigilando. Ahí sí no me podía dormir como en clase... Pero es que allá era muy diferente porque uno se mantenía bien alimentado. Sin embargo, había noches en las que era muy difícil mantenerse despierto. Pero gracias a Dios nunca llegué a dormirme. Por eso y porque todo lo que me mandaban a hacer yo lo hacía con la mejor voluntad, me gané la confianza del patrón. Eso fue rapidito... Yo le agradezco a mi Diosito que nunca me mandaron a hacer vueltas complicadas. A muchos de mis compañeros les tocó ir a pelar a uno, dos o tres

manes... A mí no me tocó. Tampoco me tocó pelar a ningún intruso por ahí... Nadie se me entró donde estuve vigilando. Tuve mucha suerte, gracias a Dios. Cuando me dijeron que me podía quedar, que estaba admitido, pedí permiso para irle a avisar a mi mamá. Cuando le conté que no volvía al colegio y que me quedaba en la organización con Wilson, ella se quitó un zapato y me empezó a pegar. Después se puso a llorar. Yo le dije que no llorara, que yo estaba ganando buena platica... que para que ella se diera cuenta le había traído la quinceña completita, y se la entregué. Le dije que ahí se la dejaba para que ella se comprara lo que necesitara. Ella miró los billetes, se quedó muda unos instantes y después volvió a llorar. Yo me quedé acompañándola hasta que se calmó y dijo que quería acostarse.





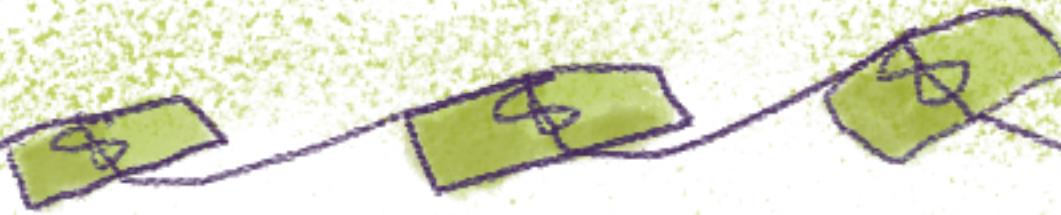
Le pregunté a Puntilla que después de escopetero qué le había tocado hacer en la organización. Me dijo que de ahí había pasado directamente a ser guardaespaldas del patrón. Que después de un entrenamiento muy duro, que casi lo hace retirarse, lo que le tocaba hacer era andar para todos lados con el patrón, muy bien armado y con un radioteléfono para comunicarse con los compañeros que estaban alrededor de la finca en los anillos de seguridad.

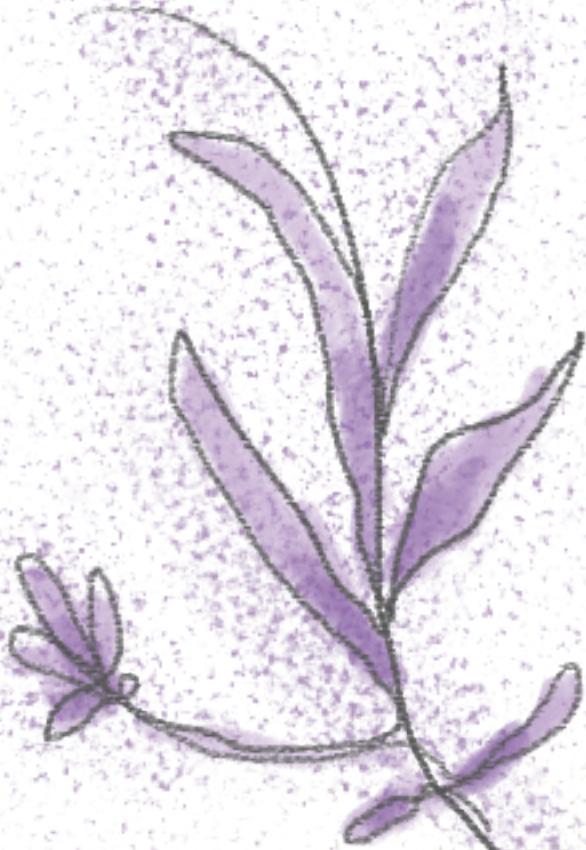
—Yo me gané la confianza del patrón. Él sabía que podía contar conmigo pa' las que fueran. Dio entonces la orden de que me entrenaran en el uso de las nuevas armas que me iban a dar y que me pusieran en el grupo de escoltas personales. Un tiempo después, yo era el que le hacía al patrón las vueltas suaves en el pueblo.

Por una parte, eso era muy bueno porque podía ir a ver a mi mamá y a mi hermana a menudo y les llevaba platica y regalitos. Pero por otro lado eso era mucha responsabilidad. A veces me mandaba a que le consiguiera alguna peladita que le había gustado.

Cuando la veía pasar me preguntaba: “¿y esa peladita qué?” Yo le respondía “no tengo ni idea, patrón”. Él me decía entonces que me averiguara quién era y le mandara un regalo. Yo tenía entonces que averiguar quién era la niña, dónde vivía, quiénes eran sus padres... Le pillaba cuáles eran sus costumbres, a dónde iba y con quién hablaba... Cuando ya la tenía bien pisteadada, me le acercaba y le decía que el patrón quería conocerla y que quería hacerle un regalo; que dijera lo que a ella le estuviera haciendo falta. Después tenía que comprarle el celular, o los tenis o los blue jeans que pidiera y llevárselos. De ahí en adelante el patrón empezaba a mandar otros regalos... que la moto, que la pulsera, que la blusa de marca. Después empezaba a mandarle

regalos a la familia... que la nevera, que la lavadora para la mamá; que la moto, que el celular para el papá, que la bicicleta para el hermanito... Después de los regalos el patrón invitaba a la niña a una de sus fincas. Yo tenía que recogerla, llevarla y después devolverla a la casa... Y todo eso sin que la esposa del patrón se enterara, porque qué mujer tan furiosa... Si se pillaba que le habían llevado una niña a su esposo, se averiguaba de la manera que fuera quién era y dónde vivía y mandaba a rayarle o marcarle la cara. El patrón se desquitaba entonces con quien le había hecho mal la vuelta y había dejado que su mujer lo pillara. Gracias a Dios eso nunca me llegó a suceder; pero a otros compañeros sí les sucedió.





Puntilla se quedó callado unos minutos, con la mirada perdida.

—No se en qué momento se me torció la suerte.

Después sus ojos recobraron el brillo y dijo:

—Al patrón le gustaban “las peladitas con las teticas recién hechas”, como decía él. Que fueran grandes, pero no mucho. A veces decía que se había equivocado; que la peladita le había salido con las tetas caídas. Le gustaban morenas, piel canela como dicen, altas, con piernas largas y buen culito. Como el patrón es grande, no le sirven las peladitas chiquitas, así sean bonitas. El dice que “qué saca con que la peladita sea linda si se le va a quedar por allá perdida entre el ombligo”.

Después de un poco más de una hora de charla empezamos a ver el río Algodones que se abría paso por entre los peñascos. Sus aguas pegaban con fuerza contra las piedras y se producía una capa de espuma blanca que parecía hecha de algodón; de ahí su nombre. Si uno se acercaba no sólo podía ver los algodones que a veces el viento levantaba y hacía desaparecer, sino que podía oír su rugido colosal. Como presentí que estábamos cerca del final del trayecto, le volví a preguntar a Puntilla acerca del enfrentamiento con la guerrilla que lo había dejado parapléjico.





—No, eso fue muy triste... Resulta que un día al patrón le llegaron unas noticias que lo enfurecieron. El patrón era muy calmado, pero cuando se enfurecía eso era miedoso. Empezó a buscar al Cojo, que era otra persona de su confianza y que estaba acostumbrado a hacerle vueltas complicadas. Pero al Cojo lo habían mandado a la capital con una razón para un Senador de la República. El patrón me dio entonces a mí la orden de ir a fumar una plaga que andaba vendiendo vicio en el barrio Tres de Marzo. Yo quedé pálido y me empezaron a temblar las piernas, pero disimulé y le dije al patrón que contara conmigo para esa vuelta.

Me guardé una nueve milímetros en la cintura y cogí una moto. Yo iba pensando en que le habían dado la noticia en muy mal momento, porque el Cojo ya estaba por llegar de la capital. A él esas vueltas complicadas no le asustaban; más bien le gustaban. Traté de borrar todos los pensamientos de mi cabeza y concentrarme en el camino. Llegué al barrio ya de noche y empecé a buscar en los sitios donde podía encontrar al jíbaro. Lo encontré sentado en una banca de un parquecito. Subí la moto a la acera y después al prado del parque. El jíbaro se puso alerta y trató de escaparse, pero yo le llegué con la moto y lo arrinconé. Saqué la nueve milímetros y el tipo se me arrodilló y empezó a rogarme que no lo matara.

Le dije que eso no dependía de mí; que yo era apenas un mandado. Él siguió rogando y llorando. Sentí ganas de vomitar, de irme de allí, pero no podía dejar a esa plaga por ahí. Le dije entonces que le daba diez minutos para que se perdiera del pueblo. Él me respondió que no tenía plata. Le dije que si el problema era la plata ya estaba resuelto. Saqué un billete de veinte y se lo tiré al suelo. El tipo lo recogió. La mano le temblaba. Lloriqueando me dijo que a esa hora ya no salían buses del pueblo. Le dije que se subiera a la moto y que lo sacaba hasta la carretera principal. Él siguió lloriqueando y rogándome que no lo matara.

Le grité que se callara, que si le fuera a levantar las patas ya hacía rato que se las había levantado. El jíbaro se subió a la moto, lo llevé hasta la carretera y lo metí en el primer bus que pasó. Cuando el bus arrancó y me di cuenta de que había dejado ir vivo a ese jíbaro me entró el pánico. “¿Qué le voy a decir al patrón?”, me dije. Fui al pueblo y me tomé dos aguardientes. Después me devolví rápidamente a la finca para no causar sospechas. Al día siguiente le dije al patrón que la vuelta estaba hecha. Por la confianza que me tenía no me preguntó nada; simplemente me dijo que muy bien y siguió hacia el comedor donde lo esperaba la empleada con el desayuno.





Tomamos el desvío y paramos para ver el espectáculo del río Algodones. Yo me bajé y Puntilla me esperó en la camioneta. El rumor del agua y la brisa fresca que se desprende de las rocas que reciben el impacto de la corriente me producían una sensación de frescura que dominaba al calor de las 10 de la mañana y por instantes tenía la impresión de que mi cuerpo era una pluma.

Cuando volví a la camioneta, Puntilla siguió con su relato.

—Durante varios días no tuve paz; sentía pánico de que el patrón me fuera a preguntar algo acerca del jíbaro. Pero pasaron los días y no decía absolutamente nada de ese tema. Después de un tiempo olvidé todo y recobré la tranquilidad. Casi un año después, una tarde que estaba limpiando una silla de montar, el Cojo vino a decirme que el patrón me necesitaba. Por la cara del Cojo yo presentí que algo malo había pasado. Cuando llegué a donde él estaba, le noté inmediatamente la furia en la cara. Me dijo casi gritando:

—Puntilla, míreme la cara.

Yo me quedé mirándolo sintiendo que todo el cuerpo me temblaba y que las piernas se me iban a doblar en cualquier momento.

—¿Me ve cara de güevón? —gritó.

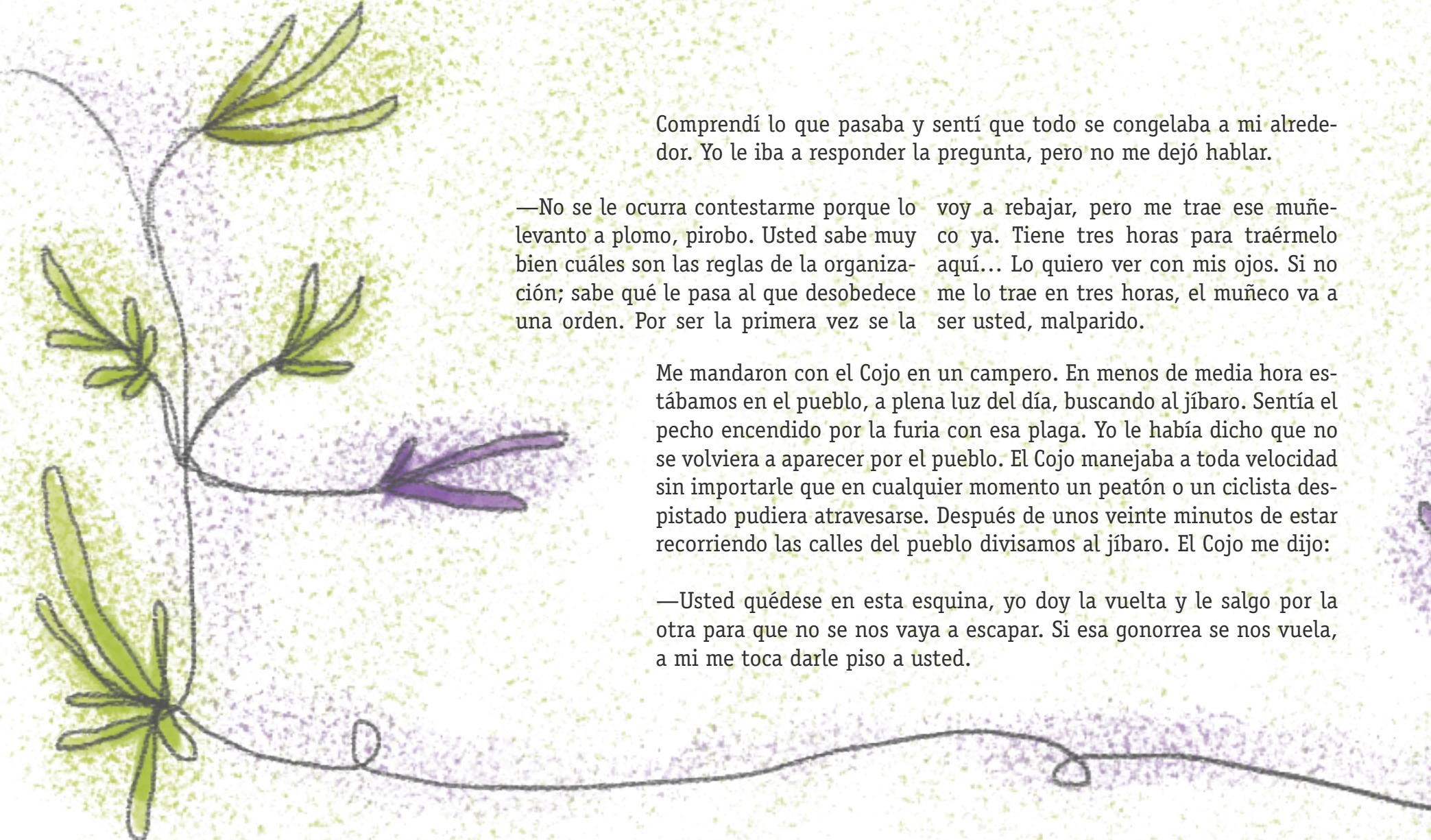
Yo le contesté que no, que cómo se le ocurría.

—No, míreme bien, gran imbécil. ¿Me ve cara de güevón?

—No, no, patrón —le contesté.

—Pues cómo le parece, gran marica, que yo sí estoy convencido de que usted me ve cara de güevón... ¿Qué hizo con el jíbaro que le mandé a fumigar?





Comprendí lo que pasaba y sentí que todo se congelaba a mi alrededor. Yo le iba a responder la pregunta, pero no me dejó hablar.

—No se le ocurra contestarme porque lo levanto a plomo, pirobo. Usted sabe muy bien cuáles son las reglas de la organización; sabe qué le pasa al que desobedece una orden. Por ser la primera vez se la voy a rebajar, pero me trae ese muñeco ya. Tiene tres horas para traérmelo aquí... Lo quiero ver con mis ojos. Si no me lo trae en tres horas, el muñeco va a ser usted, malparido.

Me mandaron con el Cojo en un campero. En menos de media hora estábamos en el pueblo, a plena luz del día, buscando al jíbaro. Sentía el pecho encendido por la furia con esa plaga. Yo le había dicho que no se volviera a aparecer por el pueblo. El Cojo manejaba a toda velocidad sin importarle que en cualquier momento un peatón o un ciclista despistado pudiera atravesarse. Después de unos veinte minutos de estar recorriendo las calles del pueblo divisamos al jíbaro. El Cojo me dijo:

—Usted quédese en esta esquina, yo doy la vuelta y le salgo por la otra para que no se nos vaya a escapar. Si esa gonorra se nos vuela, a mi me toca darle piso a usted.

Me bajé y me puse detrás de una pancarta que anunciaba la venta de loterías. Cuando el Cojo salió por la otra esquina y se bajó del campero con la pistola en la mano, el jíbaro entendió que lo iban a matar. Corrió entonces hacia donde yo estaba. Cuando estaba a unos quince pasos salí de mi escondite y le dije:

—¡Quieto gonorra!

El miserable me reconoció inmediatamente y empezó con la lloradera. Yo le dije

—¿No le advertí que no volviera por acá?

Antes de que pudiera decir algo le disparé cinco tiros seguidos, con una rabia que no había sentido ni he vuelto a sentir. El tipo quedó extendido en la mitad de la calle. El Cojo se devolvió y trajo el campero hasta donde estaba el jíbaro. Lo recogimos y lo metimos a la parte de atrás. La gente que había alrededor se quedó quieta, muda y pálida. Salimos del pueblo con la misma velocidad que entramos. Ya en el campero, después de salir del pueblo, me di cuenta de que estaba lleno de sangre. Me volvieron las ganas de vomitar, pero esta

vez era en serio. Le dije al cojo que parara un momento. Él me dijo que dejara la maricada, que teníamos que llegar antes de que se cumpliera el plazo. Respiré profundo y cerré los ojos; tuve el reflejo de ponerme a pensar en otras cosas. Así pude dominar las ganas de vomitar. Cuando llegamos a la finca, el patrón se había ido con una muchachita que yo le había cuadrado unos días antes. Me dejó la razón de que tenía que volver de escopetero esa misma noche.





Puntilla detuvo un instante su relato. Después reinició.

—Imagínese: devolverme a donde había empezado hacía cinco años. Sentía ganas de que el jíbaro resucitara para volverlo a llenar de plomo. Pensé que no ganaba nada con lamentarme y me fui para donde me habían mandado. Creía que iba a recuperar la confianza del patrón, pero esta segunda vez de escopetero no fue tan buena como la primera. Me mandaron para el lado de la serranía, a un punto donde la cosa con la guerrilla estaba caliente. Una noche estaba patrullando.

Era una noche oscura, sin luna. Como a las cuatro de la madrugada me sentí cansado y me senté sobre una piedra grande, al borde del barranco que tenía que cuidar. Sentí ganas de fumar y prendí un cigarrillo. Un instante después de que había soplado el fósforo sentí el tableteo de una ráfaga de balas; segundos después sentí un quemón en la cintura y caí al fondo del barranco. Gracias a Dios no perdí el conocimiento y como pude me arrastré hasta quedar debajo de un matorral. Al rato estaba esa plaga buscándome con linternas. No me encontraron y decidieron irse antes de que llegaran mis compañeros alertados por los tiros.

Yo le pregunté que eso hacía cuándo había sucedido. El me contestó que ya iba a cumplir quince años en silla de ruedas. Me dijo que lo más triste era que los médicos le habían dicho que él tenía arreglo porque la bala no le había cortado la médula.

—Pero la operación es muy delicada y cuesta como mínimo unos cuarenta millones. Le mandé razón al patrón para ver si me ayudaba, pero ni me contestó. Esa plata para esa gente es como un pelo para un gato... Pero eso no... Ya perdí la esperanza...

Le hice señas al conductor del taxi y éste paró. Se bajó y nos saludó con alegría. Puntilla le contó brevemente la razón de su demora al padrino de su mujer mientras él lo ayudaba a bajar de la camioneta. Mientras tanto, yo saqué la silla de la camioneta y la puse en la parte de atrás del taxi. Puntilla me agradeció varias veces y se despidió de mí agitando su brazo grueso y musculoso fuera de la ventana. Yo me quedé al lado de la camioneta, estirando las piernas y la espalda, viendo cómo el taxi se perdía entre el polvo de la carretera y el sol del mediodía.

Después de unos minutos de silencio, Puntilla me señaló entusiasmado un taxi pequeño que venía por la trocha en sentido contrario al nuestro.

—Es el padrino de mi mujer... Ella lo debió de llamar porque está preocupada y él va a buscarme...

